HARLEQUIN

Tentación

Novelas con corazón

BUSCANDO ESPOSA

Christine Rimmer

Jordan McSwain era fiel, apasionado, irresistible… y había sido rechazado por Eve. Pero también se le esperaba en una reunión familiar, a la que había prometido asistir con una esposa del brazo. Lo menos que Eve Tanner y sus dos hijos pequeños podían hacer era desempeñar el papel de esposa e hijos suyos durante el fin de semana.

Eve no se había atrevido a casarse con el avasallador Jordan. Y ahora se veía compartiendo el lecho con él y desgranando públicamente relatos románticos sobre su supuesta noche de bodas. La vida marital estaba empezando a resultarle muy apetecible… pero él no iba a perdonarle que lo hubiera plantado en el altar.

Christine Rimmer

Buscando esposa

Tentación - 497

ePub r1.0
jala 07.10.16

Título original: *Counterfeit bride*
Christine Rimmer, 1993
Traducción: Carlos Verdaguer
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 812 y en: Silhouette Desire (SD) - 812

Editor digital: LDS
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

—Jordán, no puedo casarme contigo.

Ya estaba. Había pronunciado las palabras. Y no bien hubieron salido de su boca, lo único que deseó fue retirarlas. Pero no podía.

Jordán sacudió la cabeza, con expresión de desconcertada incredulidad.

—¿Qué has dicho? No te he oído bien —su voz grave, una voz que siempre la llenaba de calor con su humor zumbón, carecía ahora de toda nota de hilaridad.

Eve deseó darse la vuelta, mirar por el ventanal de la casa playera hacia la tranquila extensión de arena, el mar reluciente, la media luna que rasgaba el negro cielo. Pero se obligó a seguir mirándolo a la cara.

—He dicho que no puedo casarme contigo ahora. No puedo pasar por eso en este momento. Al menos, no este sábado, como habíamos planeado.

Se detuvo, buscando una forma de explicarle por qué estaba haciendo aquello.

No se le ocurrió ninguna. Y ella sabía por qué. Era su propio corazón el que estaba en pugna con ella misma. Eve Tanner estaba profundamente enamorada de Jordán McSwain. Pero estar enamorada no era suficiente.

Extendió las manos en un gesto suplicante y añadió débilmente:

—Ha… sucedido todo tan rápido. Simplemente, tengo que echar un poco el freno a los acontecimientos.

Se produjo un horrible silencio. Luego, la expresión anonadada

de Jordán se desvaneció. Sonrió, una sonrisa lenta de las suyas, que expresaba un profundo alivio sin dejar de ser devastadoramente sensual.

—Qué demonios, Eve. Me has dado un buen susto.

Ella tragó saliva.

—Jordán, yo…

Él levantó una mano.

—No te preocupes, cariño —sus ojos oscuros eran suaves como el terciopelo.

Eve podía oír débilmente el golpeteo rítmico de las olas que llegaba del exterior. De pronto, se le ocurrió que las olas sonaban como suspiros largos y voluptuosos. La voz de Jordán tenía un tono dulce y tranquilizador:

—Lo entiendo. Estás nerviosa —se acercó a ella.

Eve retrocedió.

—No, Jordán.

—Ya se te pasará.

—No, es más que eso.

Tenía que obligarse a sí misma a hablar con más firmeza. Y le costaba un considerable esfuerzo cuando lo que estaba deseando era simplemente mostrarse de acuerdo con él, suspirar y dejarse llevar.

—Eve, escúchame.

Ella hizo acopio de coraje.

—No, Jordán. Eres tú el que me vas a escuchar a mí. Desde que nos conocimos, no he tenido ni un momento para pensar a dónde vamos. Me siento como…

Él la interrumpió con irremisible dulzura:

—Venga. Lo que tienes es un caso de nervios prenupciales. Y no hay ningún problema. Lo superarás.

Jordán siguió presionándola:

—¿Me amas?

Oh, Señor, ¿que si lo amaba? Sí, con todo su corazón. Lo amaba hasta decir basta.

Parecía como si lo hubiera amado desde el primer momento que lo había visto en la cocina de aquella misma casa, exactamente treinta y dos días antes. Había acudido allí a servir una pequeña cena y había acabado completamente colada por el anfitrión.

Él había dicho:

—¿Es usted de Staffing Source?

Ella se había reído ante su expresión.

—Yo soy Staffing Source. Soy la jefa. Debbie ha llamado diciendo que estaba enferma en el último minuto y no he podido encontrar sustituta con tan poca antelación.

Él había sonreído y a Eve le había parecido que el mundo entero se iluminaba.

—Bien. Añada un complemento para Debbie cuando me haga la factura.

—¿Y eso?

—Por tener la magnífica idea de ponerse enferma, gracias a lo cual usted y yo nos hemos conocido al fin.

Ella se había sonrojado.

—Está usted loco.

—Tiene razón. Ha sido como si me hubiera golpeado un rayo, cuando he entrado aquí y la he visto ahí, colocando esa enorme gamba en el lecho de hielo picado. Estoy completamente loco, vaya que sí. Loco por usted. ¿Qué va a hacer mañana por la noche?

—Bueno, yo…

—Genial. Entonces ya hemos quedado. Ponga una señal en su calendario. Para mañana… y para el resto de su vida. ¿Qué tal los barcos?

—¿Barcos?

—Eso es. He pensado que podríamos coger el *ferry* a Catalina. Allí hay un restaurante estupendo y…

Oh, santo cielo. ¿Cómo no iba a enamorarse de él? Había irrumpido en su vida ordinaria y bien organizada con toda la excitación y la magia de un castillo de fuegos artificiales, iluminando sus noches y haciendo de cada uno de sus días una celebración.

Hasta sus hijos lo adoraban. Desde el momento en que los había conocido, había comenzado a mimarlos igual que a su madre. Había planeado una excursión tras otra, sin descanso… al Zoo de san Diego, a la Granja de Bayas Knott, a Disneylandia.

Y luego habían estado los maravillosos momentos allí, en la Playa de las Focas, donde habían estado jugando en la arena hasta última hora de la tarde, antes de ir a casa a cenar y ver una película todos juntos en el vídeo. Tanto Wesley como Lisa miraban a Jordán

boquiabiertos y maravillados. Saltaban de alegría a la mera mención de su nombre.

—¿Vas a responder a mi pregunta? —Él cubrió la pequeña distancia que los separaba y le hizo alzar la barbilla con un dedo; Eve sintió que todo su cuerpo se caldeaba con aquel simple roce—. ¿Me amas?

—Sí —sintió que las lágrimas se le acumulaban en los ojos y aquello la irritó—. Sí que te amo.

—Entonces mantén tu promesa y cásate conmigo. El sábado, como acordamos.

Ella sacudió la cabeza.

—Por favor, Jordán, trata de comprender.

—¿Comprender qué?

—Ne… necesito más tiempo. Hace apenas un mes que nos conocemos. Y desde entonces, me he sentido como… una peonza. No he tenido ni un segundo libre para pararme a pensar. Ha sido una locura maravillosa e increíblemente romántica, pero…

—¿Pero qué?

—Pero me casé con Teddy de la misma forma, habiéndole conocido sólo unas semanas antes. No puedo dejar que eso me ocurra otra vez. Esta vez tengo dos hijos en que pensar. Podría ser terrible para Wesley y Lisa tener que pasar por otro divorcio…

—¿Divorcio? —Dejó escapar un bufido—. No habrá divorcio. Vengo de una familia donde la gente se casa para toda la vida. Y así será nuestro matrimonio.

—Oh, Jordán. Claro que pensamos así ahora…

Él la cogió por los hombros.

—No lo pienso. Lo sé. Y no soy tu ex marido —su voz tenía ya una nota de crispación.

Y su boca estaba tensa.

Ella hizo un esfuerzo por no flaquear.

—Ya lo sé.

—¿Entonces por qué me comparas con él?

—Bueno, yo…

—¿Tú qué? —Le estaba clavando los dedos en los hombros.

Ella hizo una mueca de dolor. Jordán se dio cuenta y la soltó.

Eve trató de explicarse:

—Sólo quería decir que… la situación es demasiado similar y

eso me inquieta.

—¿En qué sentido? —No esperó una respuesta, sino que se dio la vuelta y comenzó a medir a zancadas la habitación—. ¿Acaso soy un cómico ensimismado? ¿Te parezco el tipo de hombre que, después de tener dos hijos, decide que lo de la paternidad no es para él? ¿Crees que voy a largarme en cuanto pueda a Nueva York para proseguir una carrera en el mundo del espectáculo… enviando los papeles del divorcio en un rato perdido?

Eve levantó una mano.

—Déjalo, Jordán. No es eso lo que quería decir.

Él se detuvo.

—¿Ah, no? —Se dio la vuelta y la inmovilizó en el sitio con una mirada—. Pues ¿qué tal si me cuentas qué querías decir?

—Lo estoy intentando.

Jordán la miró furiosamente y luego se pasó una mano por el pelo rubio oscuro en un gesto de exasperación.

Viéndolo, viendo lo que le estaba haciendo, ella deseó decirle que olvidara todo lo que acababa de decir, que tenía toda la razón, que estaba siendo una tonta. Porque Jordán era todo lo que una mujer podía pedir. Era un hombre guapísimo y generoso que podía hacer que se le acelerara el pulso con sólo mirarla, que no quería más que su felicidad y la de sus hijos. Y tenía una gran familia en Carolina del Norte, una familia a la que se suponía que ella iba a conocer dentro de menos de una semana. Eve siempre había anhelado ser parte de una gran familia.

Todo parecía un sueño hecho realidad. Era un sueño hecho realidad. Pero Eve Tanner había aprendido por las malas que había que tener cuidado con los sueños. Podían convertirse lentamente en pesadillas.

Jordán salvó otra vez la distancia que los separaba, aunque esta vez no la tocó. Su mirada escrutó el rostro de Eve.

—Creo que será mejor que hables, Eve. Será mejor que te expliques.

—Ya te he dicho…

—¿Todo?

—Bueno…

—¿Hay más, entonces?

—Sí.

—Entonces, habla.

—Muy bien.

Jordán esperó. Ella eligió las palabras cuidadosamente.

—Me siento como… uno de tus negocios, Jordán. Me has agasajado y me has obsequiado y ahora estás dispuesto a cerrar el trato. Y se supone que yo tengo que dejarme llevar y ponerlo todo en tus manos. Pero yo no soy un trato. Soy una mujer de carne y hueso. Y necesito más tiempo.

—¿Cuánto tiempo más?

No estaba segura.

—Unos meses. No lo sé. Un buen período, para que podamos conocernos mejor. Para que nos convirtamos en algo real el uno para el otro.

Su expresión de recelo se hizo de dolor.

—No te estás explicando en absoluto. ¿Qué quieres decir, real?

—Quiero decir que es como un cuento de hadas, o algo así. Eres tan atrevido y extravagante…

—¿Y eso es malo?

—No, claro que no. Yo…

—¿Tú qué?

—Me da la impresión de que no puedo seguirte ni la mitad de las veces. Tengo la sensación de que no puedo ofrecerte nada que tú ya no tengas.

—Seré yo quien juzgue lo que tienes para ofrecerme —extendió hacia ella la manos y la atrajo hacia sí.

Con una suave expresión de sorpresa y anhelo, ella se vio apretada contra su cuerpo. Sabía que debía rechazarlo, seguir intentando explicarle lo que él se negaba a entender. Pero la sensación misma de su cuerpo pegado al suyo estaba superando todo lo demás.

—Soy real —dijo él—. Y lo que hay entre nosotros es real, más real que ninguna otra cosa.

—Oh, Jordán…

Dejando escapar un sonido ronco y ávido, la boca de Jordán cubrió la suya.

Eve suspiró. Pugnó valientemente por recordar lo que estaba intentando decirle… ¿qué era? ¿Pero quién podía pensar? Los labios de Jordán se deslizaron sobre los de ella, mientras la apretaba

contra su pecho. Luego, su lengua intentó hacerle separar los labios, que ella trataba de mantener apretados.

—Déjame entrar, cariño… —dijo él dulcemente contra su boca.

Con un suave gemido, ella hizo lo que le suplicaba, abriendo los labios reluctantemente para que su lengua pudiera penetrar y emprender el delicioso tormento. Al cabo de breves segundos, ella se había relajado.

—Dime que me amas.

—Ya sabes que sí.

—¿Sí qué?

—Jordán…

—Dilo… vamos. Quiero oírlo…

—Te amo, Jordán —él había posado los labios sobre su garganta; ella gimió—. Te amo, te amo…

—Y te casarás conmigo. El sábado…

—Jordán…

—Dilo.

—Jordán, yo…

—¿Qué?

—No puedo.

—Sí puedes.

—No.

Y con aquella palabra los increíbles y deliciosos besos terminaron.

Jordán les puso fin, como debía haberlo hecho Eve mucho antes. Él le cogió los brazos, que seguían rodeando su cuello y se los apartó suavemente.

Luego le dio la espalda y se puso a estudiar las olas. Ella sabía que estaba tratando de poner su cuerpo bajo control otra vez, igual que estaba haciendo ella.

Jordán, sin volverse, dijo ásperamente:

—¿A qué demonios estás jugando, Eve?

Eve se frotó las sienes, despreciándose a sí misma. Desde aquella mañana, en que se había mirado al espejo y se había dado cuenta de que tenía que echar un poco el freno antes de acabar en un matrimonio desastroso como había sido el primero suyo con Teddy Tanner, había sentido miedo, un miedo terrible a no saber cómo llevar aquella situación.

Y ahora se daba cuenta de que había hecho bien en preocuparse. Lo estaba echando todo a perder. Había contado sus argumentos atropelladamente y sin convicción, como si ella misma no se los creyera… y luego se había fundido entre sus brazos a la primera de cambio.

Con un suspiro muy cansado, dijo:

—No es un juego, te lo juro.

—¿Entonces qué diantres estás tratando de demostrar?

—Nada. Sólo lo que ya te he dicho. Por favor, ¿por qué no intentas entenderlo? Quiero que estemos al mismo nivel. Y tengo la sensación de que aún no lo estamos. Me da la impresión de que, contigo, no puedo evitar dejarme llevar, dejar que seas tú quien se ocupe de todo. Creo que eso es peligroso para mí, como persona.

En aquel momento, él se volvió para mirarla.

—Eso es una locura. Estamos exactamente al mismo nivel, no podemos ser más iguales. Y yo te adoro. Te daré el mundo entero, si me dejas.

—Se trata precisamente de eso. Tengo que conseguir lo que necesito por mi cuenta. Nadie puede hacerlo por mí.

—Muy bien —dijo él con creciente impaciencia—. Consigue lo que necesites por tu cuenta. Y cásate conmigo el sábado.

—Jordán. No puedo casarme contigo. Ahora no.

Estaban otra vez donde habían empezado.

Excepto que ahora Jordán estaba empezando a darse cuenta de que ella hablaba realmente en serio. Estaba verdaderamente dispuesta a cancelar la boda.

Y nada… ni su rápido ingenio, ni su encanto, ni su considerable capacidad de persuasión, ni siquiera la forma en que conseguía que todo su cuerpo ardiera con sólo rozarla, iban a hacer cambiar de idea a Eve.

Desde la primera noche en que la había visto allí, en su cocina, ni siquiera había considerado la posibilidad de que pudiera perderla. Era suya desde el momento en que se había sonrojado y le había dicho que estaba loco y él le había respondido que sí, claro, que estaba loco por ella.

¿Cómo demonios no se había dado cuenta de que la atracción que ejercía sobre él era tan potente? Aquello era horrible. Era una pura agonía.

Y Jordán McSwain no tenía por qué soportar agonía ninguna.

Jordán McSwain se tomaba la vida como venía. No era de quienes se entretenían demasiado con los demás. Le gustaba la gente, eso sí. Pero, con la excepción de su abuela, que lo había educado desde que tenía siete años, siempre había sido lo bastante listo como para no dejar que nadie llegara a hacerse demasiado importante para él.

Sin embargo, con Eve, de alguna forma había contravenido sus propias normas. Y ahora lo estaba pagando.

Entonces habló ásperamente, en un tono que muy pocos le habían oído usar.

—Ya estoy harto de esto, Eve. O seguimos o lo cancelamos. Una cosa o la otra. No pienso esperar el resto de mi vida a que decidas si te apetece ser mi esposa o no.

Jordán vio cómo sus grandes ojos azul verdosos se dilataban aún más. Sintió una perversa punzada de satisfacción. Ya estaba. Se habían acabado las tonterías. Que se decidiera de una vez por todas.

—Aclárate, Eve. Y hazlo ahora. ¿Sí o no?

Eve, que percibió aquel súbito cambio en él, trató desesperadamente de hacerle ceder un poco.

—Jordán, por favor. Dejémonos de ultimátums. ¿No podemos…?

—¿Vas a casarte conmigo el sábado? —Su voz era tan dura como su expresión.

Ella lo miró con expresión suplicante.

—Jordán, no hagas esto…

—¿Sí o no?

—Si me dieras un poco de tiempo. Si pudiera solo…

—Sí o no.

—Si me obligas a darte una respuesta ahora, ha de ser no.

Por un momento se produjo el silencio.

—De acuerdo, entonces —dijo en voz baja—. No hay nada más que hablar. La boda queda cancelada.

Eve se quedó en el sitio, sin creer lo que acababa de oír. Había deseado tiempo. Y él le estaba dando tiempo. Le estaba dando todo el tiempo del mundo. Sin él.

—Jordán…

Jordán hizo un gesto cortante con la mano, como indicando que

no había nada más que discutir. Y luego se dio la vuelta.

Eve se quedó mirando su espalda, tratando vanamente de aceptar lo que estaba ocurriendo allí. Había esperado tener problemas para convencerlo. Había sido consciente de que él podía enfadarse. Pero, de alguna forma, había confiado en que finalmente lograría hacerle comprender.

Pero aquello no había ocurrido. En cambio, lo había perdido. Perdido. Oh, Dios, ¿cómo podía ser aquello?

Eve se miró las manos. Vio que estaba dándole vueltas al anillo de compromiso, con un diamante, que él le había regalado. Obligó a sus dedos a pararse.

—Te… —Tuvo que aclararse la garganta—… dejo el anillo aquí.

Él no dio muestras de haberla oído.

Ella susurró su nombre una vez más, ya sin esperanza. Jordán permaneció inmóvil. Ella se dirigió hacia la puerta y se marchó.

Capítulo 2

—Llámalo, te digo. Hazme caso en esto.

Rosie Holland, la mejor amiga y compañera de piso de Eve, dejó de hablar por un instante para mirar el donut de chocolate que sostenía en la mano.

—Dios. Voy a ponerme a dieta. Lo juro. Mañana, sin falta —le dio un mordisco al donut.

Eve, respirando por aquel breve descanso en medio de la bien intencionada retahíla de consejos de su amiga, miró por la ventana del comedor hacia el patio trasero, donde estaban jugando los niños. Vio a Wesley lanzar su pelota de plástico. No lejos de él, Lisa estaba agachada sobre la hierba, estudiando con enorme concentración algo que había en el suelo entre sus rechonchas piernecitas de bebé. En lo alto, el cielo de otoño no mostraba ni una nube. El sol brillaba alegremente.

—Eve, ¿has oído una sola palabra de lo que te estoy diciendo?

Eve miró a su amiga y forzó una sonrisa.

—Que vas a ponerte a dieta. Mañana.

—Muy graciosa —con un dedo rollizo, Rosie recogió las miguitas del donut—. Te lo diré otra vez, entonces: llama a ese hombre. Inmediatamente. —Rosie se chupó el dedo de las migas.

Eve sacudió la cabeza.

—No servirá de nada.

—Eso no puedes saberlo a menos que lo intentes.

—En eso te equivocas, Rosie. Ya lo sé. No quiere verme. —Eve miró por la ventana otra vez.

En aquel momento, Wesley se estaba subiendo al columpio y Lisa estaba gateando por la hierba. Los dos estaban sonriendo. Mirándolos, cualquiera pensaría que todo funcionaba perfectamente en el mundo, que aquel día no se diferenciaba en nada del anterior, que nada había cambiado en la vida de Eve.

—Esto es ridículo —la reprendió Rosie—. Estás comportándote como una adolescente caprichosa. Hazme caso. Ese hombre está que bebe los vientos por ti. Estará dispuesto a llegar a un acuerdo una vez haya tenido tiempo de enfriarse.

Eve se tragó el nudo que se le había formado en la garganta, conteniendo las lágrimas.

—Tú no estabas allí, Rosie. Ocurrió… algo dentro de él. No puedo explicarlo. Pero sé que hablaba muy en serio. No quiere saber nada más de mí.

Rosie se enderezó en su sillón.

—De acuerdo. Supón que tus instintos están en lo cierto y que realmente no quiere saber nada de ti. Eso no quiere decir que tú no quieras saber nada más de él, ¿no?

Eve se frotó el puente de la nariz en un inútil esfuerzo de eliminar la sensación de cansancio.

—Oh, Rosie…

—No me vengas con oh, Rosie. Hablo en serio. ¿Cómo vas a rendirte precisamente tú? Mira a tu alrededor. —Rosie extendió los brazos—. No tienes aún treinta años y ya eres propietaria de una casa. Tus hijos son felices y saludables. Diriges un negocio desde casa, con lo que puedes estar con ellos todo el día. Has encontrado una ayudante de lo más capaz con una actitud positiva, *moi*, que puede ayudarte con los niños o con lo que sea necesario. En resumen, te has creado la vida ideal para la madre soltera de hoy en día, sin la menor ayuda de tu único gran error en la vida, Teddy Tanner, el diablo lo confunda…

—Rosie, Teddy envía cheques de ayuda cada cierto tiempo…

—De lo que hablamos aquí no es de cheques de ayuda, ni de ese canalla que te dejó colgada tres meses antes de que Lisa naciera. Lo que estoy intentando decirte es que tú no eres de las que abandonan. Así que, ¿por qué demonios, cuando finalmente has encontrado al tío del siglo, estás dispuesta a ceder al primer signo de problema entre vosotros?

—Rosie, no lo entiendes…

—¿Por qué? Te lo pregunto, ¿por qué?

—Rosie, tú no estabas allí. No viste la forma en que él…

—Dejaste que te intimidara.

—No le dejé. Lo hizo él sin ayuda.

Rosie hizo una mueca.

—Ése es el problema. Dices que se encarga él de todo cuando estáis juntos. Dices que quieres cambiar eso, que vuestra relación sea más igualitaria. Pero luego no plantas cara para demostrar esa igualdad cuando las cosas se ponen feas. Has dejado que se largue. Creo que lo que ocurre es que sigues pensando que no mereces un hombre como Jordán. No te ves a ti misma como su igual. Y así, la primera vez que él se enfada contigo, sales corriendo asustada.

Eve se sintió un poco incómoda con el análisis de su amiga. Había algo de cierto en ello. No se sentía igual a Jordán. Pero el hecho seguía siendo que no podía esforzarse en ponerse a su altura cuando él la rechazaba de plano y le decía que no quería volver a verla.

—Rosie —arguyó Eve débilmente—, tú no estabas allí. Estaba mucho más que enfadado. Estaba…

En aquel instante se puso a sonar el teléfono de la sala de estar, que Eve usaba como despacho.

A Eve le dio un vuelco el corazón y sintió florecer la esperanza. Tal vez fuera Jordán…

Pero, naturalmente, no podía ser. Jordán siempre llamaba por la otra línea, la privada.

Entonces se acordó. Varios días antes, Jordán le había pedido que le reservara a Debbie Conley para servir una pequeña cena que iba a ofrecer en su casa al día siguiente. Hasta la noche anterior, ella había pensado estar presente también, ayudándolo como anfitriona. Aunque ya estaba todo arreglado, tal vez había algún detalle que se les había pasado por alto…

Salió rápidamente a coger el teléfono, diciendo:

—Ya es hora de trabajar.

Rosie frunció irónicamente el ceño.

—Sí, claro.

Eve se dirigió a la sala de estar, situada en la parte delantera de la casa.

Rosie, que sabía muy bien que su consejo estaba siendo incluido en el apartado «ignorar», gruñó y se levantó para servirse otra taza de café. Luego salió al patio a ver el bicho que había encontrado Lisa y a darle un empujón a Wesley en el columpio.

En su despacho, Eve levantó el teléfono y trató de adoptar un tono calmado y profesional.

—Hola —era una mujer—. Quería hacer una reserva. Voy a celebrar una pequeña fiesta el dieciocho del mes que viene y… —La mujer siguió explicando el encargo.

Eve suspiró y sintió que su corazón recuperaba el ritmo normal. No era Jordán, después de todo. Había sido estúpida por imaginar siquiera que podía ser él.

* * *

-Jordán. —Melba Blecker le dirigió una sonrisa radiante, que marcó más las arruguillas de sus ojos y su boca—. Está muy bien tener una oportunidad de reunimos así y poder conocernos mejor. —Melba le lanzó una mirada a su marido, quien estaba sentado al otro lado de la reluciente mesa de cristal—. Éste es un gran paso para Mort y para mí.

—Lo entiendo, señora Blecker.

La mujer agitó un dedo delante de él.

—Melba, Jordán. Melba.

Él sonrió afablemente.

—De acuerdo. Melba. Y realmente entiendo lo que quieren decir. Y por eso me gusta que los posibles clientes vengan aquí, para pasar un buen rato juntos y tratar de resolver todas las posibles dudas y cuestiones que puedan surgir antes de tomar una decisión firme.

—Es una forma encantadora de hacer negocios —proclamó Melba y luego inclinó la cabeza para concentrarse otra vez en su ensalada griega.

Desde su asiento en la cabecera de la mesa, Jordán podía ver una esquina de la encimera de la cocina. Debbie, a quien Eve había enviado a servir la cena, estaba haciendo un excelente trabajo.

Pero cada vez que veía movimiento allí dentro, se acordaba de lo que se había prometido a sí mismo no recordar: que Eve debería

estar allí también.

A pesar de la poco brillante actuación de Jordán, al final de la velada, Mort y Melba estaban dispuestos a cerrar el trato.

Los acompañó al coche poco antes de las diez. Luego entró de nuevo en la casa y encontró a Debbie en la ya impoluta cocina, esperando pacientemente para saber si Jordán deseaba que le enviaran la factura más adelante, o prefería dejarlo arreglado ahora.

Jordán le pagó, añadiendo una enorme propina, mayor aún que las que solía dar. La eficiente e imperturbable Debbie dejó escapar un sonido de sorpresa al ver la cantidad. Luego se recuperó rápidamente, puso una expresión neutra y le dio las gracias muy amablemente.

El sonrió para sí. Era la primera vez que lo hacía espontáneamente en dos días. Le hacía gracia pensar que Debbie creería seguramente que estaba loco. Un mes antes le había dado una propina por haberse puesto enferma. Y ahora le daba una propina casi igual que la factura por el servicio.

Naturalmente, aquello no tenía nada que ver con Eve, nada en absoluto. Lo había hecho por divertirse. El hecho de que Eve lo viera en el recibo, frunciera su ancha boca y lo llamara extravagante no tenía nada que ver con ello en absoluto.

A las diez y media estaba solo. Se duchó.

Después, deambuló por el dormitorio, secándose el pelo con una toalla. Se recordó a sí mismo que tenía que llamar a su abuela y decirle que se había cancelado la boda, que acudiría sólo a la gran reunión familiar, que iba a celebrar su tía abuela Dora el fin de semana de Acción de Gracias. A Jordán le daba pánico hacer aquella llamada, y aquélla era la razón por la que no la había hecho aún.

Desnudo, Jordán se sentó en el borde de la cama y miró el reloj. Eran casi las once, demasiado tarde para molestar a Alma aquella noche, de todas formas. Ya la llamaría mañana, en algún momento. Pero no tenía sentido preocuparse por ello ahora.

Jordán miró el teléfono. Junto a él estaba la cajita forrada de terciopelo del anillo de compromiso de Eve. Tenía que acordarse de devolver aquella maldita cosa al joyero cuanto antes.

Sus ojos se vieron atraídos de nuevo por el teléfono. Se preguntaba… ¿estaría Eve en la cama ya?

Dejando escapar un gruñido de irritación, arrugó la toalla y la arrojó a un rincón. Había tomado la decisión correcta, lo sabía. Sólo tenía que dejar de pensar en ella, eso era todo.

* * *

Al día siguiente, Jordán se recordó una vez más que tenía que llamar a Alma. Pero, de alguna forma, nunca parecía encontrar el momento adecuado.

Los regalos de boda se estaban convirtiendo también en un problema. No dejaban de llegar, por correo o por mensajerías; aquel mismo día habían sido seis. Su abuela tenía tres hermanas y un hermano, y todos sus hijos y los hijos de sus hijos parecían pensar que tenían que enviarle algún presente ahora que, por fin, Jordán había decidido sentar la cabeza. Jordán estaba almacenando los malditos regalos en una habitación, y el montón se estaba haciendo realmente enorme. No quería ni pensar en el trabajo que iba a ser devolverlos.

Lo más importante, sin embargo, era llamar a Alma. Tenía la seria intención de hacerlo aquel mismo día. Pero, de alguna forma, antes de que se hubiera dado ni cuenta, eran otra vez las once de la noche, demasiado tarde para llamar a una anciana de ochenta y ocho años para decirle que su mayor deseo en la vida no iba a quedar satisfecho después de todo.

Lo haría al día siguiente, se prometió. Sin falta.

El día siguiente era sábado, el día que Eve, él y los niños habían planeado viajar a Tahoe; el día que se suponía que él se tenía que haber casado en una capilla de South Shore.

Todo aquel día siguió posponiendo la llamada. Pero a eso de las siete de la tarde, supo que tenía que resolver aquello de una vez. Sería el mejor momento —si es que podía llamarse así—, para hacerlo. Estaría en su habitación de la casa de reposo, leyendo o viendo la televisión antes de acostarse.

Jordán llamó desde el teléfono de su dormitorio, de pie junto a la cama, pues estaba demasiado nervioso para sentarse. Tecleó el número de memoria y esperó sombríamente a escuchar la voz de su abuela al otro lado de la línea.

La cajita de terciopelo con el anillo de Eve seguía sobre la mesilla. La cogió distraídamente y le dio vueltas en la mano mientras oía sonar el teléfono.

—¿Sí? Aquí Alma McSwain.

A Jordán se le llenó el corazón de amor y nostalgia al oír el sonido de aquella voz. Sonaba claramente temblorosa ya, pero seguía siendo la voz de su infancia, la voz que le había ordenado limpiar su habitación y que lo había ensalzado cuando sacaba un diez en álgebra. Era la voz que había aliviado sus dolores y le había explicado los misterios de la vida cuando a su abuelo no había sabido cómo hacerlo.

—Abuela, soy yo.

Pudo sentirla sonreír por la voz.

—Jordán. Qué encantadora sorpresa.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo va esa cadera?

Unos meses antes, se había caído y se le había roto. De hecho, habían sido sus problemas de salud los que la habían disuadido de estar presente en la boda.

—Mejor cada día, aunque aún sigo con el
taca-taca.

—¿Y el corazón?

Sufría una insuficiencia coronaria, y a veces el ritmo del corazón iba descendiéndole peligrosamente, hasta casi parársele.

—Jordán, podemos hablar de mi salud en cualquier otro momento. Pero ahora hay algo mucho más emocionante de que hablar. Oh, me alegro tanto de que hayas llamado. Dime, ¿cómo ha ido todo?

—¿Perdona?

—La boda, Jordán. ¿Cómo ha ido? ¿Te has puesto nervioso? Y Eve, ¿qué tal como la señora de McSwain?

—Bueno, de eso precisamente… —La maldita garganta se le atenazó en aquel momento y tuvo que respirar hondo antes de proseguir.

—¿Jordán? ¿Estás llamando desde el hotel? No se te oye bien.

—Bueno, yo… err, no…

Su abuela estaba empezando a preocuparse, podía notarlo por su tipo de silencio antes de que dijera:

—¿Te encuentras bien, querido?

—Sí. Sí, abuela. Estoy bien.

—¿Y Eve? ¿Y los niños?

—Están todos muy bien.

—Bueno, es un alivio. Por un momento, me has preocupado. Te lo juro, no sabía qué estaba ocurriendo —él se dio cuenta de que su abuela había encontrado una razón para su extraño comportamiento cuando la oyó decir en otro tono—: Jordán McSwain, dime la verdad inmediatamente. Te has emocionado, ¿a que sí?

Él se alegró de que no pudiera ver su sonrisa irónica.

—Sí, abuela. Supongo que debe ser eso. Supongo que sí.

—Bueno, pues es perfectamente natural, dadas las circunstancias.

—Sí, claro, supongo que sí.

—Todo está bien entonces, ¿no?

—Sí —dijo él, sin querer pensar realmente en las implicaciones de lo que estaba diciendo.

—Enhorabuena —dijo ella en voz baja, y la voz le tembló más que nunca. Él supo que a su abuela se le estaban empañando los ojos.

—Gracias —se oyó replicar.

—Quizás —sugirió ella—, podrías decirle a Eve que se pusiera un momento, para decirle lo mucho que me alegro por ti. Y luego te dejo en paz.

Había llegado el momento. Sabía que debía abrir la boca y decir: Eve no está aquí. El caso es que no me he casado. No estoy en un hotel en Tahoe, sino en casa. Hemos cancelado el asunto…

Pero Alma parecía encantada. ¿Cómo demonios iba a hacerle aquello? Le partiría el corazón.

—Se… está bañando a Lisa —mintió.

—Ah, claro. —Alma soltó una risita entre dientes—. A mi edad es tan fácil olvidarse de las exigencias de los más pequeños. ¿Le darás recuerdos de mi parte? Y dile que estoy deseando conocerla directamente el miércoles.

—Yo… sí, abuela. Sí, lo haré.

—Bien. Dora no deja de hacer planes. Os ha reservado a Eve y a ti la mejor habitación, la que tiene baño privado. Y no deja de insistir en que me quede el fin de semana de Acción de Gracias

entero. Y yo me encuentro tan bien que tal vez lo haga. Sería una oportunidad de llegar a conocer realmente a Eve y a sus dos hijitos.

—Sí. Bien. Pero, abuela… tengo que colgar ahora, en serio.

—Ah, claro, y yo no dejo de parlotear. Si me descuido, te tengo al teléfono toda la noche.

—Sí. Yo… nos veremos el miércoles, ¿vale?

Se produjo un pequeño silencio; le dio otra vez la impresión de que su abuela estaba detectando algo que no marchaba bien en todo aquello. Pero entonces ella dijo:

—Sí, el miércoles. Te quiero, Jordán. Nos vemos entonces.

Él oyó el clic antes de decir:

—Yo también te quiero, abuela —y colgó muy cuidadosamente el teléfono.

Se sentó lentamente en el borde de la cama, sin acabar de creer lo que acababa de hacer. Había mentido descaradamente, empeorando las cosas.

¿Pero qué demonios le pasaba? No era un hombre al que le costara hacer las cosas que había que hacer.

Tendría que decírselo el miércoles, aquello era todo. Pero hizo una mueca sólo de pensarlo. Y no pudo evitar preguntarse cómo iba a conseguir decirle la verdad a la cara cuando no era capaz de hacerlo a través de la relativa seguridad del teléfono.

Cuando se lo dijera, le estaría arrebatando el único regalo que ella había deseado jamás realmente de él. Durante años, había deseado ver a su único nieto felizmente casado y asentado. Y últimamente su salud era de lo más frágil. Para decirlo fríamente, no le quedaban demasiados años de vida a Alma. Actualmente, con la mayoría de sus negocios en el sur del estado, Jordán sólo la veía una o dos veces al año. Y últimamente, cada vez que la veía le atormentaba la idea de que pudiera ser la última.

Se dio cuenta de que seguía sosteniendo la cajita de terciopelo. Con el pulgar, levantó la tapa. El diamante le hizo un frío guiño.

Volvió a cerrar la caja y se la metió en el bolsillo. La metería en la guantera del coche. Así no tendría que verla continuamente. La próxima vez que pasara por delante del joyero, se detendría a devolvérsela.

Miró el reloj. Las siete y media. La noche larga y solitaria se extendía ante él.

Y Jordán se dio cuenta de que estaba harto de estar encerrado en casa. Conocía un restaurante estupendo en Malibú donde podía conseguir una buena mesa sin avisar previamente. Iría allí a disfrutar de una cena opípara y tranquila. Y después, ¿quién sabía? Iría a un *pub* irlandés que le gustaba, en Hollywood, tal vez, donde el barman sabía escuchar y cuándo hablar. O incluso alguno de los bares de Melrose, donde la clientela misma era un espectáculo.

Capítulo 3

A la una de la madrugada, se encontró aparcando delante de la casa de Eve. Con una idea a medio formar y completamente absurda en la cabeza, salió del coche y avanzó por el estrecho y muy cuidado camino de entrada hacia su puerta.

Salió a abrirle Rosie.

—Ah, eres tú.

Había asomado la cabeza y lo estaba mirando, medio dormida aún, con los ojos entrecerrados y una expresión vagamente desaprobadora.

—Hola, Rosie. —Jordán no pudo evitar sonreír; siempre le había caído bien Rosie… tanto por su franqueza como por su enorme corazón—. ¿Está Eve en casa?

—Pues sí.

—Me gustaría hablar con ella.

Rosie lo miró de soslayo un momento y luego rezongó:

—Espera un minuto. Voy a…

Pero en aquel instante, él oyó la voz de Eve:

—¿Qué ocurre, Rosie?

Y su rostro apareció por detrás del hombro de Rosie. Llevaba una discreta bata y se estaba cerrando las solapas. Su cabello estaba revuelto, y su expresión era suave y vulnerable. Parpadeó y se le dilataron mucho los ojos al verlo.

—¡Oh! —exclamó, inhalando.

Las manos de Jordán, que él tenía metidas en los bolsillos, se convirtieron en puños. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para

permanecer donde estaba. Lo que cada fibra de su ser le pedía a gritos era que avanzara y apartara a Rosie de en medio. Deseaba estrechar a Eve contra su pecho, hacerle levantar la barbilla y cubrir sus labios con los suyos. Deseaba demostrarle de una vez por todas que era suya y sólo suya.

Era un impulso primitivo, lo sabía. Y totalmente inoportuno. Ella no era suya; Eve ya había tomado una decisión al respecto. Aun así, el hecho de que hubiera cancelado su boda no hacía que su deseo de tomarla entre sus brazos fuera menos real.

La miró a sus ojos grandes y llenos de aprensión.

—Sé que es tarde. Pero quiero pedirte un favor.

—Ah —dijo ella—. Sí. Claro. ¿Qué?

Entre ellos, Rosie masculló:

—Tal vez deberías hacerle pasar, Eve.

—Ah. Ah, sí. —Eve estuvo a punto de sonreír, pero luego pareció decidirse en contra—. Pasa.

—Gracias.

Rosie y Eve se apartaron para que Jordán entrara en el pequeño vestíbulo. Se quedaron mirando los tres, Eve y Jordán llenos de anhelo y Rosie paseando la mirada entre uno y otro.

Finalmente, Rosie sugirió irónicamente:

—¿Qué tal si vosotros os metéis en el salón para hablar, y yo me vuelvo a la camita?

Sin apartar en ningún momento los ojos de Jordán, Eve murmuró:

—Sí, buena idea. Buenas noches, Rosie…

—Sí —dijo Jordán—. Buenas noches, Rosie…

Eve, quien aún no acababa de creerse que Jordán estuviera allí, se aclaró la garganta:

—Hummm. Bueno. Vamos a la otra habitación, ¿quieres?

—Sí. Estupendo.

De alguna forma, ella consiguió arrancar la mirada de encima de Jordán el tiempo suficiente para darse la vuelta y guiarle a través del comedor antes de bajar los dos escalones que conducían al salón. Allí, encendió una lámpara y le indicó el sofá.

—Por favor, siéntate —sabía que sonaba absurdamente formal, pero se sentía incapaz de cambiar de tono.

—Gracias.

Se sentó donde ella le había indicado. Eve lo hizo en el brazo de un sillón, delante de él, con la mesilla de café entre los dos.

—¿Qué tal están Wesley y Lisa?

—Estupendamente. Están muy bien.

—Bien. Me alegro.

—¿Quieres… tomar algo? No sé, ¿café? ¿Una cerveza?

—No. No, gracias.

—¿Seguro? No es ningún inconveniente.

—Seguro.

—Bueno —ella se estiró la bata por encima de las rodillas—. De acuerdo…

Los lugares comunes se habían terminado demasiado pronto. Durante unos segundos de auténtica agonía, ninguno de los dos supo qué decir.

Eve sabía que, cualquiera que fuese el motivo que lo había traído allí en mitad de la noche, no sería ni mucho menos aquel que ella había soñado: no iba a pedirle a Eve que le concediera una oportunidad más a lo que había entre ellos.

Pensó, desconsoladamente, que arrojarse a sus brazos en aquel preciso instante sería tan sólo un error. Nunca llegaría a él, sino que se despeñaría por el abismo que los separaba, y no se volvería a saber de ella.

Finalmente, Jordán habló:

—Llamé a Alma anoche para decirle lo que había ocurrido.

Eve asintió, sintiéndose peor por momentos, al pensar en lo mucho que Jordán quería a su abuela y lo duro que tenía que haberle resultado decirle que la boda se había cancelado.

Él prosiguió, con voz inexpresiva y como sin darle importancia:

—No pude hacerlo.

Eve, que se estaba mirando el regazo, alzó la vista rápidamente y lo miró de nuevo a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que acabo de decir —su tono inexpresivo se hizo de pronto impaciente—. Se puso a felicitarnos, y no tuve corazón para decirle que no había habido boda. Es muy mayor…

—Lo sé, pero…

Jordán la interrumpió, como si no la hubiera oído:

—Y no está bien de salud. A duras penas puede desplazarse

después de la caída de hace dos meses. Y ya sabes lo de su corazón.

—Sí, pero, Jordán…

—¿Quieres dejarme acabar, por favor?

—Lo siento. Desde luego. Sigue.

Él se quedó callado un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Lo que había entre nosotros… —Hizo un gesto que los abarcaba a los dos—… tú y yo, los niños. Es lo que siempre había deseado de mí, una esposa y una familia.

—Lo entiendo.

—¿Ah, sí?

Su mirada era distante. Para Eve, insinuaba que tenía sus dudas de que una mujer como ella, que se tomaba tan a la ligera sus promesas, pudiera entender nunca lo que su amada abuela podía sentir.

—Sí —dijo Eve firmemente, sintiendo una punzada de irritación —. Sí que lo entiendo. Y lo siento, de verdad, Jordán. Sin embargo, sigo…

Jordán se puso en pie, con un movimiento súbito que hizo que a Eve se le fuera el santo al cielo y se aferrara con más fuerza al brazo del sillón.

—¿Cuánto lo sientes? —inquirió él.

Ella se retrajo.

—Jordán, yo…

Jordán se cernió sobre Eve.

—Responde a la pregunta. ¿Cuánto lo sientes? ¿Lo suficiente como para ayudarme?

Ella se obligó a sí misma a enderezarse y cruzó cuidadosamente las manos sobre el regazo. Luego le preguntó, con mucha más firmeza de la que sentía:

—¿Adonde quieres llegar?

—Responde a mi pregunta. ¿Estás dispuesta a ayudarme?

—Si puedo, desde luego. Pero ¿qué quieres que haga?

Él la miró, sin responder, atravesándola con la mirada. Eve mantuvo la vista alzada, las manos quietas y la espalda orgullosa y recta. Durante una eternidad se sostuvieron mutuamente la mirada… y en la oscuridad de los ojos de Jordán, Eve vio el deseo que tanto se estaba esforzando en controlar.

La mirada de Jordán descendió hacia su boca. Por un instante se mantuvo allí. Y luego comenzó a explorar su cuerpo. Se posó en su cuello antes de descender al escote que dejaba entrever la parte superior de sus pechos.

Eve sintió que el cuerpo le ardía otra vez, que el sonrojo le subía hasta el cuello y las mejillas. De pronto fue dolorosamente consciente de que los pezones se le estaban endureciendo bajo la bata, del roce del tejido contra sensible piel de sus puntas erectas.

Habiendo puesto una distancia segura entre ellos, Jordán la miró ceñudamente por un instante y luego dijo en tono acusador:

—Deberías ver la de regalos que estoy recibiendo de la familia. El devolverlos todos va a convertirse en una auténtica operación estratégica.

Eve percibió cómo estaba creciendo la frustración de Jordán. Aquello no estaba conduciendo a ninguna parte. Estaban en plena noche. ¿Qué quería de ella?

—¿Quieres que los llame, es eso? ¿Quieres que llame a tu abuela y le explique lo que ha ocurrido?

—No, Eve —su tono era sombrío—. No es eso lo que quiero.

—¿Entonces qué? Dime, ¿qué?

—Quiero que vayas a casa, a Malachite Junction, conmigo… y Wesley y Lisa. Quiero que seas mi esposa. Durante cinco días, desde el miércoles al domingo.

Eve se lo quedó mirando, negándose a creerlo por un instante. Luego dejó escapar un gruñido de puro asombro.

—¿Qué? No puedes hablar en serio.

—Hablo muy en serio.

—Fingir que estamos casados, ¿para la reunión familiar?

Él asintió.

Ella sacudió la cabeza, aturdida. No, no podía hablar en serio.

—Es una locura. No podemos…

El desechó sus objeciones, como si lo que acabara de sugerir fuera realmente posible, como si fuera la única solución razonable al problema con Alma.

—Sí que podemos. La verdad es que casi no los veo nunca. Y mi abuela está en las últimas. ¿Por qué no iba a obtener de mí su mayor deseo antes de morir?

—P… pero, Jordán —balbució Eve—, no podemos hacer eso. No

está bien.

—¿Qué quieres decir con eso? No hace daño a nadie. Si acaso, hará feliz a un montón de gente… mucho más feliz que contarles la verdad y arrojar una sombra sobre la condenada reunión.

—Pero es mentira.

—Una mentira por una buena causa. Y finalmente, cuando Alma haya desaparecido y tenga que contarles la verdad a todos, al menos no habrá sido durante la mayor reunión que ha celebrado mi familia en veinte años.

—Pero ¿y Wesley y Lisa?

Jordán estaba preparado para aquello. No titubeó al contestar:

—Wesley tiene sólo cuatro años y Lisa aún no ha cumplido los dos. No se enterarán de nada de lo que ocurra. Se lo pasarán en grande. Mi familia al completo se enamorará de ellos, y tendrán a otros niños de su edad con los que jugar.

Eve se lo quedó mirando, con el corazón destrozado. ¿Cómo iba a mentir ella en algo así? ¿Cómo iba a fingir que Jordán y ella habían unido sus vidas cuando, tan pronto como regresaran a casa, volverían a convertirse en lo que eran en aquel momento: dos personas distanciadas y separadas?

Sintiéndose incómodo con el silencio angustiado de Eve, Jordán insistió:

—Funcionará, Eve. Estoy convencido.

Eve sintió ganas de llorar. ¿Cómo podía pedirle aquello? Era demasiado doloroso, demasiado cruel.

Muy bajito, con una voz desgarrada, ella se atrevió a hacer la pregunta que llevaba en el corazón:

—¿Y qué hay de… tú y yo?

Él se limitó a mirarla inexpresivamente.

—Ya no hay tú y yo. Es algo que tú decidiste.

—Pero yo…

Él la interrumpió con un gesto de la mano:

—Mira. Ayer noche estuve pensando. Y me he dado cuenta de que tomaste la decisión adecuada. No sirvo para marido. Y aunque me encantan los niños, no sería capaz de hacer frente a los momentos duros cuando surgieran.

—¿Los momentos duros? —murmuró ella apagadamente.

—Sí. Todos los problemas que surgen en una familia. Entre

marido y mujer. Y con los niños, a medida que crecen.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Pero cómo puedes saber tú eso? —Una nota se súplica apareció en su voz—. No te has dado a ti mismo la oportunidad de saberlo.

—Me conozco.

—No…

—Sí.

—No te estás valorando como mereces. Y, además, lo estás tergiversando todo, y lo sabes. El cancelar lo nuestro no fue decisión mía. Yo quería que resolviéramos las cosas, Jordán. En serio. Pero tú… tú me lanzaste un ultimátum. Te lo juro, Jordán, lo único que quería era… —Se dio cuenta por la expresión angustiada del rostro de Jordán de lo histérica que debía sonar; hizo un esfuerzo por calmar la voz—: …un poco de tiempo. Y es lo que sigo queriendo. Si al menos quisieras…

Pero Jordán ya había tenido suficiente.

—Déjalo estar, Eve. Quienquiera que tomara la decisión, está tomada. Y es la correcta, estoy convencido.

—Pero…

—Lo digo en serio. Se ha terminado.

Eve se lo quedó mirando, mordiéndose el labio para no estallar en inútiles lágrimas. Rosie la había acusado de no luchar lo suficiente por intentar hacerle comprender. Bueno, pues ahora acababa de intentarlo. Y aquél era el resultado.

Eve trató de poner sus emociones bajo control antes de decir nada más. Buscó otra forma de abordar aquello, una forma que le permitiera penetrar a través del muro infranqueable que Jordán había erigido súbitamente a su alrededor.

Mientras trataba de pensar qué decir a continuación, hizo lo posible por controlar la expresión de su rostro. Aun así, sabía que Jordán veía la sombra de dolor en sus ojos… por no mencionar la humedad de las lágrimas que a duras penas estaba logrando contener.

De pronto, Jordán alzó las manos.

—Maldita sea, da igual. Tienes razón.

Ella lo miró, boquiabierta.

—¿Qué? ¿Razón en qué?

—Ésta es una idea absurda —se dio la vuelta, arrojando las palabras por encima del hombro—. Ha sido despreciable que te lo haya pedido. Siento haberte despertado. Vuelve a acostarte —se dirigió a la puerta.

—¡Espera! —Eve se levantó del brazo del sillón.

Él se detuvo a medio camino de la zona de comedor. Volvió la cabeza para mirarla. En aquel preciso instante, Eve creyó ver un destello de esperanza en sus ojos. Por un segundo, tuvo la seguridad de que él deseaba que no lo dejara irse.

—¿Qué? —dijo hoscamente.

El consejo de Rosie resonó en su cabeza: dejas que te intimide. «Dejas que sea él quien te rechace. No sabes ponerte a su altura cuando la cosas se ponen duras…».

Pero si ni siquiera quería hablar con ella…

Bueno, eso quería decir que necesitaba estar más tiempo con él. Y tiempo era algo que no iba a conseguir.

A menos que…

A menos que aceptara su propuesta, respondiera a su reto y le saliera al paso en el único terreno que estaba dispuesto a concederle. A menos que aceptara ser su esposa por cinco días…

—¿Y bien? —inquirió él, que se había vuelto ya completamente hacia ella.

—Lo haré.

Jordán giró sobre sí mismo y clavó en ella su sombría mirada.

—¿Qué?

Eve tragó saliva y repitió:

—He dicho que lo haré.

Fue entonces él quien pareció desconcertado.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Trato hecho, entonces. Desde el miércoles al domingo, seremos un par de felices recién casados.

—Sí. Trato hecho.

Jordán se metió la mano en el bolsillo.

—Coge esto.

En un acto reflejo, ella levantó la mano y cogió la cajita forrada de terciopelo que él acababa de lanzarle. Se la quedó mirando un instante sin decir nada, antes de abrirla y ver lo que ya sabía que

había dentro: su diamante de compromiso y su alianza.

—Gracias.

Él no dijo nada por un instante, sino que se quedó mirándola desde donde estaba. Eve se permitió preguntarse si, tal vez, él estaría también luchando contra los recuerdos de aquella noche en la playa.

Eso esperaba. En su campaña por conseguir que abriera de nuevo su corazón, los recuerdos de todo lo que habían compartido serían sus aliados… siempre que fuera él quien quedara prendido en ellos.

Muy deliberadamente, mientras Jordán la estaba contemplando, ella sacó los anillos de su lecho de terciopelo y se los puso en el dedo.

—Ya está —dijo desenfadadamente; se metió la cajita en un bolsillo de la bata y estiró la mano para admirar la reluciente piedra —. Es maravillosa, Jordán. Y ya echaba de menos verla en mi dedo… —Alzó la vista y se encogió de hombros—. Bah —dejó caer la mano y dirigió la mirada hacia él otra vez, esperando pacientemente a lo que tuviera que decir.

Jordán pareció no tener nada que añadir de principio. Siguió mirándola, con los ojos entornados. Luego, casi defensivamente, se lanzó a enunciar los preparativos:

—Llamaré a mi agencia de viajes por la mañana. Podemos volar hasta Tahoe y coger un coche desde allí. Deberíamos salir el miércoles en algún momento, así que tenlo todo listo. ¿Puede ocuparse Rosie de todo por aquí?

—Sí, así es como lo habíamos planeado. Estoy segura de que no le importará.

—Bien. Te llamaré para hacerte saber los detalles en cuanto lo tenga todo resuelto.

—Muy bien.

—De acuerdo. Buenas noches, entonces —se dirigió hacia la puerta una vez más.

Eve recordó la decisión que acababa de tomar, de aprovechar al máximo la oportunidad que acababa de concederle Jordán. Pensó que esta vez le gustaría empezar con diferente pie desde el principio. Le apetecía tomar ella alguna iniciativa, en lugar de estar siempre supeditada a las suyas.

—Jordán —dijo cuando él estaba a punto de salir.

Él se dio la vuelta, con expresión vagamente irritada.

—¿Quieres esperar un momento? Tengo algo para ti.

—¿Qué? —La miró de soslayo, con desconfianza y deseando irse claramente.

—Por favor —dijo ella—. Será sólo un minuto.

Su habitación estaba al final del pasillo que daba al vestíbulo. Tuvo que pasar por su lado para llegar allí. Percibió su impaciencia con la espera, con el hecho de no tener la situación bajo control, al pasar junto a él, y notó su mirada en la nuca mientras avanzaba por el pasillo.

Encontró rápidamente lo que buscaba.

Cogió la cajita, sacó lo que había dentro, y volvió a ponerla en su sitio.

Mientras tanto, él la esperaba en el mismo sitio donde lo había dejado. Eve habría experimentado una desvergonzada satisfacción si hubiera sabido que Jordán estaba sintiéndose exactamente como ella había deseado: inquieto y curioso… y vagamente desconcertado.

¿Qué demonios se proponía ella?, se estaba preguntando. Habían hecho un trato, y lo que quería ahora era largarse cuanto antes.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no iba a tardar nada en saber la respuesta, porque ella reapareció súbitamente, tal como había prometido. Traía una sonrisilla extraña en el rostro mientras se dirigía directamente hacia él.

—Abre la mano, por favor.

Dios santo, podía olería. Era aquel olor a rosas y a rocío matutino que lo había vuelto loco desde la primera noche que la había conocido.

Eve se rió entre dientes.

—No, la mano izquierda.

Se sintió estúpido al ver que había extendido la mano derecha cuando ella se lo había dicho, como un perrito ansioso al que le piden la patita.

—¿Qué demonios es eso?

—Vamos, Jordán. Hazlo por mí. ¿Por favor?

No sabiendo qué otra cosa hacer, cada vez más desconcertado, le

ofreció la mano que le pedía. Eve se la cogió con la suya, más pequeña y suave.

—Esto no te va doler nada —dijo ella zumbona-mente.

Jordán se quedó mirando la coronilla de Eve mientras ella deslizaba un anillo por su dedo anular.

—Ya está —dijo ella desenfadadamente.

Luego, antes de que él pudiera reaccionar, le dio la vuelta a su mano y le besó la palma.

Jordán notó que le ardía la mano, se sintió como marcado al fuego con aquel beso leve como el plumón. No fue capaz de moverse.

Ella alzó la vista, con sus ojos color turquesa chispeantes.

—Hace juego con el mío. Quería sorprenderte el día de nuestra boda.

Jordán sabía que debía apartar la mano rápidamente. Aquello no formaba parte del trato que habían hecho, ni mucho menos. Cuando llegaran a su ciudad natal, iniciarían su actuación como recién casados. Pero en aquel momento no estaban más que ellos dos, nadie ante quien fingir, ninguna excusa para que ella lo rozara con sus dulces labios ni para que él mantuviera su mano unida a la de ella.

Por fin, consiguió decir:

—No es necesario.

—Ya, pero le dará una nota bonita, ¿no?

—¿Una nota?

—Sí. Le contaré a tu familia cómo fui a la joyería y lo encargué especialmente para que hiciera juego con el mío, y a toda prisa, para que estuviera a tiempo para nuestro viaje a Tahoe.

Él sintió que algo se tensaba en su interior.

—¿Eso… hiciste realmente?

—Sí.

—Tenías que haberlo devuelto —su voz sonaba ridículamente ronca.

—Yo creo que es una suerte que no lo haya hecho. Viene de perlas ahora.

¿Pero adonde quería llegar aquella mujer? ¿Y qué demonios se proponía? De pronto parecía de lo más contenta, cuando unos momentos antes había estado totalmente destrozada y confusa.

Jordán no estaba seguro de que aquello le hiciera mucha gracia.

Pero entonces llegó a la conclusión de que hacer preguntas capciosas sólo le causaría problemas. ¿Qué más le daba que ella le hubiera comprado un anillo? Todo aquello, todo lo que se habían prometido mutuamente, el anillo y los compromisos y la vida que podían haber compartido, todo había desparecido, estaba borrado… un futuro posible que nunca se haría realidad.

Así que, ¿qué más le daba que todo su cuerpo le gritara que la atrajera contra su pecho, que deslizara sus manos bajo aquella bata y le acariciara los dulces secretos que ocultaba? Era un adulto, maldita fuera, lo bastante para dominar su lujuria.

Habían hecho un trato. Aquello era todo. En poco más de una semana, todo habría terminado.

Cuidadosamente, se zafó de su mano. Ella lo soltó sin oponer resistencia, como si quisiera darle a entender que el tiempo que sus manos habían estado unidas había sido tan cosa de él como de ella.

Con voz espesa del deseo que estaba dispuesto a negar, Jordán dijo:

—Supongo que no me pasará nada por llevarlo este fin de semana.

—Bien —ella seguía sonriendo, aquella sonrisa suya de Gioconda.

—Te llamaré el lunes por la noche a última hora para contarte los últimos detalles —dijo él.

—Muy bien.

Jordán se dio la vuelta rápidamente y se marchó.

Capítulo 4

—¿Cuándo llegamos? —Se quejó Wesley desde el asiento trasero—. Estoy harto de estar sentado en este coche.

Jordán miró por encima del hombro y dijo pacientemente:

—No falta mucho, Wes. Diez o veinte minutos como mucho.

—¿Seguro? Tengo mucha hambre. Y estoy cansado.

Jordán abrió la boca para responder. Eve le tocó el brazo. Él se puso un poco rígido, pero aceptó su mudo mensaje y la dejó tratar con el recalcitrante Wesley.

Eve se giró en el asiento para mirar a su hijo.

—Si estás cansado, duerme un poco.

Wesley sacó el labio inferior.

—Pero él ha dicho que diez minutos. ¿Cuánto es diez minutos?

Eve le lanzó al niño una mirada amenazadora.

—Ya basta, Wesley. No quiero oír ni una palabra más.

El niño hizo lo que ella esperaba: sacar aún más el labio y volver la cabeza.

Eve suspiró. Desde que Jordán había llegado a casa a recogerlos, Wesley se había estado portando como un niño malcriado. El quejarse del relativamente corto trayecto desde el aeropuerto de Tahoe hasta el pueblo natal de Jordán no era sino más de lo mismo.

Y ahora estaba de morros.

Tras estudiar brevemente la pose de su hijo, Eve pensó por un instante ordenarle que cambiara de actitud. Pero se lo pensó mejor. Un padre avisado aprendía pronto a elegir el momento idóneo para un enfrentamiento en toda regla y Eve no creía que aquél lo fuera.

No estaba segura de qué le ocurría exactamente a su hijo. A aquellas alturas, simplemente deseaba que lo que fuera se le pasara cuanto antes.

Desde su asiento de detrás de Jordán, Lisa gritó súbitamente al ver la señal con un alce dibujado que acababan de pasar. Eve se dio la vuelta a punto de sorprender la leve sonrisa de Jordán. Sus miradas se cruzaron… y Jordán llegó realmente a guiñarle un ojo conspirativamente. Eve le devolvió la sonrisa, sintiendo de pronto como si sobre el mundo se hubiera extendido de pronto un cálido resplandor.

Desde la noche en que había aceptado actuar como esposa suya para la reunión, Jordán había llamado solamente una vez para decirle cuándo pasaría a recogerlos. Durante aquella breve conversación, se había mostrado reservado y pragmático. Ella se había pasado los días fluctuando entre el anhelo de verlo otra vez y la sospecha de que se había vuelto loca por haber aceptado aquel trato.

Pero desde el momento en que se había pasado a buscarlos aquella tarde, Jordán la había estado tratando con cálida cordialidad. Aquella actitud no tenía nada que ver con el afecto apasionado al que ella casi se había acostumbrado de él. Aun así, era mejor que nada. Estaba empezando a pensar que Jordán había decidido sacar el máximo partido de una situación difícil. Y era algo que ella agradecía y aplaudía.

—Ya estamos —dijo Jordán.

Acababan de salir de la autopista por una desviación.

—¿Llegamos ya? —gimoteó Wesley desde su asiento.

Jordán y Eve intercambiaron una mirada antes de que ella respondiera:

—Sí —su tono indicaba claramente que su hijo haría mucho mejor en no decir una palabra más.

Afortunadamente, Wesley captó el mensaje. Al menos, mantuvo la boca cerrada mientras Jordán los llevaba a través de una pequeña población, en la que los edificios eran o bien de ladrillo antiguo o bien de madera envejecida, y las negras farolas de fundición, de las de tipo Victoriano. No tardaron en dejar las tiendas y almacenes detrás e internarse por una zona residencial. Las casas eran grandes y antiguas y estaban separadas de la calle por suaves extensiones de

césped muy cuidado.

Al cabo de unos minutos, Jordán entraba en una calle llamada Autumn Lañe y se detenía delante de una enorme mansión victoriana de paredes amarillentas. Un gigantesco nogal dominaba el césped delantero. La amplia entrada de coches, que describía una curva desde la calle hasta un lateral de la casa, ya estaba repleto de coches pegados unos a otros.

Eve se dio cuenta de que se le había acelerado el corazón.

—¿Es aquí? ¿Es la casa de tu tía abuela Dora?

—La misma —él le ofreció una cálida sonrisa que, maravillosamente, parecía lanzarle un mensaje de tranquilidad: le estaba deseando buena suerte.

Con el corazón latiéndole ya locamente, Eve le devolvió la sonrisa.

—Cuidado, que vienen —le advirtió él, sin dejar de sonreír irónicamente y señalando la casa.

Jordán ya se había desabrochado el cinturón de seguridad y estaba abriendo la portezuela.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es salir del coche de manera que puedan estrujarnos sin sacarnos antes a rastras de dentro.

En el asiento trasero, Wesley, por primera vez en todo el día, estaba siguiendo el consejo de Jordán y abriendo ansiosamente la puerta.

Eve miró de nuevo hacia la puerta de la casa y entendió lo que Jordán quería decir. Antes le había explicado que, entre las seis familias que seguían viviendo en Junction y todos las demás que habían decidido acudir, habría más de cuarenta personas en la reunión. A juzgar por el grupo de gente que se apilaba en el amplio porche, todo el mundo había llegado ya.

Eve se desabrochó también el cinturón y abrió la puerta. El frío aire otoñal le puso la piel de gallina. A pesar de sus muchas aprensiones, sonrió para sí, pensando que California del Sur estaba realmente a muchos kilómetros.

Jordán estaba ya junto a la puerta de Lisa, sacándola de su asiento de seguridad. Wesley estaba de pie en el bordillo, mirando fijamente a la gente que descendía sobre ellos, como si fuera testigo de la primera visita de los hombrecitos verdes del espacio exterior.

Por un momento, su actitud mohína se desvaneció por completo.

—Guau. Increíble —estaba murmurando—. Cuánta familia.

—Jordán, ¡por fin! —gritó una mujer corpulenta, con el pelo canoso, que precedía el avance.

Jordán se volvió con Lisa en brazos.

—¡Tía Dora!

Y de pronto se encontraron rodeados. Los carnosos brazos de Dora envolvieron a Jordán y Lisa. Eve oyó reírse a su hija. Y un hombre mayor le cogió la mano a ella y le preguntó con mucha vehemencia:

—¿Habéis tenido un buen viaje? ¿Habéis disfrutado de vuestra estancia en South Shore?

—Oh, sí. Ha estado muy bien. Muy bien…

El hombre mayor prosiguió:

—Soy Ernest, el hermano pequeño de Alma. Es fácil recordarnos. Alma, Blanche, Camilla, Dora y Ernest. Nuestra madre empezó por la A y siguió hasta que se hartó de tener hijos. Muy sencillo, ¿eh?

Eve se rió entre dientes.

—Gracias. Estoy segura de que eso me ayudará a recordar todos los nombres…

Una mujer atractiva con los ojos verdes rasgados y el pelo castaño corto y reluciente le explicó:

—Soy Nancy, la mujer de Matt. Y éste es Phyllis, nuestro hijo pequeño. —Nancy volvió la sonrisa hacia el chiquillo que sostenía en brazos.

El pequeño Phyllis emitió un sonido de saludo.

—Es adorable —consiguió decir Eve, antes de que otra persona se abalanzara hacia ella para abrazarla.

—Soy Lori, y éste es mi marido, Russ.

Nancy le tocó el brazo a Eve.

—Mira. Tu Wesley y mi Kendrick ya han hecho migas.

Eve lanzó una mirada rápida hacia donde indicaba Nancy y vio que su hijo estaba nariz con nariz frente a un chico moreno que parecía de su edad.

Y de pronto todo el mundo comenzó a presentarse al mismo tiempo.

Por entonces, Eve ya había decidido que era inútil tratar de quedarse con todos los nombres y rostros, así que se dedicó a

sonreír y repetir «Hola» una y otra vez, esperando a que aquella bulliciosa muchedumbre acabara de darle la bienvenida.

Cuando el grupo se calló un poco, oyó a Jordán preguntar por Alma.

Dora respondió:

—Está aquí, pero hemos pensado que sería más fácil para ella recibiros dentro.

—¿Sí? —Jordán estaba mirando más allá de todo el mundo hacia la casa.

Eve siguió la dirección de su mirada.

Una mujer con el pelo plateado y un vestido azul de cuello alto estaba de pie en el porche, con el cuerpo dolorosamente inclinado sobre un
taca-taca
de metal. Estaba sonriente.

—¡Abuela! —gritó Jordán.

La mujer del porche alzó la mano y la agitó.

Dora, quien de alguna forma había tomado a Lisa bajo su protección y la estaba sosteniendo contra su amplio regazo, rezongó:

—Le he dicho que no saliera. Y ni siquiera se ha puesto la rebeca. Va a coger un resfriado de muerte.

Otra de las hermanas de Alma, la segunda, Blanche, le aconsejó:

—Bah, déjalo, Dory. Ya sabes lo cabezota que puede ser.

—Tiene que tener más cuidado. Ya sabes que el médico dijo…

Pero Eve no oyó el resto, porque Jordán se abrió paso entre la gente que los rodeaba y le cogió la mano.

—Vamos, cariño. Te voy a presentar a mi abuela.

Eve boqueó ante la calidez de su mano… y la dulce intimidad del apelativo. No se había dado cuenta de lo mucho que añoraba la forma posesiva y natural con que solía llamarle «cariño» hasta ahora en que se lo estaba llamando otra vez.

Por una décima de segundo, sus miradas se cruzaron. Ella captó el levísimo encogimiento de hombros y lo interpretó inmediatamente. Decía: Ya que estamos actuando, hagámoslo bien.

Eve pensó: Por mí, perfecto, y le lanzó una sonrisa de las de mil vatios.

Jordán tiró de ella para atraerla a su costado. Santo Dios, era

una sensación maravillosa. Ella ahuyentó el pensamiento de que la estaba abrazando solamente por Alma y se concentró en el hecho de que, al menos, lo estaba haciendo.

Con los brazos entrelazados, Jordán y ella subieron los amplios escalones de ladrillo. Cuando llegaron arriba, él se separó de ella para poder abrazar a la anciana.

—Abuela —la voz de Jordán sonaba baja, llena de genuino afecto—. Me alegro de verte.

Procurando no hacerle perder el equilibrio, abrazó y besó torpemente a su abuela.

—Sí, Jordán —respondió la mujer con una voz insegura por la edad y la emoción contenida—. Yo también. Mucho.

Y luego volvió sus oscuros ojos —los mismos ojos de Jordán— hacia Eve.

Su sonrisa era muy bondadosa, llena de sabiduría y calidez.

—Hola, Eve McSwain.

La abuela de Jordán se inclinó hacia ella. Y Eve se encontró abrazándola también con torpeza.

* * *

Momentos más tarde, Eve estaba en el vestíbulo, junto a la puerta delantera, viendo cómo sus maletas desaparecían escaleras arriba, acarreadas por un hombre moreno que, al parecer, era nieto de Dora y otro de cuya identidad Eve no tenía la menor idea. Algo aturdida, permaneció en el vestíbulo, admirando el medallón de escayola del alto techo, las paredes color crema y la sensación de espaciosidad y limpieza del sitio.

—Me gustan las casas luminosas —dijo Dora, apareciendo como por ensalmo—. Hace unos años hice tirar unas cuantas paredes, para despejar el espacio.

Eve sonrió al oír aquello. La enérgica y decidida Dora parecía realmente capaz de tirar paredes aunque fuera con sus propias manos, si era preciso.

Dora comenzó a subir las escaleras.

—Sígueme, te enseñaré dónde os hemos acomodado.

Eve miró a su alrededor y se dio cuenta de que todo el mundo,

incluidos sus hijos y Jordán, parecía tomar la dirección contraria.

—Bah, no te preocupes por los niños —dijo Dora, agitando una mano—. Carla y Nancy se ocuparán de ellos.

Eve trató de recordar quiénes eran Carla y Nancy mientras Dora, que seguía subiendo, no dejaba de hablar:

—… Y estoy segura de que Jordán podrá sobrevivir sin ti durante cinco minutos, aunque seáis realmente recién casados. —Dora miró por encima del hombro a Eve, quien seguía al pie de la escalera, algo desconcertada—. Vamos, querida —la apremió.

Eve decidió ponerse en acción y comenzó a subir las escaleras hasta donde la esperaba Dora.

—Os he puesto en la habitación gris —dijo Dora, una vez Eve llegó a su lado—. Tiene baño propio. Yo también he sido recién casada. Ya sé lo mucho que puede significar la intimidad cuando todo es nuevo entre vosotros. —Dora le indicó con un gesto que avanzara—. Por aquí.

Eve avanzó la primera a través del descansillo y por un corto corredor hasta una habitación con las paredes de un gris cálido y una gran ventana que daba a la pradera de delante. Sus maletas estaban cuidadosamente alineadas sobre la alfombra.

—Espero que Jordán y tú estéis cómodos aquí. Ah, ya veo que mis nietos han traído vuestro equipaje como les pedí. —Dora, detrás de Eve, se asomó al cuarto de baño—. Bien —declaró—. Estos chicos están en todo. Incluso han puesto tu neceser en el cuarto de baño. Hay más mantas en el armario, por si las necesitáis y…

Eve apenas la oía. Estaba contemplando la cama doble, la única cama en la habitación.

Dios santo, Jordán y ella ni siquiera habían hablado de cómo iban a arreglárselas para dormir. Pero, de haberse parado a pensarlo, ella se habría dado cuenta de que, como felices recién casados, no tendrían más remedio que compartir habitación. Aquello era lo que los recién casados solían hacer: dormir juntos.

Eve tragó saliva, recordando la magia que Jordán y ella habían conocido en otro tiempo, recordando la sensación de sus manos sobre su cuerpo, el roce de sus labios sobre la piel. ¿Hallarían de nuevo aquella magia, allí, haciéndose pasar por una pareja casada?

—¿Eve, querida? —Dora la estaba mirando con perplejidad—. ¿Te parece bien la habitación?

Eve parpadeó y se recordó a sí misma que tenía que dejar de soñar despierta y mantenerse alerta, o la perspicaz Dora acabaría dándose cuenta de que no todo era como debía entre Jordán y su flamante esposa.

—Perfecta —se apresuró a decir Eve—. Es perfecta. Estaremos muy cómodos, estoy convencida.

Dora pareció tranquilizarse.

—Estupendo, entonces. La habitación de los niños está al otro lado del pasillo. Si me dices cuáles son sus maletas, podemos llevarlas ahí ya.

—Estas dos. —Eve cogió las bolsas de los niños, una en cada mano; Dora cogió el paquete de dodotis, pues Lisa seguía necesitándolos para dormir—. Cuando quieras.

Dora se volvió, llena de decisión y energía, y llevó a Eve a una habitación más pequeña, decorada con diminutas rosas y con una ventana que daba al patio trasero y un par de camas sencillas. Eve dejó las bolsas en el suelo y declaró que la habitación era perfecta para los niños.

Después, Dora la llevó por la escalera posterior y bajaron hasta una preciosa habitación acristalada que sobresalía de la cocina, una habitación amueblada con sillas y sofás pegados a las paredes y una gran mesa en el centro. En aquella gran habitación estaba toda la familia de Jordán, de pie, sentados, moviéndose.

—Éste es el salón de invierno —le explicó Dora.

En la zona de cocina, Nils, el marido de Dora. Estaba supervisando a Carla y Nancy, quienes estaban preparando la cena. Eve podía oler el sabroso aroma del asado. A juzgar por la destreza con que el marido de Dora estaba pelando patatas, supuso que la cena iba a ser deliciosa.

Dora captó la dirección de la mirada de Eve.

—Siempre fue mucho mejor que yo en la cocina —le explicó Dora no sin cierto orgullo—, así que Niles es el cocinero oficial en casa. Pero creo que voy a ver si puedo echarles una mano.

Dora comenzó a abrirse paso entre la familia para ir a ayudar a su marido.

Eve se encontró sin compañía. Miró a su alrededor, buscando a sus hijos, y vio a Lisa inmediatamente. Estaba sentada en el regazo de Alma, en un sillón junto a una de las muchas ventanas que

rodeaban la habitación.

Alma vio a Eve y sonrió.

—Wesley está en el patio trasero con Kendrick y el hijo de Lori, Billy. ¿Te parece bien? —Tuvo que elevar la voz para hacerse oír sobre el rumor de conversaciones.

—Sí. Sí, está muy bien.

Eve vio cómo su hija apoyaba la rizada cabecita en el hombro de Alma y miraba a la abuela de Jordán con franca devoción.

—Buelita —dijo Lisa.

—Mi niñita preciosa —dijo Alma en voz baja mirando la carita de Lisa.

Aunque lo había dicho muy bajito, Eve oyó sus palabras.

Se las quedó mirando. Aunque Lisa era una chiquilla abierta y simpática, nunca le había visto encariñarse tan rápidamente con nadie. ¡Si llevaban una escasa media hora en la casa!

Una nueva aprensión se apoderó del corazón de Eve. Había aceptado con excesiva facilidad la afirmación de Jordán de que sus hijos eran demasiado pequeños para verse afectados por la mascarada a la que se estaban entregando. Pero su hijo ya estaba empezando a reaccionar en contra. Y ahora Lisa parecía que llamaba abuela a Alma, cuando era muy posible que no volviera a ver nunca a la anciana una vez aquel fin de semana hubiera terminado.

—¿No te conmueve?

Eve se dio la vuelta y sonrió forzadamente a Camilla, la tercera hermana de Alma.

—¿Te refieres al hecho de ver a Alma con mi hija?

—Sí. Alma ha estado sobre ascuas, esperando a que llegarais. Y tienes que saber que es realmente su sueño hecho realidad. Ella y su marido, Jordán… tu Jordán se llama así por su abuelo, ¿sabes?

—Sí —dijo Eve, asintiendo—. Creo que Jordán mencionó algo.

—Bueno, pues Alma y Jordán tuvieron sólo un hijo, Zachary, aunque Alma habría deseado tener una casa llena de niños. Pero así fue la cosa. Y luego Zachary tuvo un solo hijo, tu Jordán. Así que naturalmente, cuando Jordán se hizo mayor, todos esperábamos que encontrara a un mujer encantadora como tú y sentara la cabeza, y que le diera a Alma unos cuantos nietos, como siempre había deseado. Pero los años empezaron a pasar y… ¿qué edad

tiene Jordán ahora, por cierto?

—Tengo treinta y cinco, tía Camilla.

Eve inhaló al oír su voz. Estaba de pie tras ella. Tuvo que contener un gemido cuando le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia su cuerpo. Eve tembló un poco al tenerlo tan cerca después de aquellos días inhóspitos. Pero obligó a su cuerpo a relajarse, a recostarse con naturalidad contra el de Jordán como se podía esperar de una esposa recién casada con su marido.

Él se rió entre dientes, una cálida vibración junto al oído de Eve. Luego le dijo zumbonamente a su tía abuela:

—Tía Camilla, ¿ya estabas contando cotilleos sobre mí?

Camilla dejó escapar un risita casi infantil.

—En absoluto, Jordán. Sólo le estaba explicando a Eve lo mucho que tu matrimonio… por no hablar de esos preciosos niños… significa para mi hermana.

—Eve ya lo sabe —ella sintió que las manos de Jordán se tensaban sobre su cintura—. ¿Verdad, cariño?

Su voz no delataba nada. Sonaba cálida y zumbona como antes. Pero la tensión de sus manos le recordó a Eve que su «matrimonio» era debido únicamente a lo mucho que significaba para Alma que él tuviera esposa e hijos.

Tal como él sin duda pretendía, Eve sintió un impulso momentáneo de no responder al desafío que su secreta señal implicaba. Estuvo a punto de bajar tímidamente la mirada y dejar escapar un leve y discreto sonido de asentimiento.

Pero entonces se recordó a sí misma que aquel fin de semana se había propuesto demostrarle que podía mantenerse al mismo nivel que él. Y aquello significaba en parte que tenía que darle a entender que estaba dispuesta a hacer frente a cualquier desafío que él le planteara. Así que, en lugar de bajar la mirada, Eve giró la cabeza lo suficiente para captar su mirada. Le ofreció una sonrisa lenta en respuesta a la que él mantenía en sus labios.

—Sí, querido —dijo dulcemente—. Lo sé. Y me parece maravilloso que lo que hemos hallado juntos haga feliz a tu abuela también.

Jordán siguió sonriendo, pero algo centelleó en sus ojos. Eve no estaba segura de si era rencor o deseo… y en aquel momento no le importaba mucho.

Capítulo 5

Durante la siguiente media hora, la mayor parte de la familia fue por caminos separados. Al día siguiente, que ya era Acción de Gracias, se reunirían todos otra vez para cenar en casa de Dora. Pero esta noche se dividieron en grupos más manejables.

Una vez todo el mundo se hubo ido, la gran mansión pareció casi tranquila con sólo doce personas dentro. Compartieron la comida en la sala de cristales, donde pudieron acomodarse fácilmente.

Después de la cena, Alma se quedó sentada a la mesa con los cuatro niños que se alojaban en casa de Dora, Wesley, Kendrick, Lisa y el bebé Phyllis, y organizó una serie de calles y casas en miniatura usando fichas de dominó y un juego de bloques. Kendrick y Wesley acabaron por sacar los cochecitos de juguete que se habían traído de casa, y se pusieron a conducirlos por las diminutas calles y a aparcarlos en los garajes de dominó.

Eve estaba sentada en uno de los sillones junto al ventanal, mirándolos y pensando en las atenciones y cuidados que Alma les prodigaba. Era el tipo de anciana cariñosa, simpática y sabia, que invariablemente caía bien a todos los niños. Viendo a Wesley y a Lisa junto a ella, Eve no pudo evitar pensar que no habían tenido a nadie como Alma en sus jóvenes vidas.

Lo cual no quería decir que no tuvieran abuela; la tenían. Aunque los dos padres de Teddy Tanner habían muerto, y el padre de Eve había fallecido poco antes de que Wesley naciera, la madre de Eve, Faye Brant, estaba aún viva y bien viva.

Era marchante de arte en Palm Springs; una mujer triunfadora y muy ocupada. También era muy atenta y cariñosa con los hijos de Eve. Faye hacía todo lo posible por acudir a casa de Eve en Navidades; mantenía su calendario cuidadosamente señalado para no olvidarse de enviar regalos a sus nietos por sus cumpleaños. Sin embargo, no era una mujer capaz de sentarse con un grupo de niños e idear un juego usando solamente unas cuantas fichas de dominó descascarilladas y una buena dosis de imaginación.

—Estás muy callada.

Eve levantó la vista y miró a Jordán.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En Alma, en lo bien que se le dan los niños.

Jordán asintió, y los dos volvieron su atención hacia la anciana y los pequeños. Durante varios minutos, permanecieron en silencio, simplemente mirando a los demás. A Eve le resultó un silencio agradable.

Jordán maldijo entre dientes.

—Una sola cama, maldita sea.

Eve lo miró desde el otro lado de la cama en cuestión.

—¿Qué esperabas? Se supone que somos recién casados, ¿no?

—Yo no esperaba nada. Simplemente, no pensé en ello.

Eve dejó escapar un sonido gutural.

Jordán la miró, ceñudo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Me he aclarado la garganta, sólo eso.

—¿Es que no te crees que no había pensado en esto?

—Jordán, da igual si lo habías pensado o no.

—¿Ah, sí? —Su expresión indicaba que se estaba preguntando qué carta tenía ella escondida en la manta.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque, si tenemos la intención de llevar este plan tuyo hasta el final, el resultado es el mismo. Se da por supuesto que vamos a dormir juntos, y si no lo hacemos, levantaremos sospechas.

Lentamente, él asintió.

—De acuerdo. Es un buen argumento.

—Vaya, gracias.

—Sólo quiero que sepas que no tenía planeado que nos viéramos obligados a compartir cama.

Eve le ofreció una sonrisa neutra.

—Nunca he pensado que lo planearas.

Era una mentirijilla. Realmente pensaba que sí lo había planeado… pero sólo subconscientemente.

—Bueno, pues bien.

Se quedaron en silencio, mirándose por encima de la cama.

Luego, Jordán dijo:

—¿Has sido siempre tan… ecuánime?

—Me gusta pensar que sí. ¿Por qué?

—Bueno, antes, cuando estábamos juntos, parecías… un poco tímida, supongo. No tan fría ni contenida.

La sonrisa de Eve se hizo amplia y cálida.

—Bueno, Jordán, es difícil permanecer fría y contenida cuando estás perdiendo la chaveta por alguien.

Él pareció quedar perdido en sus pensamientos unos instantes.

—Te hice perder la chaveta, ¿no?

—Ajá.

—Y nos lo pasamos de miedo.

—Sí —ella suspiró un poco, recordando—. Vaya que sí. Absolutamente de miedo.

La única luz de la habitación provenía del pequeño candelabro que había junto a la puerta, que Jordán había encendido al entrar. A Eve, el mundo le pareció inmerso en sombras suaves, como los ojos de Jordán.

Pudo sentir que el ritmo de su corazón se aceleraba un poco al pensar en la belleza que habían compartido.

Y que podían compartir de nuevo.

Bruscamente, él se dio la vuelta.

—Adelante. Usa tú el baño primero.

—Jordán, yo…

Él se dirigió a las sillas que había junto a la ventana.

—Yo dormiré aquí.

Aún medio perdida en sus reflexiones prohibidas, Eve trató de volver al presente. Miró las sillas en cuestión. Una era de respaldo recto y con el asiento almohadillado, y la otra una mecedora de madera.

—No seas tonto —le dijo—. No pegarías ojo.

—Estaré perfectamente —se puso a colocar las sillas—. Si estoy demasiado incómodo, me tumbaré en la alfombra.

Eve se acercó a él y aferró la silla que Jordán pretendía usar como reposapiés.

—Venga, Jordán.

Él le dirigió una mirada de infinita paciencia y se limitó a esperar, sin soltar su lado de la silla. Ella prosiguió:

—Podemos compartir la cama sin… que ocurra nada. Somos adultos.

Jordán dejó escapar un sonido de incredulidad.

—Sí. Dos adultos que no son capaces de quitarse las manos de encima.

—Eso era antes. Las cosas son diferentes ahora. Tú mismo lo has dicho.

—No lo bastante diferentes —masculló él sombríamente—. Y ahora, suelta la silla.

—No. Suéltala tú. Y ven a la cama.

Se miraron furiosamente el uno al otro.

Eve sabía que aquello era ridículo, pero no estaba dispuesta a ceder. Tal vez fuera por la forma en que él se había encargado siempre de resolverlo todo durante aquellas magníficas semanas de cortejo. Quizás, tal como estaban las cosas ahora, ella estaba llevándole la contraria simplemente por placer. No estaba segura. Sólo sabía que esta noche iban a compartir la cama aunque tuviera que atarlo y obligarlo a tumbarse a su lado.

Eve insistió:

—La tía Dora dice que hay mantas de repuesto en el armario. Uno de los dos puede usarlas sobre la colcha. Y yo tengo un camisón de franela que me llega de aquí a aquí.

Lo que no dijo fue que también había traído el salto de cama negro que tan a cien ponía a Jordán. Eso se lo reservaba. Por si acaso ocurría un milagro y conseguían allanar sus diferencias en los siguientes cuatro preciosos días.

Le lanzó a Jordán una mirada llena de madurez y sensatez.

—En serio, Jordán. Esto no tiene por qué ser un problema, a menos que nos empeñemos.

Él siguió mirándola ceñudo.

—Maldita sea, Eve.

—Vamos —enarcó las cejas—. Concédete una buena noche de descanso… te alegrarás de haberlo hecho.

—Esto es ridículo.

—Exactamente.

Finalmente, él soltó la silla. Sin decir una palabra, se acercó al armario, lo abrió y sacó dos mantas. Las arrojó sobre la cama.

—Iré yo antes al cuarto de baño. No tardaré.

—Tómate tu tiempo —canturreó ella dulcemente mientras él cerraba la puerta.

* * *

Veinte minutos más tarde, estaban tumbados el uno junto al otro en la oscuridad. Eve estaba mirando al techo, escuchando la respiración de Jordán, demasiado irregular para indicar que estuviera relajado.

—¿Jordán?

—¿Qué?

—Me… me gusta tu familia.

Por un momento, él no dijo nada.

—¿Todos ellos?

Eve podía percibir el humor en su voz. Deseó volverse hacia él, sentir su calor y su fuerza, acurrucarse contra él y sentir sus brazos en torno a su cuerpo.

Pero sabía que aquello no iba a ocurrir aquella noche. Para Jordán, habían hecho un trato. Y se estaba aferrando con fuerza a la idea de que aquello era lo único que había entre ellos.

Eve se preguntó qué le habría ocurrido en la vida, qué le habría llevado a rechazarla tan de plano cuando ella le había pedido un poco más de tiempo. Deseaba hablar de ello, pero sabía que, si lo hacía, él se limitaría a decirle que no había nada y a recordarle que lo que había habido entre ellos ya no existía.

—¿Eve?

—¿Hmmm?

—Creía que te habías quedado dormida.

—No —ella sonrió en la oscuridad—. Sigo contigo. Y sí, he oído

lo que me preguntabas.

—¿Y?

—La respuesta es sí. Me gusta toda tu familia… o, al menos, lo que he visto de ella hasta el momento. Hasta aquéllos a quienes he dicho sólo hola me han parecido de lo más agradables.

—No sé —su voz era zumbona—. Parecías bastante aturdida cuando se te han lanzado todos encima a saludarte.

—Supongo que lo estaba. Pero he sobrevivido.

Se produjo una pausa. Eve sonrió al techo, felicitándose por haber conseguido traerle a la cama, y por el hecho de que estuvieran hablando… algo superficialmente, sí, pero hablando de todas formas.

Eve cambió un poco de postura, tratando de no invadir el otro lado de la cama. Sacó los brazos de debajo de las sábanas y los puso sobre la colcha. Luego se quedó muy quieta, sintiéndose absurda de pronto, como una especie de Bella Durmiente de última hora y con insomnio. Una Bella Durmiente a la que su príncipe no pensaba besar, ni aunque ella consiguiera descender por fin al país de los sueños.

—A Alma le gustas —la voz de Jordán hizo que se desvanecieran las tontas imágenes de su mente—. Aún más de lo que yo pensaba. ¿Y te has fijado en las buenas migas que han hecho Lisa y ella?

—Sí. —Eve decidió aprovechar la ocasión para expresar sus preocupaciones—. Me ha dejado un poco preocupada.

—¿Por qué?

—Bueno, ya la llama abuela Alma. No me haría ninguna gracia que llegara a encariñarse demasiado con ella, dadas las circunstancias.

El silencio que siguió fue tenso. Pero, por fin, él dijo:

—La verdad es que no creo que le pase nada a Lisa. Es muy pequeña aún, al fin y al cabo. Y sólo serán unos días.

—Sí, estoy segura de que tienes razón —replicó Eve tras un momento de consideración; luego, viendo que parecía razonablemente receptivo, prosiguió—: Wesley es quien me preocupa realmente.

La respuesta de Jordán le sorprendió:

—Sí. Lleva de morros todo el día… al menos, en lo que respecta a mí.

Eve sintió alivio. Jordán lo había notado también.

—Sí. Exactamente.

Jordán rezongó.

—Para decirte la verdad, sigo esperando que no sea más que un a fase transitoria y que lo supere.

—Yo también, pero me pregunto si…

—¿Qué? Dilo.

—Bueno, cuando íbamos a casarnos, no me senté en ningún momento con él a explicárselo. Todo fue demasiado rápido. Tenía pensado tener una conversación con él. Pero supongo que lo fui postergando porque…

—¿Porque tú misma no lo tenías claro? —Su voz sonaba neutra.

Ella se obligó a responder sinceramente:

—Sí. Porque no lo tenía claro. Y después de que… rompiéramos, bueno, simplemente me pareció más fácil no entrar en ello. Sólo tiene cuatro años, al fin y al cabo.

—¿Ha preguntado por mí?

—Realmente no. Los primeros días decía cosas como «cuando venga Jordán» o «cuando vea a Jordán». Yo me encontraba muy mal, así que fui retrasando el explicarle lo que había ocurrido. Y luego, cuando me pediste que jugáramos a los «recién casados» este fin de semana, yo…

—Lo volviste a posponer —su tono estaba empezando a sonar acusador.

—Jordán —hizo que su voz sonara firme—. Te guste o no, esto tiene que ver contigo también.

Por un momento, él no respondió. Luego reconoció:

—Tienes razón. Lo siento. ¿Qué quieres que haga?

—Aún no estoy segura. No ha empezado a actuar así hasta hoy… cuando te ha visto otra vez. Me pregunto si no te habrá confundido un poco con su padre, aunque Teddy nunca llegó a pasar mucho tiempo con Wes, de todas formas. Se marchó para siempre cuando Wes tenía dos años. Siempre me he dicho que no podía tener muchos recuerdos de Teddy. Pero he empezado a pensar que sí tiene la sensación de haber sido abandonado por su padre. Y…

Impaciente, Jordán la interrumpió:

—Lo que estás diciendo es que yo también lo he abandonado.

—No, lo que…

—¿Qué, entonces?

—Digo que podría ser que él lo viera así.

Accidentalmente, Jordán la rozó con el brazo. Eve se apartó rápidamente. Pudo sentir la tensión en él.

—De acuerdo. Pero aún no me has dicho qué quieres que haga al respecto.

Ella respondió tranquilamente:

—Esperar. Ver si mantiene su actitud.

—¿Y si la mantiene?

—Entonces tendremos que tomar algún tipo de decisión. Pero, por ahora, si quieres mantener la ficción de que estamos casados…

—Tenemos que seguir manteniendo a un niño de cuatro años en un estado de desconsolada confusión —sonaba asqueado, y ella sabía que era más consigo mismo que con nadie más; a continuación dijo, con tono inexpresivo—: ¿Quieres que suspenda todo el asunto?

Ella sacudió la cabeza.

—Si Wesley está actuando así porque piensa que lo estás abandonando, suspender esto no va a ahorrarle ningún dolor.

—Quieres decir que, en cualquier caso, lo estaré abandonando.

—Jordán, yo…

—Dilo. Di la verdad.

Ella suspiró, anhelando decirle que él no iba a abandonar a su hijo; cuando el fin de semana llegara a su fin, ellos estarían juntos otra vez. Pero si le decía aquello, Jordán se limitaría a contestar una vez más que ya no había nada entre ellos. Y no le apetecía escuchar aquello otra vez, sencillamente. Así que reconoció:

—Sí, si lo cancelamos todo ahora porque sospechamos que se siente abandonado, y resulta ser cierto, Wesley tendrá que afrontar el dolor de perderte. Así que más vale que dejemos pasar el fin de semana. Lo mantendremos vigilado. Por ahora, parece que su actitud es esporádica y que tiene que ver contigo. Pero no es la primera vez que lo hace, y siempre había resultado que estaba incubando algo. ¿Quién sabe lo que puede ser a estas alturas? Realmente es demasiado temprano para decirlo. Así que más vale que esperemos.

—¿Estás segura? —Sonaba dubitativo.

—Estoy segura.

Después de aquello, Jordán no dijo nada más. Eve siguió tumbada de espaldas unos momentos; luego giró sobre su costado y cerró los ojos.

Jordán debió notar que se disponía a dormir, porque murmuró suavemente:

—Buenas noches… Eve.

—Buenas noches, Jordán.

Una leve sonrisa curvó sus labios. Había notado la vacilación en su voz. Había estado a punto de llamarla «cariño», pero se había contenido. Eve dobló las piernas contra el cuerpo y apoyó la mejilla en la mano. Se dio cuenta de que se sentía mejor ahora que habían hablado un poco. Bostezó, y constató que estaba más cansada de lo que había creído…

Jordán, junto a ella, no era tan afortunado. Siguió mirando a la sombras del techo, viendo la carita acusadora de Wesley, percibiendo la hostilidad y el dolor en su vocecilla.

Maldita sea. Había estado convencido de que aquella farsa bienintencionada no iba a hacer daño a nadie. Se había dicho arrogantemente que nadie sufriría.

Pero empezaba a parecer que estaba creando más problemas de los que había querido resolver. Lisa estaba sintiendo auténtico apego por Alma. Y, sin duda, algo le estaba ocurriendo a Wes.

Bueno, se dijo, por el momento, el plan de Eve parecía probablemente el mejor. Esperarían. Y verían cómo se desarrollaban las cosas.

Jordán entrelazó las manos detrás de la nuca y cerró los ojos, sabiendo que aún le quedaba mucho para dormirse… al contrario que a la mujer cautivadora e irritante que yacía a su lado, quien parecía haberse sumido en el sueño como si no tuviera preocupación alguna en la vida.

Era un enigma de mujer, y cada vez se lo parecía más.

Tenía la curiosa sensación de que hoy estaba viendo toda una nueva faceta de su personalidad. Una faceta testaruda y enérgica. Cuando él le había lanzado aquella indirecta delante de la tía Camilla, ella se la había devuelto sin pestañear. Y luego se había comportado con absoluta naturalidad ante el hecho de tener que compartir dormitorio con él, por no mencionar cómo se había

empeñado en dejarle la mitad de la cama. Qué diablos, si había parecido dispuesta a estrellarle aquella silla en la cabeza antes de dejarle usarla como reposapiés.

Y había sido agradable estar los dos juntos, allí tumbados, hablando de la jornada, de su familia y de los niños. Cuando habían sido amantes, no habían tenido tiempo para conversaciones tranquilas; una cama había tenido para ellos un único y placentero cometido.

Jordán rodó hacia ella. Estaba respirando regularmente, dándole la espalda, acurrucada en su lado de la cama. A pesar de las mantas que los separaban, podía sentir el calor de su cuerpo. Y su suavidad.

Se preguntó… si la atraía contra su cuerpo, ¿acomodaría su redondo trasero contra sus caderas, suspiraría y se restregaría contra él, se…?

Jordán maldijo en voz baja y se volvió hacia su lado. Luego apretó los ojos con fuerza y esperó tensamente a que lo invadiera el sueño.

Capítulo 6

El tío abuelo Ernest estaba allí, esperando para sacar a todo el mundo a desayunar, cuando Eve, Jordán y los niños bajaron a la mañana siguiente. Se amontonaron todos en tres coches y se dirigieron a un restaurante local, donde se reunieron con varios miembros de la familia que estaban en otras casas. En total, fueron veintitrés para desayunar, y tomaron por completo la sala posterior del restaurante.

Eve se encontró sentada junto a Louise Blair, que era la «pequeña» de la familia de la tía-abuela Blanche. Eve no tardó en enterarse de que Louise se había casado con un abogado, Kevin Blair. Eran dueños de una gran casa allí en Junction, tenían dos hijos adolescentes, a quienes Louise señaló desde su puesto en la mesa, y estaban absolutamente encantados de que de Jordán hubiera encontrado finalmente a Eve… por no hablar de a sus dos preciosos hijitos.

Louise se inclinó hacia Eve.

—Entonces, dime. ¿Te parece demasiado recargada la ensaladera de plata?

—¿Perdón?

Louise, cuyas espesas cejas se unían ya sobre la nariz, las arrugó aún más.

—La ensaladera que os envié. Por correo.

Un poco más lejos, Wesley y Kendrick estaban usando pajitas para hacer burbujas en la leche. Eve se preguntó si debía llamarles la atención antes de que se entusiasmaran demasiado y tiraran un

vaso.

Pero, en aquel momento, Jordán, que estaba más cerca de ellos, le dijo a Wesley que dejara la pajita. Se produjo un rápido intercambio de miradas desafiantes entre el hombre y el crío. Y luego el niño se rindió y bajó los ojos con expresión tormentosa mientras sacaba la pajita del vaso. Kendrick, que había recibido una orden similar de su madre, hizo lo propio a continuación.

* * *

Louise seguía hablando:

—Pertenece al legado familiar, ¿sabes? Fue propiedad de la abuela Mary. Era la madre de Alma… y de mi madre.

Eve dijo:

—Lo siento, no estaba prestando atención. ¿La ensaladera, decías?

—Sí, la ensaladera de plata que os envié por correo. Como regalo de bodas.

Eve cayó en la cuenta entonces. Jordán había mencionado que habían llegado montones de regalos de boda a su casa de la playa.

—Ah, sí. La ensaladera.

Sintiendo que se le encogía el estómago, se dio cuenta de que muchas de las personas que estaban allí aquel fin de semana debían haberse tomado su tiempo para elegir y enviarles un regalo de bodas. Y ella no tenía ni la menor idea de qué regalos podía tratarse.

¿Y qué demonios iban a hacer al respecto cuando llegaran a casa? ¿Enviarle a todo el mundo una carta de agradecimiento?

Sí, decidió enérgicamente. Aquello haría exactamente. Porque, por entonces, Jordán y ella estarían juntos otra vez. Lo sabía. Estaba convencida.

Le lanzó a Louise una sonrisa azorada:

—Oh, Louise, las cosas han sido una locura tan absoluta, entre planear la boda y hacer los preparativos para venir aquí, que he estado dejando los regalos para el final, para abrirlos todos a la vez cuando llegásemos a casa.

Las cejas arrugadas de Louise se relajaron de nuevo en una línea

recta.

—¿O sea que no has visto aún la ensaladera?

—No, me temo que no.

—Bueno, lo que quiero que sepas es que, si no te gusta…

—Estoy segura de que me encantará. Y, naturalmente, además tendrá un valor sentimental, sabiendo que perteneció a la madre de Alma.

—Bueno. —Louise pareció enormemente satisfecha de sí misma —. Eso es exactamente lo que yo pensé.

—Y acertaste de lleno.

Louise hizo un gesto de modestia.

—Y ahora, enséñame ese anillo.

Eve se apresuró a estirar la mano. Louise se la tomó y estuvo lanzando exclamaciones admirativas durante unos instantes. Al devolverle a Eve su mano, le susurró al oído:

—Si quieres que te diga la verdad, nunca creí que llegara a suceder.

Eve se echó un poco hacia atrás.

—¿Perdón?

—Digo que nunca creí que sucediera, que Jordán llegara a casarse realmente. Quiero decir… bueno, ya sabes cómo es.

Eve se inclinó de nuevo hacia Louise. Todo lo que pudiera saber valía la pena.

—No, cuéntamelo. ¿Cómo es Jordán?

—Bueno, ya sabes. Nunca deja que nadie se le acerque demasiado. Es el mejor amigo de todo el mundo, pero las cosas nunca pasan de ahí.

Eve deseaba enterarse de más, pero temía que Jordán pudiera interrumpirlas si se daba cuenta de que era el tema de su conversación. Miró rápidamente alrededor de la ruidosa sala y vio que Wesley se estaba tomando su tostada de una manera medianamente civilizada, que Lisa estaba sentada en el regazo de Dora y que Jordán estaba hablando de fútbol con uno de los nietos de Dora, Mark.

Así que le sugirió a Louise:

—¿Qué tal si hacemos una visita al baño de señoras? Apuesto a que estaremos mucho más tranquilas ahí.

Louise asintió con expresión avispada.

—Y más solas también —se levantó y salió.

Eve hizo lo propio, pero se detuvo donde Dora.

—¿Te importa echar un ojo a Lisa y a Wesley durante un momento? Tengo que ir al baño.

—Naturalmente.

Lisa estaba tratando de coger el azucarero. Dora lo empujó hacia el centro de la mesa y le propinó a Lisa un gran beso en la rolliza mejilla. Lisa soltó una risita y se retorció entre los brazos de Dora, encantada.

Sonriendo, Eve se dio la vuelta para marcharse de la habitación. Pero cuando pasó junto a Jordán, él alargó el brazo y le aferró la mano.

—¿Qué ocurre?

Ella bajó la mirada hacia él, experimentando aquella familiar reacción de calor y anhelo, dolorosamente consciente del contacto de su mano.

—Nada. Sólo la llamada de la naturaleza.

Él se rió entre dientes.

—¿Tú y la prima Louise?

—Ah. ¿Louise también va?

—Eres una conspiradora deplorable, cariño.

—¿Perdón?

—Lo lamentarás.

—¿Y eso?

Jordán le tiró de la mano para que se inclinara más. Luego le susurró al oído:

—Una vez Louise encuentra audiencia, ya no la suelta. Te seguirá por todas partes durante el fin de semana entero.

Eve respondió, fingiendo virtuosa indignación:

—A mí, la prima Louise me parece perfectamente encantadora… y además, no sé a qué te refieres.

—Mentirosa.

La estaba mirando con expresión de burlón desafío. Si al menos pudiera leerle la mente. Aquel engaño a dos podía llegar a ser muy desconcertante. En aquel preciso instante, sería muy fácil olvidar que no eran lo que pretendían ser, dos recién casados apasionadamente enamorados tomándose mutuamente el pelo.

Seguía sosteniéndole la mano. Deseó que nunca se la soltara.

Pero lo hizo:

—Más vale que te des prisa. Louise se preguntará dónde te has metido.

Ella le lanzó la más dulce de las sonrisas.

—¿De qué estás hablando?

Jordán se limitó a sonreír y reanudar su conversación con Mark.

Louise la estaba esperando.

—Empezaba a extrañarme.

—Lo siento, Louise. Jordán estaba…

Louise no necesitaba oír más.

—No hace falta que sigas. Kevin era igual al principio.

—¿Igual?

—Sí, ya sabes. No le hacía ninguna gracia que desapareciera de su vista. Pero lo superan. Créeme. —Louise dejó escapar un suspiro muy sentido—. Ahorra, tengo que insistir para que Kevin me saque a cenar una o dos veces al mes, sólo para que podamos sentarnos a una mesa el uno frente al otro sin distracciones y nos pongamos al corriente de cómo nos van las cosas, por seguirnos un poco la pista, ya sabes. Claro que Kevin dice que no hay manera de perderme la pista a mí, ya que me paso el día hablando. No hay más que seguir el sonido de mi voz. Eso le parece gracioso.

—Supongo que lo dice en plan cariñoso, pero de todas formas, me…

—Err, Louise. Respecto a Jordán…

Louise parpadeó, y luego miró a Eve de soslayo.

—Ah. Claro. Ya se me había olvidado casi. Estábamos hablando de Jordán.

—Sí. —Eve sonrió con naturalidad.

—Err… ¿por dónde íbamos?

—Bueno, me estabas diciendo que es un buen amigo para todo el mundo, pero que no deja que nadie se le aproxime de verdad. Me preguntaba cómo llegó a ser así.

Dispuesta, al parecer, a cambiar de tema según le pidieran, siempre que fuera ella quien mantuviera la voz cantante, Louise hizo descender de nuevo su tono de voz hasta un suspiro conspirativo:

—¿Cómo llega todo el mundo a hacerse como es? Por su infancia.

—¿Y eso?

—Bueno, su padre, Zachary, lo abandonó prácticamente cuando su madre murió. Y antes de eso, era su madre, Willa, la que no estaba nunca verdaderamente.

—¿Se llevaban bien el padre y la madre de Jordán?

Louise se lo pensó.

—¿Qué puedo decir? Zachary era quince años mayor que yo, al fin y al cabo. En la familia se rumoreaba que tenían «problemas», aunque nunca llegué a enterarme de específicamente cuáles. Yo tenía nueve años cuando Zachary y Willa se casaron, y a mí me parecía que estaba loco por ella. Recuerdo el día de su boda… ¡aquel hombre si que no quería perder a su novia de vista ni un segundo! Pero ella no parecía tan enamorada de él como él de ella. Willa no era el tipo de persona que pudiera sentir una emoción apasionada como el amor, si quieres que te diga la verdad. Siempre me dio la impresión de ser una de esas personas que, por así decirlo, deambulan por la vida, preguntándose cómo ha llegado por allí. Era distante y delicada, un tipo de mujer que seguramente no debía haber tenido niños nunca, porque bien sabido es que se necesita energía y fortaleza para criar a un hijo. Pero el caso es que Willa tuvo a Jordán… y luego resultó que tenía diabetes. Después de aquello, estuvo demasiado ocupada con su enfermedad para hacer de madre. Y luego, cuando murió, Zachary dejó al pobre chiquillo en brazos de Alma y se largó. Regresó al este a trabajar, ¿te lo puedes creer? Gracias a Dios que estaba Alma, porque, si no, Jordán no habría tenido ni un remedo de infancia, te lo aseguro.

—Ya veo —dijo Eve, pues sentía que tenía que decir algo.

Ya sabía, por supuesto, que la madre de Jordán había muerto cuando él tenía siete años, y que su abuela lo había criado. Pero Jordán no le había hablado mucho de sus padres, se daba cuenta ahora. Y no le había contado nunca lo que sentía por ellos.

Louise ya estaba lanzada.

—En cualquier caso, Jordán ha sido siempre extrovertido y simpático. Pero nadie llega a intimar con él. Es por eso por lo que… bueno, me vas a perdonar, pero no creo que te duela que te diga esto ahora. Cuando me enteré de que Jordán estaba pensando casarse con alguien, le dije a mi marido, Kevin, que me apostaba la vajilla de la abuela Mary… que, por cierto, era para veinticuatro

personas, ¿te lo puedes creer?… a que algo sucedía que evitaba que se produjera el matrimonio, porque Jordán, por mucho que lo queramos todos, no estaba hecho para ser un hombre casado. Pero, mira, aquí estás tú ahora con el anillo de Jordán en el dedo, y está claro que más casados no podéis estar.

—Sí. —Eve lanzó una risa forzada—. Más casados no podemos estar.

Louise le lanzó una mirada.

—¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente. ¿Por qué?

—Bueno, es que has puesto una cara…

Eve trató de dominar su expresión, mostrando un amable interés.

—¿Qué cara?

Louise se encogió de hombros.

—No sé. Sólo me has parecido rara, por un instante.

Eve levantó la vista hacia las lámparas.

—Debe ser la luz.

Louise también miró hacia arriba.

—Sí. Tienes razón. Debe ser eso.

Eve se apresuró a sugerir que ya era hora de reunirse con el resto.

* * *

Según pudo darse cuenta Eve a lo largo del día, Louise era una auténtica fuente de información sobre la familia de Jordán. De hecho, lo único difícil con Louise era tal como Jordán le había advertido conseguir que se callara. Le confesó a Eve que estaba encantada de tener a alguien a quien contarle las historias de la familia.

Eve había conseguido escapar más de una vez del interminable monólogo. Se había disculpado por una u otra razón y había respirado, aliviada, mientras acostaba a Lisa para la siesta o le curaba una rozadura en el codo a Wesley.

Jordán, que parecía cada vez más inmerso en el juego de «recién casados» a medida que avanzaba el día, comenzó a tender

emboscadas a Eve en el vestíbulo o en cualquier sitio donde lograra pillarla siempre que ella lograba librarse de Louise. Le preguntaba en tono burlón de qué nuevas cosas se había enterado desde su última huida de Louise. En una ocasión, incluso le había robado un fugaz beso… en beneficio de la familia, naturalmente, que no dejaba de entrar y salir de la habitación donde estaban.

Eve le siguió el juego, incluso provocándolo perversamente. Era delicioso volver a divertirse con él otra vez, pero estaba segura de que Jordán estaba diciéndose a sí mismo que formaba todo parte de la farsa.

Sin embargo, a Eve no le importaba. Por el momento, cualquier excusa que él necesitara ofrecerse para bajar la guardia le parecía bien. Y sus besos, por fugaces que fueran, eran algo que no iba a rechazar nunca.

Por la tarde, menos de una hora antes del gran festín, cuando todas las habitaciones de la vieja mansión bullían de descendientes de Mary y Stanley Swenson, Eve dejó a Louise con la excusa de que necesitaba arreglarse para la cena. Fue a ver cómo estaban los niños, comprobó que les iba estupendamente, y luego subió a la habitación gris y cerró la puerta tras ella.

Lanzando un fuerte suspiro, se dejó caer en la cama y lanzó un gruñido de alivio hacia el techo. A continuación, fue a buscar su neceser al baño. Volvió con él al dormitorio y se sentó delante del tocador que había entre el baño y el vestidor. Acababa de coger el cepillo del pelo cuando llamaron a la puerta.

Lanzó una oración a los cielos para que no fuera Louise.

—¿Sí?

—Soy yo.

Eve estaba mirándose en el espejo. Casi se rió de su propia expresión, que había pasado del temor a la más ilusionada anticipación nada más oír la grave voz.

—Está abierto.

Jordán entró y cerró la puerta perezosamente. Luego se apoyó contra la pared a la izquierda de donde ella estaba sentada. Podía verlo en el espejo estudiándola con aquella expresión burlona que tanto gustaba a Eve.

—Reconócelo, creías que habías escapado —dijo él acusadoramente.

—No reconozco nada. —Eve comenzó a cepillarse el pelo con gestos amplios y lentos.

Por el espejo, seguía viendo cómo Jordán la contemplaba.

Él cruzó lo brazos, y los músculos de sus hombros quedaron más claramente definidos bajo su suéter. Eve sintió calor en el vientre, una intensificación del anhelo que no la abandonaba nunca desde la primera vez que lo había visto.

—Tienes un pelo precioso —dijo Jordán en voz baja—. Castaño y dorado. Como la miel.

Eve siguió deslizando el cepillo a través de los largos mechones, sintiéndose al tiempo completamente desvergonzada y discretamente contenida. No dijo nada en respuesta a su cumplido. Notaba, por la intensa concentración con que la estaba viendo cepillarse, que casi no se había dado cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

Sus ojos se encontraron en el espejo. Jordán parpadeó, como si estuviera volviendo en sí.

Su voz sonó irónica cuando habló de nuevo:

—¿Qué oscuros secretos ha compartido contigo la prima Louise desde la última vez que lograste escapar de ella?

Eve dejó el cepillo y se echó el pelo hacia atrás, sobre los hombros. Luego se ajustó los pendientes.

—Espera que me acuerde. El hijo mayor de Camilla, Rick, se casó con una mujer que se llama a sí misma Espuma de Mar desde los años sesenta, cuando Rick y ella se conocieron en un concierto de acid *rock* en el Parque del Golden Gate. Todo el mundo sabe, naturalmente, que Espuma de Mar tiene un nombre perfectamente corriente y normal, que es Ardelle Lee. Y eso no es todo. Esa mujer no sólo se llama a sí misma Espuma de Mar, sino que tiene el coraje de llamar a sus tres hijos Palomo, Libertad y Pagana, lo cual, como todo el mundo sabe, es hacerle una cochinada a una criatura indefensa.

Con los ojos chispeantes, Jordán sacudió la cabeza:

—Una auténtica vergüenza.

Eve abrió con naturalidad un lápiz de labios y estudió el color. Se atrevió a añadir:

—Louise también mencionó esta mañana en el cuarto de baño de señoras que tu madre no te prestó nunca atención, y que tu

padre te abandonó al morir ella.

Se produjo un silencio, durante el cual Eve temió haber ido demasiado lejos. Sabía que la infancia de Jordán era algo de lo que tenía que conseguir que él hablara largo y tendido algún día. Pero tal vez ahora era demasiado pronto… y sus impulsivas palabras sólo habrían servido para destruir la incipiente camaradería que se estaba reavivando entre ellos.

Pero estaba equivocada. Jordán se limitó a encogerse de hombros.

—Ésa es la opinión de Louise. Y supongo que, más o menos, responde a la verdad.

Eve cerró de nuevo el lápiz de labios y lo miró a través del espejo.

—Pero, Jordán, eso debe haber sido horrible para ti.

Él parecía completamente despreocupado.

—Lo superé. Y tuve mucho más que muchos otros niños. Tuve a Alma, mi abuela.

—Pero debiste sentirte…

—Fatal —sus ojos en el espejo no parpadearon—. Y lo superé. Fin de la historia.

—Pero es lógico pensar que…

—¿Qué?

La miró, con expresión vagamente interesada, pero carente de toda implicación real. Lo que quiera que Eve pensara decir, murió en sus labios.

«De acuerdo, Jordán», pensó, «Como quieras. Dejaré el tema de tus padres. Por ahora. Pero no va a ser la última vez que me oyes hablar de ellos, querido. Ni lo sueñes».

Eve se miró en el espejo y comenzó a aplicarse brillo de labios, Jordán siguió contemplándola unos instantes más. Luego, se puso a recorrer la habitación perezosamente. Se acercó a la ventana, se detuvo a estudiar un cuadro y luego, por fin, se aproximó a la silla donde estaba sentada Eve.

Mientras él deambulaba por la habitación, Eve movió la bandejita del neceser y se puso a ordenar las cosas de debajo. Luego, cuando él se aproximó, se dio cuenta de que podía llegar a ver el recipiente de las píldoras anticonceptivas… que no había dejado de tomar en ningún momento, por mucho que, según

Jordán, todo hubiera terminado entre ellos para siempre jamás.

Se apresuró a colocar de nuevo la bandejita para que las píldoras desaparecieran de la vista. Fingió estar muy concentrada ordenando las cositas de la bandeja mientras Jordán, sin decir palabra, permanecía de pie junto a ella.

Eve era muy consciente de su presencia. Alzó la vista hacia él.

Por un momento, pensó que iba a decirle algo tierno y directo, algo sincero sobre ellos dos… o sobre sus heridas de infancia. O incluso sobre las píldoras, que podía haber vislumbrado. Pero cuando habló, fue en el mismo tono zumbón que antes.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿quién se quedó con el baúl del abuelo? Eso es lo que siempre he querido saber.

A Eve le invadió la desilusión. Pero ¿qué podía hacer sino seguir el juego?

—Respecto a eso se me ha hecho jurar que guardaría secreto.

—Louise no me incluía a mí en el secreto. Las mujeres de la familia se lo cuentan todo a sus maridos.

—Pero yo no soy realmente tu mujer, ¿verdad?

Era una puntualización peligrosa, y ella lo sabía. Jordán podía darle la razón y salir de la habitación acto seguido.

Pero no lo hizo. Sus párpados descendieron un poco y ella vio que le estaba mirando a la boca. De pronto, se sintió muy consciente del brillo de labios que tan cuidadosamente se había aplicado.

—Durante los próximos días… y a los efectos de esta absurda conversación… sí que eres realmente mi esposa.

Ella sintió que algo se tensaba en su vientre. El oírle reclamarla como suya, por provisionalmente que fuera, la excitaba.

—¿Ah, sí?

Él no titubeó.

—Lo eres.

Eve cerró la tapa de su neceser.

—Da igual. Sigue pareciéndome mal contarte algo sobre lo que le he prometido a Louise mantener el secreto.

Se puso en pie, aferró el asa del neceser e hizo ademán de dirigirse al baño.

Jordán alargó el brazo.

—No te vayas. Aún no.

Ella se quedó paralizada. Santo Dios, el roce de sus dedos era pura magia. Sintió que se le caldeaba todo el cuerpo, aunque lo único que le había tocado era la muñeca.

—¿Por qué no?

Él pareció no tener respuesta durante un momento. Eve tragó saliva y le miró a los labios, pensando en lo mucho que le gustaba, sentirlos sobre lo suyos.

Jordán halló su voz de nuevo, una voz ronca.

—Dímelo. Vamos.

Le soltó la muñeca y comenzó a acariciarle el dorso de la mano.

Ella dejó escapar un suspiro trémulo y anhelante que no tenía nada que ver con la broma respecto al baúl del abuelo…

—Bah, de acuerdo. Pero intenta no impresionarte demasiado.

—Podré resistirlo.

—Louise tuvo que rescatarlo, ¿te lo puedes creer? Y de su propia madre, además.

—Es horrible.

Jordán fingió quedarse aturdido, pero a la vez su acariciante mano había ido ascendiendo por su brazo.

—Ni se me había pasado por la cabeza —añadió él.

—Sí. Imposible, pero cierto. La tía abuela Blanche pensaba verdaderamente vender ese baúl.

—No tengo palabras para expresar mi estupefacción —su voz iba bajando de tono a medida que su mano ascendía por su brazo, acariciando el suavísimo cachemir de su jersey, hasta llegar a su hombro.

Eve ya no pudo seguir fingiendo que iba a darse la vuelta para meter el neceser en el baño. Volvió a dejarlo sobre la cómoda.

Seguidamente, le plantó la mano en el pecho a Jordán, encima mismo de su corazón. Le latía fuerte y rápido.

—Tienes que prometer no revelarle nunca a nadie esta horrible verdad.

Él le cogió la mano. Sus dedos cálidos se cerraron en torno a ella.

—Lo prometo.

Eve se atrevió a sugerir en un jadeante susurro:

—¿Lo sellamos con un beso?

Él se quedó paralizado. Eve sabía que estaba pensando que, si la

besaba en aquel momento, no podría decirse que lo estaba haciendo en beneficio de nadie más que de sí mismo. Estaban solos en la habitación. La puerta del pasillo estaba cerrada.

Jordán masculló en voz baja y llena de vehemencia:

—¿Qué crees que estás haciendo?

Ya no cabían las retiradas. Y tal vez fuera mejor así. Le devolvió el reto.

—¿Y tú, qué pretendes, siguiéndome hasta aquí, cerrando la puerta? ¿Continuando el juego cuando nadie puede vernos?

—No lo sé… —replicó Jordán con expresión de desconcierto.

Eve se lanzó:

—Yo sí.

—¿Qué? —Su voz era un gruñido—. ¿Qué es lo que sabes?

—Que te gusta. Te gusta este juego. No te apetece parar, ni siquiera cuando nos quedamos solos.

—¿Tú crees? —La tenía cogida por los dos hombros ahora y la atrajo hacia su pecho.

Ella se dejó llevar, suspirando, completamente dispuesta y sin que le importara que Jordán lo supiera.

—No te preocupes —alzó la vista hacia Jordán, con expresión suplicante—. Yo siento lo mismo. No quiero que te detengas. Nunca.

—¿No?

—No, no quiero. Porque… —Inhaló con fuerza—… te amo, Jordán.

Él apretó los labios.

—Cállate, Eve.

Ella prosiguió desvergonzadamente, dejándose de fingimientos:

—Te amo. Eso no ha cambiado. Creo que ya lo sabes.

—He dicho que te calles.

—Podemos resolver nuestros problemas. Si al menos nos concedieras una…

Jordán decidió hacerla callar él mismo, usando el método más expeditivo a su alcance. Le plantó la boca sobre la suya.

El mundo pareció detener su giro, y a continuación proseguirlo a mayor velocidad.

Sintiéndose temeraria, victoriosa, Eve se apretó contra él, rodeándole el cuello con los brazos y suspirando de placer. ¿Cuánto

tiempo había pasado… días, semanas, meses… desde la última vez que su boca había cubierto la de ella de aquella manera absolutamente devoradora y carnal?

Lo había echado mucho de menos.

Y estaba completamente dispuesta a recuperar todos los besos que no habían compartido desde la noche en que él la había rechazado en su casa de la playa. Se aferró a sus anchos hombros y echó hacia atrás la cabeza, de manera que él pudiera tener pleno acceso a su boca y ella pudiera apretar más su cuerpo contra el suyo.

Jordán dejó escapar un profundo gemido, y sus manos descendieron por la espalda de Eve hasta posarse sobre sus glúteos, ayudándola en su febril intento de fundir en uno sus cuerpos. Su boca comenzó a acariciarla y ella gozó de aquel tormento, respondiendo al duelo con su lengua inquieta, cada vez más excitada por el hecho de sentirlo de nuevo así.

Por fin…

—Esto es una locura —masculló él, y trazó un ardiente sendero de besos por su garganta abajo, hasta el escote de su esponjoso suéter.

—Sí, una locura —se oyó decir Eve—. Completamente demencial.

Sostuvo la cabeza de Jordán contra la curva de sus pechos, sintiendo allí sus labios, su cálido aliento contra la piel.

—No debería estar haciendo esto…

Ella lo apretó con más fuerza.

—Sí, sí deberías.

Pero él alzó la cabeza. Eve dejó escapar un pequeño grito de protesta.

Y, a continuación, los brazos de Jordán le rodearon la cintura y la condujeron hacia la cama que tan castamente habían compartido la noche anterior.

Con absoluta desvergüenza, ella se tumbó y alargó los brazos hacia Jordán, llena de anhelo.

Él se inclinó muy lentamente. Se apoyó perezosamente en un codo y la miró con los ojos entornados.

—Esto es exactamente lo que no pensaba hacer…

—Pero es lo que deseas hacer.

—Maldita seas, cariño. Desde que me mandaste a paseo, no haces más que llevarme la contraria continuamente.

¡La había llamado cariño cuando nadie más que ellos dos podían oírle! Eve sintió que se le hinchaba el corazón. Le respondió con mucho retintín:

—No querrás a una persona sumisa y callada, supongo.

—¿Ah, no?

—No… además, yo no te mandé a paseo.

—No. Y el sol sale por el oeste.

—Por favor, no discutamos. Sigamos besándonos.

—Y aparte de llevarme la contraria, últimamente estás de lo más… desvergonzada.

—Dejemos de hablar. Besémonos.

—Vamos a tener que bajar enseguida.

Ella suspiró.

—Enseguida, pero no inmediatamente.

Jordán sacudió la cabeza. Pero no hizo ademán de incorporarse.

Ella podía ver las trazas del brillo de labios en su boca, lo cual la excitó aún más al recordar cómo la había mirado cuando se lo estaba aplicando y cómo se lo había quitado a besos.

Alargó una mano para tocarlo. Él parpadeó, algo receloso.

—¿Qué?

—Nada. Mi brillo de labios.

Lentamente, tiernamente, ella recorrió con los dedos sus labios, borrándole los restos del brillo. Cuando fue a retirar la mano, Jordán comenzó a besarle levemente los dedos, a mordisqueárselos, sin dejar de mirarla a los ojos.

A Eve se le había arrugado la estrecha falda por encima de las rodillas. Jordán le puso la mano sobre una de ellas. Ella sintió el calor de su palma a través de la fina barrera de las bragas. Boqueó un poco, y él siguió besándole los dedos mientras su mano se deslizaba suavemente por su muslo. Le acarició primero uno y luego el otro, lentamente, haciendo que Eve fuera muy consciente del líquido hervor que se formaba entre sus piernas. Luego, la mano de Jordán le alisó otra vez la falda y comenzó a ascender por sus caderas, sobre el suave tejido del suéter, hasta posarse sobre sus pechos.

Y luego, dejando escapar un gruñido sordo, se apartó. Ella se lo

quedó mirando, demasiado aturdida por el placer para entender qué ocurría.

El rostro de Jordán estaba arrebolado, y sus ojos despedían fuego. Eve podía sentir su tremenda erección contra la cadera. Y seguidamente, lanzando una maldición, él se levantó de la cama con un gesto desgarrado.

Capítulo 7

—¡Jordán, por favor! No te vayas…

Jordán podía percibir el desconcierto y la confusión en la voz de Eve, emociones que él mismo estaba experimentando. Se quedó paralizado, aunque sabía que tenía que hacer exactamente lo que ella le suplicaba que no hiciera: debía marcharse, no mirarla… rechazar sus ojos verdes llenos de dolor, el arrebol sensual de sus mejillas, el desorden glorioso de su pelo, sus pechos grandes y pálidos, expuestos a su vista porque él se los había desnudado, sin saber ni importarle adonde les iba a conducir aquello…

Ella seguía mirándolo, con el deseo y la súplica en la mirada.

—Jordán, yo…

Jordán sentía debajo de los pantalones la tensa dureza de su deseo hacia ella. Era diez veces idiota, por provocarse… y provocarla a ella… de aquella forma.

Pensó en la noche anterior, en ellos dos compartiendo el lecho sin compartir sus cuerpos. Y supo con absoluta certeza que aquella noche tendría que dormir en la alfombra o hacerle el amor. Y en aquel preciso instante, mirándola, no le cabía ninguna duda de qué iba a suceder.

Había sido un estúpido al pensar que podría olvidarla. Ahora se daba cuenta. Y también se daba cuenta de que, si la había traído allí para hacer el papel de flamante esposa, no era solamente por el bien de su abuela.

Inhaló con fuerza y dejó escapar el aire. Ella seguía mirándolo como hipnotizada… levemente herida, estupefacta por su repentino

rechazo.

Se obligó a hablar dulcemente, aunque lo que deseaba hacer era mucho más primitivo:

—He ido más lejos de lo que debía. Tenemos que arreglarnos y bajar. Dora no tardará en echarnos de menos en la mesa.

Eve asintió, como si estuviera en trance.

—Ah, sí. Claro. No creía…

Cautelosamente, para no asustarla más de lo que ya la había asustado, Jordán extendió una mano. Confiada como una niña, ella se la cogió. Jordán tiró de ella. Luego, con sumo cuidado, la ayudó a ponerse bien el sujetador y el suéter y a alisarse la ropa.

—Gracias —dijo ella con voz débil, y se levantó.

Él no deseaba otra cosa que tomarla de nuevo entre sus brazos, dejarse caer de nuevo en la cama revuelta y poner fin a lo que habían comenzado.

—Mira —su voz sonaba más áspera de lo que pretendía—. Enseguida vuelvo.

Ella asintió.

—Muy bien. Naturalmente.

Jordán podía sentirla mirándolo fijamente mientras cerraba la puerta del cuarto de baño.

Se dirigió directamente al lavabo y se salpicó agua en la cara, evitando mirarse a los ojos en el espejo. Se peinó y se puso bien la ropa.

Seguidamente, regresó al dormitorio, donde Eve estaba sentada ante la cómoda otra vez, peinándose el pelo revuelto. La contempló, deseando quitarle el cepillo y peinarla él mismo con las manos, hundir los dedos entre sus sedosos mechones, acariciárselos…

Se obligó a apartar la vista.

—Mira. Voy a ir bajando, ¿vale?

Ella terminó de cepillarse el pelo.

—Espera, que bajo yo también —sacó el brillo de labios y se aplicó otra vez rápidamente lo que sus besos habían borrado.

Le sonrió desde el espejo.

—Lista —se puso en pie, cerró el neceser y lo llevó al cuarto de baño.

Cuando regresó, le tendió la mano a Jordán.

—Vamos.

Él le cogió la mano. Bajaron juntos las escaleras.

—Muy bien, Jordán —anunció la prima Louise—. Te toca a ti.

El gran festín había terminado. Eran más de las nueve y los más pequeños estaban acostados. Los miembros adultos de la familia estaban apelotonados en el gran salón de Dora, invadiendo el pasillo y el jardín de invierno también. Estaban contando historias familiares por turnos.

Jordán, apoyado en la pared junto al sillón de Alma, con un brazo rodeando a Eve, alzó la vista.

—¿Me toca qué?

—Contarlo todo.

—¿Qué es todo?

—Todo sobre Eve y tú. Como ninguno de nosotros estaba allí, queremos la historia entera. De abajo arriba. De principio a fin. Hasta el detalle más íntimo… de cómo conociste a tu bella esposa y te casaste con ella.

Eve notó que Jordán se ponía rígido, pero cuando replicó, su tono era desenfadado y despreocupado:

—Hay demasiado que contar. No sabría por dónde empezar.

Louise no estaba dispuesta a soltar el hueso.

—Muy bien. Pues cuéntanos lo mejor. Cuéntanos vuestra boda en Tahoe.

—Bueno, yo… —Pareció quedarse sin palabras.

Todo el mundo lo estaba mirando con expectación, probablemente pensando que, como muchos hombres, era reacio a describir un acontecimiento tan significativo y sentimental. Sólo él y Eve sabían que su reluctancia provenía en realidad de su falta de disposición a inventarse una mentira sobre una boda que no había tenido nunca lugar.

Desde su silla, la normalmente callada Alma dijo:

—Quizás en otra ocasión…

Eve miró a la anciana y vio la expresión de fugaz zozobra que atravesaba sus gastados y bondadosos rasgos. Eve se preguntó entonces si Alma podía sospechar algo sobre Jordán y su «esposa».

No. No podía ser. Eve se apresuró a rechazar aquella inquietante idea. Si Alma hubiera sabido la verdad, no habría habido absolutamente ningún motivo por el que no hubiera dicho algo ya a aquellas alturas.

Louise, como de costumbre, se negó a dejarse arredrar.

—Venga, Jordán. Sólo algunos de los detalles más sabrosos…

—Bah, déjalo en paz, Louise.

La sugerencia provenía de Blanche, quien estaba detrás de su hija, cerca de la puerta del estudio.

Louise se volvió hacia su madre.

—No. Quiero enterarme.

—Cómo no, cariño. Pero eso no quiere decir que Jordán tenga que decírtelo.

Louise dejó escapar un respingo.

—Gracias por tu ayuda, madre. Pero no vendría mal que tuvieras en cuenta que todavía hay unos pocos miembros de la familia a quienes les importan los momentos significativos… y las cosas significativas.

—Oh, por el amor de Dios. —Blanche lanzó una mirada exasperada hacia arriba—. ¿Todavía me guardas rencor por aquellos trastos?

—¿Trastos? —Louise era la imagen misma del orgullo ofendido.

El resto de la familia intercambió miradas inquietas. Las reuniones así tenían sus inconvenientes: eran la ocasión ideal para que los miembros de la familia airearan sus rencillas.

—¿Trastos? —Repitió Louise, como si no lo hubiera oído claramente la primera vez—. ¿Le llamas trasto a la vajilla de la abuela Mary? No me lo puedo creer, madre. En serio, no me lo puedo creer.

Blanche se limitó a sacudir la cabeza, negándose a dejarse avasallar por su dominante hija pequeña.

—¿Qué quieres ahora? Te quedaste con todo, ¿no? Pues disfrútalo y deja de quejarte.

—¡Pero bueno…! —Rezongó Louise—. Yo nunca…

Kevin, junto a Louise, le palmeó la mano y le sugirió en voz baja que tal vez fuera mejor que discutiera de aquel asunto con su madre en alguna otra ocasión.

—Oh, muy bien. De acuerdo —acordó de mala gana Louise; esgrimió una sonrisa falsa y demasiado brillante… y la dirigió hacia Jordán de nuevo—. Pero sigo queriendo enterarme de la boda, Jordán. En serio. Insisto.

Todos en la habitación se removieron en sus asientos. Eve sabía

lo que estaban pensando muchos de ellos… que, ya que Louise se ponía tan pesada, las cosas serían mucho más fáciles si Jordán simplemente se rendía a su solicitud.

Durante un incómodo momento, nadie dijo nada. Luego, Nancy, desde su sitio junto a la chimenea, sugirió suavemente:

—Sí, Jordán. Por favor, cuéntanoslo.

La tía abuela Camilla, desde el sofá, intervino también:

—Sí. Tiene que haber sido increíblemente romántico. A todos nos gustaría oírlo…

Y a continuación vino el coro de voces, mayores y jóvenes, masculinas y femeninas, urgiendo a Jordán para que relatara su boda con Eve.

Ella pudo notar cómo la tensión se acrecentaba en él y entendía su resistencia. La mentira que estaban viviendo era una cosa. Pero tener que embellecerla para todo el mundo sería aún peor. Se estaba resistiendo, aunque tenía que ser consciente de que, si querían seguir manteniendo la pose, no tenía más remedio que hacer lo que le pedían.

Eve sabía lo que había que hacer. Alzó la mirada hacia él con expresión de adoración y le dedicó la más dulce e indulgente de las sonrisas.

—Déjame que lo cuente yo, cariño.

En torno a la habitación, se levantó un murmullo de asentimiento… por no decir de alivio.

—Sí, naturalmente. Que lo cuente Eve…

—Empieza, Eve…

—Estamos sobre ascuas…

Ella sintió cómo el cuerpo de Jordán se relajaba. Le devolvió la sonrisa y le apretó suavemente el hombro.

—Sí. De acuerdo. Cuéntaselo, cariño. Cuéntaselo todo.

* * *

Jordán cerró la puerta de la habitación y se apoyó contra la hoja, sin molestarse siquiera en encender la luz. La miró bajo la luz de la luna que brillaba en la ventana, recortada tras las ramas del nogal.

—¿Así que me emocioné tanto que apenas fui capaz de

pronunciar el sí, eh?

—Yo creo que ha sido un detalle de lo más bonito, la verdad. —Eve se quitó los pendientes y los dejó sobre la cómoda—. A todas las mujeres les ha encantado.

—Yo no soy de los que se emociona por una vulgar palabra.

—Claro. Por eso resulta tan conmovedor que te pasara.

—Espera un momentito. Ahora estamos solos. Mantengamos realidad y ficción separadas.

Eve se dejó caer en la sillita de delante de la cómoda.

—Muy bien —le dirigió una sonrisa picara—. ¿Acaso no he hecho un trabajo magnífico describiendo una boda que nunca existió?

—Lo has hecho —se quedó callado un instante, contemplándola —. Y te lo agradezco.

—De nada.

Eve sonrió para sí, disfrutando de su apreciación y de la forma en que se habían desarrollado las cosas. De hecho, pensándolo retrospectivamente, a Eve le daba la impresión de que había urdido tan bien el relato que casi le parecía que había ocurrido en la realidad.

Desde la puerta, Jordán seguía contemplándola; en voz baja, dijo:

—Has estado increíble esta noche. Mi preciosa, incomparable falsa esposa.

Por alguna razón, cuando él dijo aquello, Eve sintió ganas de echarse a llorar.

—Bien —su voz sonaba quebradiza, falsamente desenfadada—. Usaré yo la primera el cuarto de baño, ¿de acuerdo?

Jordán apartó la vista, como alguien que ha visto algo que no debía y quiere dejar claro que tiene la intención de fingir que no ha visto nada.

—No hay problema. Adelante.

Se dirigió a su maleta, que estaba abierta sobre otra cómoda junto a la cama.

Eve entró rápidamente en el cuarto de baño y cerró la puerta. Una vez sola, encendió la luz. El cuarto quedó inundado de luz, cegadora y demasiado brillante después del suave resplandor del dormitorio.

Parpadeando, ella se quitó rápidamente la ropa, se puso el largo camisón que colgaba tras la puerta y se lavó los dientes y la cara con gestos eficientes. Tuvo buen cuidado de no pensar. Porque no tenía ni idea de qué iba a suceder entre ellos aquella noche.

Si aquellos momentos estremecedores que habían compartido por la tarde significaban algo, ya serían amantes cuando rayara el alba. Pero, antes de que hicieran el amor otra vez, ella aún esperaba que se produjera un mayor entendimiento entre ellos. Aún les quedaba mucho por hablar.

Deseó fervientemente que, cuando volviera junto a él, pudieran sentarse juntos y poner en claro los malentendidos entre ellos. Que pudieran ponerse de acuerdo para trabajar juntos, para hacer una vida común… en su momento. Y que él compartiera con ella algunos de sus temores y dudas.

A Eve le temblaba un poco la mano cuando la tendió hacia el pomo.

—¿Jordán? —Tras ella, la luz del baño inundó la habitación iluminada por la luna.

—¿Sí? —Jordán se dio la vuelta al oír su voz.

Se había quitado el suéter. Su pecho desnudo, suavemente salpicado de vello dorado, parecía resplandecer en la penumbra.

—Tu turno.

—Gracias.

Se acercó a ella. Sus pasos fueron silenciosos. Eve bajó la mirada y vio que se había quitado los zapatos y los calcetines. Un instante más tarde, él cerraba la puerta del baño, sumiendo de nuevo en las penumbras el dormitorio.

Eve se quedó mirando el brillante cerco de luz que perfilaba la puerta, sintiéndose rara… decepcionada, y sin embargo, expectante ante lo que iba a ocurrir a continuación. Llena de zozobra, se dedicó a colgar nerviosamente la ropa que había sacado consigo del cuarto de baño.

Después, no sabiendo qué más hacer, se sentó en el borde de la cama, cruzó los brazos, y se puso a mirar la luna por la ventana. Parecía estar espiándola a través de las ramas del nogal desde las lejanas montañas sobre las que se cernía.

Después de una eternidad, y mucho antes de que ella estuviera preparada, Jordán salió de nuevo. Aún llevaba puestos los

pantalones. Eve se preguntó si estaría tan nervioso como ella. Jordán se detuvo en el umbral iluminado del cuarto de baño. Y apagó la luz.

Volvieron a quedar sumidos en el resplandor lunar. Eve tuvo que ajustar de nuevo la mirada. Así, más que ver, sintió que él se acercaba.

Atravesó la habitación y se plantó frente a ella. Eve lo vio tomar forma a medida que sus pupilas se iban acostumbrando a la penumbra. Alzó la mirada hacia Jordán, anhelante y dubitativa.

—¿Y ahora, Eve?

Ella inhaló entrecortadamente.

—Oh, Jordán, yo…

—¿Tú qué?

—Bueno…

—¿Sí?

—Pensaba que podríamos… hablar de ti y de mí. De nosotros. ¿Qué te parece?

Él no dijo nada. Y ella fue incapaz de decir nada más, mientras esperaba a que él expresara de alguna forma su disposición a hablar.

Eve deseó ser capaz de decir algo brillante y sagaz. Pero todo su ingenio, tan chispeante un rato antes mientras se inventaba hasta el último detalle de la inexistente boda, parecía haberla abandonado en aquel momento, cuando más lo necesitaba.

Levantó la vista hacia Jordán, temiendo que volviera a repetirle lo que le había dicho la noche en que habían acordado llevar a cabo aquella demente mascarada: «No hay ningún nosotros».

Pero, aparentemente, había abandonado aquella mentira, al menos. Porque, cuando habló, su voz sonaba suave:

—De acuerdo. ¿Qué pasa con nosotros?

Eve experimentó un enorme alivio, pero seguía sin tener ni idea de qué decir. Balbuceó:

—Bueno, yo… supongo que tengo la esperanza de que hayas cambiado de idea. De que podamos intentarlo de nuevo.

Jordán pareció estudiarla:

—¿Qué quieres decir con «intentarlo de nuevo»?

—Bueno, quiere decir permanecer juntos, intentar que funcione…

Él dejó escapar un sonido gutural de disgusto.

—Eso es de lo más vago, demonios. Y no estoy seguro de estar dispuesto a intentar nada otra vez.

—Bueno, yo…

—Lo que quiero decir es que o haces una cosa o no la haces. Intentarlo es la excusa que se pone la gente cuando realmente no quiere comprometerse.

Eve se miró las manos entrelazadas y se dio cuenta de que tenía razón. Si deseaba a Jordán McSwain, iba a tener que ir a por él… sin reservas.

Pensó en Teddy Tanner, en la forma en que había irrumpido en su vida para desaparecer luego, dejándola a cargo de dos niños inocentes. ¿Cabía la posibilidad de que Jordán le hiciera lo mismo… de que se lo hiciera a Wesley y a Lisa?

No. Durante los dos días anteriores había llegado a entender aquello respecto a él, al menos. A pesar de los secretos que mantuviese aún en su corazón, Eve sabía que era un hombre que se atenía a sus compromisos.

—¿Y bien?

Eve se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo callada. Miró de nuevo su rostro en sombras.

—Yo…

—Venga, Eve. Di lo que tengas que decir.

Ella cuadró los hombros.

—Tienes razón —su voz sonó firme.

—¿En qué?

—En lo de intentarlo. No basta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiero decir que quiero casarme contigo, Jordán. Casarme de verdad. Ahora mismo… o cuando tú digas.

Capítulo 8

Jordán bajó la mirada hacia ella, hacia su rostro encantador y su expresión esperanzada. Experimentó una ardiente oleada de triunfo; había aceptado casarse con él… cuando él quisiera.

Pero el triunfo no tardó en marchitarse. Eve ya había dicho aquello una vez y luego se había echado atrás. Y el dolor había sido insoportable.

—¿Jordán? —Su voz expresaba toda su zozobra.

Él se sintió furioso de pronto.

—Dijiste que te casarías conmigo una vez. Y luego cambiaste de idea.

Eve tendió sus manos suplicantes hacia él.

—Tenía miedo.

—¿Y ahora ya no lo tienes?

—Bueno, sí. Lo tengo. Pero no cambiaré de idea. Esta vez no me has avasallado. He tenido tiempo para pensarlo, y es una decisión asumida por mí.

A Jordán le costaba mirarla. Porque, cuando la miraba, sólo le apetecía tomarla entre sus brazos.

Jordán se dio la vuelta y se quedó mirando, sin ver, la silueta recortada del nogal.

—Por favor, Jordán, háblame.

Habiendo logrado recuperarse algo, Jordán se volvió de nuevo hacia ella.

—Ahora no. Tomémonos un respiro el resto de la noche.

Eve se levantó y extendió las manos de nuevo.

—Pero yo tenía la esperanza de que pudiéramos…

—Escucha —dijo él con un tono de forzada racionabilidad—. Han pasado muchas cosas en los dos días pasados. Terminemos el fin de semana. Luego ya veremos, ¿de acuerdo?

Ella se lo quedó mirando. Jordán pudo ver las lágrimas que estaba conteniendo y que hacían brillar sus ojos como gemas. Eve dejó caer las manos.

—¿Y luego veremos qué?

Él sacudió la cabeza.

—Vamos a esperar. Piénsatelo bien. Quiero que estés segura.

—Estoy muy segura.

—Muy bien. Entonces no pasará nada por esperar.

Ella se quedó en silencio. Y luego cedió.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Dejaremos esto resuelto para siempre en cuanto lleguemos a casa el domingo.

—Muy bien.

Jordán la miró y vio tras ella la cama, que parecía esperarlos. No había forma humana en que él pudiera tumbarse junto a Eve aquella noche sin hacer lo que su cuerpo le exigía furiosamente. Y sabía que, si hacía el amor con Eve, tendría que admitir su absoluta incapacidad de resistirse a ella. Estaría pidiéndole de rodillas que se casara con él antes de que hubiera terminado la noche.

Dado que ya lo había traicionado una vez, algo en su interior se resistía a una capitulación de tal calibre.

—Mira —prosiguió él—. Voy a bajar un rato.

Se puso otra vez los calcetines y los zapatos y se dirigió a la maleta a sacar de nuevo el suéter.

Eve lo miraba con ojos dilatados y tristes. No se incorporó hasta que él se dirigió hacia la puerta.

—Jordán, yo…

—No me esperes despierta, ¿vale? —Y se fue antes de que pudiera decir nada más.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Podemos entrar?

Eve gruñó y abrió los ojos. Le dolía la espalda y notaba el cuello tieso. Miró hacia la cama impoluta a unos metros de distancia.

—¡Mamá!

Eve se sentó en la mecedora donde se había quedado dormida esperando a Jordán. Se frotó la nuca mientras su mente registraba,

en primer lugar, que era por la mañana; en segundo lugar, que Jordán no había vuelto a la habitación en toda la noche; y en tercer lugar…

—¡Mamá!

—¡Mamá!

Que sus hijos estaban aporreando a la puerta.

Se puso en pie, sintiéndose mucho mayor de sus veintisiete años y cruzó trabajosamente la habitación.

—Pero, bueno, ¿qué pasa aquí? —inquirió a la vez que abría la puerta.

Dos pares de ojos como platos se levantaron hacia ella.

—Mamá, llevas durmiendo un montón —dijo Wesley.

—¡Mamá! —Lisa levantó los bracitos para que la cogiera.

Eve cogió en brazos a su hijita y le dio un sonoro beso en la mejilla. Luego se agachó y le dio un abrazo a Wesley, algo que él fingió simplemente tolerar. Luego, volvió a entrar en la habitación con sus hijos.

—Pero si ya estáis vestidos —les dijo, señalando lo evidente.

—Yo sé vestirme solo —le dijo puntillosamente Wesley—. Ya lo sabes.

—Lo sé. Y lo has hecho estupendamente.

Observó que debía haber elegido él mismo su vestuario, puesto que llevaba los calcetines rojos, el suéter amarillo y los pantalones rojos y verdes. Normalmente, elegían su ropa juntos antes de acostarse, lo cual ahorraba conflictos por la mañana. Pero la noche anterior se había quedado dormido en un sillón y lo habían subido en brazos a la habitación; Eve se había olvidado completamente de la ropa. El cegador atavío que tenía delante era la consecuencia.

—De lo más… llamativo.

—Sí, ya lo sé —su sonrisa era la modestia personificada—, la tía Dora ha ayudado a Lisa. La abuela Alma y la tía Dora han dicho que te dejásemos dormir.

Dejando a Lisa en el suelo, Eve se dio la vuelta para ver el reloj. Santo Dios, eran las once.

Wesley seguía parloteando:

—Pero tú no dejabas de dormir. Y la mamá de Kendrick se lo ha llevado a él y al bebé Phyllis a la casa de alguien. Yo y Lisa éramos los únicos niños que quedábamos y nos estábamos cansando de que

durmieras tanto. Así que la tía Dora ha dicho que dejáramos de darle la lata y fuéramos a despertarte. Y por eso hemos venido. —Wesley miró a su madre de arriba abajo—. Estás toda arrugada, mamá. Y será mejor que te vistas. Es prácticamente la hora de comer.

—Prácticamente.

—Sí. Eso he dicho.

Eve estaba pensando en Jordán.

—Hmmm, cariño… ¿has visto a Jordán esta mañana?

Eve casi lamentó la pregunta. Su hijo volvió a adoptar la expresión ceñuda que tantas veces le había visto en los dos últimos días. Pero respondió de todas formas, aunque de mala gana:

—Sí.

—¿Está abajo?

—Estaba, pero se marchó.

—¿Cuándo?

Wesley, sin contestar, se dirigió a la cabecera de la cama y se puso a juguetear con las cosas que había en la mesilla.

Eve dejó a un lado sus preocupaciones respecto a Jordán, respecto al motivo por el que habría evitado la habitación durante toda la noche y ahora parecía haberse ido de casa sin decirle una palabra a ella. En cambio, se puso a estudiar a su hijo, que parecía hallar un enorme interés en el despertador.

Le preguntó en voz baja:

—¿Wes?

Él no se dio la vuelta. Era como si supiera, por su tono, que iba decirle algo que no quería oír. Pero ella lo dijo de todas formas:

—¿Tienes algún… problema con Jordán? —Él siguió jugueteando con el reloj—. Wes. Por favor, vuélvete y mírame.

Sin soltar el despertador, él hizo lo que le decía, de mala gana.

—¿Eh?

—Te he hecho una pregunta. Por favor, respóndeme.

—¿Qué pregunta?

—Te he preguntado si tenías algún tipo de problema con Jordán.

—¿Problema? —Era la imagen en miniatura de la obcecación.

Eve siguió intentándolo.

—Sí. Problema. ¿Sucede algo entre Jordán y tú?

Wesley apartó la mirada y la posó en el reloj que sostenía entre

las manitas.

—Hmmm.

—¿Estás seguro? Actúas como si estuvieras enfadado con él.

El reloj tenía un estuche de cuero que funcionaba como pié. En lugar de responder a su madre, Wesley se puso a abrir y cerrar el estuche.

Lisa, mientras tanto, se había encaramado a la mecedora y estaba balanceándose entusiasmadamente sin dejar de reír.

Eve se dirigió adonde estaba su hija y detuvo el balanceo.

—Más despacio o te hago bajar, ¿entendido?

Lisa asintió.

—Más despacio. Muy bien —y volvió a balancearse con gran decoro.

Eve se volvió otra vez hacia su hijo, que seguía abriendo y cerrando el reloj. Se acercó a él y se lo quitó de las manos. Wesley la miró.

—Mamá… —Su tono era de pura exasperación.

—¿Por qué no quieres hablar de Jordán conmigo? —dijo ella, manteniendo la voz afable y curiosa.

Él se encogió de hombros.

—No sé.

Eve deseó gruñir en voz alta. En aquel tema, al menos, llegar a su hijo era casi tan difícil como llegar al hombre sobre el que estaba tratando de que Wesley hablara. Se obligó a sí misma a insistir.

—Bueno, dado que no lo sabes, deja que te diga que, cuando Jordán te dice que hagas algo, tú le pones mala cara e incluso a veces le dices que no. ¿Por qué lo haces?

Wesley parecía estar escuchando un idioma extranjero, con el rostro fruncido en una mueca de incomprensión.

—¿Que por qué?

—Wesley, me parece que no estamos llegando a ninguna parte. ¿Preferirías que le dijera a Jordán que hablara de esto personalmente contigo?

Él se encogió de hombros.

—No lo hará.

—¿Que no querrá hablar contigo? ¿Eso es lo que quieres decir?

—No sé. ¿Puedo ver ese reloj un poco más? ¿Por favor?

Eve suspiró.

—No. Deja el reloj en paz ahora —lo puso en la mesilla otra vez y decidió dejar por el momento el tema de Wesley y Jordán—. Mira, cariño, voy a darme una ducha rápida.

Eve se preguntó si habría imaginado la sombra de alivio que atravesó el rostro de Wesley.

—¿Podemos esperarte aquí? —le preguntó el niño.

—Si vigilas a tu hermana… y no tocas más el reloj.

—Vale, mamá —dijo él, asintiendo, con expresión tan inocente y dulce que ella deseó estrujarlo y besarlo y expresarle su fogoso amor de madre.

Deseó decirle que Jordán no lo abandonaría nunca como había hecho su padre.

Pero, dadas las circunstancias, ¿cómo podía una madre responsable hacerle una promesa tal a su hijo? Las cosas seguían estando en el aire entre Jordán y ella. No podía asegurarle con absoluta convicción que podrían resolver sus dificultades.

Y, pensándolo bien, aquélla tampoco era una promesa que le correspondiera hacer a ella, sino a Jordán.

* * *

El tío abuelo Niles estaba en su puesto usual en la cocina, cortando lonchas de pavo asado para hacer sándwiches, cuando Eve y los niños bajaron. Alma y Dora estaban sentadas en la gran mesa del jardín de invierno. Lisa se dirigió como una flecha hacia Alma. Eve se quedó un momento mirando a su hijo mientras el niño se acercaba a la mesa, donde las fichas de dominó estaban instaladas casi permanentemente. Se puso a hacer carreteras y edificios con ellas.

Eve se dio cuenta de que todo el mundo parecía muy callado. ¿Y no se percibía una cierta tensión en aquel silencio?

Dejó escapar una risilla nerviosa.

—Creo que he dormido demasiado.

—Tonterías. —Dora se puso repentinamente en acción—. Es imposible dormir demasiado cuando se está de luna de miel. Siéntate inmediatamente. Niles, ponle una buena taza de café a esta niña.

Eve sentía crecer su aprensión por instantes. Dora estaba actuando con un desenfado claramente excesivo.

—Ya puedo servirme yo…

—Nada, nada. —Dora palmeó el respaldo de la silla que acababa de sacar—. Tú te sientas. Niles ya te tiene todo preparado. —Dora cogió la taza de manos de su marido—. Gracias, querido —la mujer mayor esperó a que Eve se hubiera sentado antes de plantarle la taza delante—. Y ahora. ¿Qué te apetece? ¿Desayuno o almuerzo?

—Almuerzo mismo. Uno de esos sándwiches que estás preparando, tío Niles, si no hay inconveniente.

—Ahora mismo te lo pongo.

Eve se llevó el café a los labios mientras Alma y Dora la miraban afectuosamente… y un poco ansiosamente, le dio la impresión. Mientras les devolvía la sonrisa, Eve se convenció definitivamente de que todo el mundo se había enterado de que la esposa de Jordán había pasado la noche sola.

Un arrebol de azoramiento tiñó sus mejillas. Hizo un esfuerzo por dominarlo.

—Qué bueno está este café.

—Niles acababa de hacer una cafetera.

Eve miró a su alrededor.

—Wesley me ha dicho que la mitad de la casa se ha marchado.

Dora se lanzó a dar explicaciones:

—Sí, eso es. Denise… mi segunda hija… está confeccionando el árbol genealógico de la familia, y quería que Carla le echara un vistazo. Y Nancy ha decidido acompañarla y se ha llevado a Kendrick y a Phyllis.

—¿Y Matt y Jordán? —Eve trató de mantener un tono de voz liviano… e ignorar el rápido intercambio de miradas entre las dos hermanas.

El tío abuelo Niles respondió:

—Hoy es un día importante para el rugby universitario. Y Reggie Jr, el mayor de Blanche, tiene una pantalla gigante de televisión.

—Ah. —Eve dejó escapar una risa forzada—. Rugby. Tenía que haberlo imaginado.

—Jordán me ha dicho que no me olvide de decirte que estaría de vuelta a eso de las cuatro —dijo Alma.

—¿Sí? —Eve se dio cuenta de que su voz había sonado ridículamente esperanzada.

—Sí. —Alma, quien estaba teniendo dificultades en impedir que la inquieta Lisa se le cayera de los brazos, consiguió lanzarle a Eve una sonrisa de aliento.

Eve se obligó a devolverle la sonrisa. Lo que quiera que le estuviera pasando a Jordán no podía ser tan grave, ¿no? Al menos, se había acordado de dejar un mensaje para ella. Entonces cayó en la cuenta de que el mensaje debía ser parte de la farsa, un gesto destinado a su familia.

El tío abuelo Niles dejó un sándwich delante de ella. Eve trató de sonreír.

—Muchas gracias. Tiene una pinta deliciosa.

* * *

Louise se pasó a eso de la una.

—Hola a todo el mundo. Sólo vengo a saludar. No puedo quedarme más que un minuto. Tengo que ir corriendo a casa a preparar la cena de esta noche. Y además, tengo un montón de ropa de los niños por lavar. Tengo entendido que los chicos están todos donde Reggie. Kevin está allí también. Aparecerá a eso de las seis y empezará a pedir la cena. En eso se resume todo, a fin de cuentas: la colada, el rugby y el pollo… estás muy callada, Eve. ¿Te ocurre algo?

—No, estoy perfectamente.

—Ah. Ya caigo. Estás mohína porque Jordán se ha ido con los chicos.

—No estoy mohína, Louise.

—Vamos, vamos. No tienes por qué picarte… todo marcha bien entre vosotros dos, ¿verdad? ¿Acaso detecto signos de que los recién casados han tenido una peleíta?

—Claro que no.

Louise agitó un dedo y canturreó alegremente:

—Pareces a la defensiva…

Estaban todos sentados a la mesa. Eve se preguntó qué haría la querida Louise si saltaba sobre ella y la agarraba por el gaznate

hasta que se callara de una condenada vez.

En aquel momento, Dora, que estaba jugando con Wesley y las fichas de dominó, sugirió en tono ecuánime:

—Louise, no deberías estar tan celosa de la felicidad de Jordán y Eve. No te sienta nada bien.

Louise se puso como un tomate.

—¿Celosa? Yo no estoy celosa…

Dora sonrió.

—Bueno, muy bien. Me alegro.

Desde la cocina, Niles preguntó:

—Louise, ¿eres tú la que le pone nueces al pollo asado?

Louise suspiró con expresión de mártir.

—No, ésa es mi madre. En serio, es incapaz de no echarle cualquier cosa a una receta que está perfecta como está. Pero, bueno, ya sabéis cómo es mi madre.

Y se lanzó a perorar sobre su segundo tema preferido después del referente a lo poco que la apreciaba su marido tras veinte años de casados.

Eve asintió y sonrió, y sintió ganas de abrazar a Dora y a Niles, quienes habían saltado en su ayuda en cuanto la entrometida de Louise se había aproximado demasiado a la verdad.

Louise se marchó podo después de las tres, en el preciso momento en que Nancy, Carla, Kendrick y Phyllis regresaban. Carla anunció entonces que quería llevar a Kendrick y a Wesley a un sitio llamado el Circo de la Diversión, una especie de pizzería gigante que ofrecía todo tipo de espectáculos y entretenimientos para niños.

Eve, tratando de dominar el desánimo que la invadía por momentos, decidió acompañarlos con Lisa. Entonces Nancy dijo que iría también, llevándose a Phyllis. Se montaron todos en la ranchera de Dora y se pusieron en marcha hacia la otra punta del pueblo.

El Circo de la Diversión era un lugar ruidoso y abarrotado, lo cual le vino bien a Eve. Todo aquel ruido y confusión le impedían seguir pensando obsesivamente en Jordán y en qué estaría haciendo en aquel instante. Estaba demasiado ocupada vigilando a Lisa y Wesley.

A eso de las cinco, Nancy sugirió que quizás sería mejor dar de comer a los niños antes de volver. Eve, dispuesta a no pensar en Jordán y en si habría llegado ya a casa de Dora, declaró que le

parecía una buena idea.

Eran cera de las ocho cuando llegaron a la casa. Nancy y Eve se dirigieron inmediatamente escaleras arriba con cuatro niños muertos de sueño y cansancio. Eve acostó a Wesley y a Lisa, les dio un beso de buenas noches y se quedó mirándolos un instante desde la puerta antes de pagar la luz. Sonrió. Se habían quedado dormidos los dos.

Salió de la habitación andando hacia atrás antes de cerrar la puerta… y chocó con Jordán.

—¡Epa! —susurró él en su oído, riendo entre dientes.

Aquel sonido la caldeó hasta la punta de los dedos de los pies. Tuvo que apoyarse en él, y lo sintió pegado a su cuerpo, grande, duro y fuerte.

Pero en aquel momento se acordó de lo disgustada que estaba con él. Giró sobre sí misma y lo empujó:

—Chissst. Están dormidos.

—Lo siento —al menos, tuvo el detalle de parecer avergonzado —. Había subido a darles las buenas noches.

—Bueno, pues llegas tarde.

—Ya lo veo. Estás enfadada.

—¿Enfadada? ¿Por qué demonios iba a estar enfadada? —Lo miró de arriba abajo; parecía relajado y de buen humor, como si no hubiera ocurrido nada—. ¿Te lo has pasado bien esta tarde? —La pregunta rezumaba sarcasmo.

Jordán sonrió irónicamente.

—Nada como un día con los chicos… unas cervecitas, un buen partido o dos por la tele, y un hombre se siente capaz de afrontar cualquier cosa… hasta a una esposa hostil… —Sus ojos chispeaban.

Eve hizo rechinar los dientes.

—Bah, déjate de estupideces. No estamos más que nosotros dos, así que no hace falta que sigas actuando.

En aquel preciso instante, Kendrick salió del cuarto de baño principal. Pasó junto a ellos, sin ni siquiera mirarlos, de camino hacia el pequeño estudio del final del pasillo, donde tenía instalada una pequeña cama plegable.

—Vamos a nuestra habitación —dijo Eve, pasando junto a Jordán.

No se volvió para ver si la estaba siguiendo. Por lo que a ella

concernía, más valía que la siguiera.

Aparentemente, Jordán se había dado cuenta de que esta vez no tenía posible escapatoria. Entró tras ella en la habitación, encendió la luz y cerró la puerta.

Eve se volvió hacia él.

—Te has largado sin ni siquiera decirme adonde ibas.

—Le dejé un mensaje a Alma.

—Por Alma, no por mí.

—Oh, venga, Eve —cruzó los brazos—. Si tantas ganas tenías de verme, ¿por qué no estabas aquí cuando he llegado?

—Tarde o temprano, hasta una recién casada se harta de pasarse el día esperando.

Jordán apartó la vista, y luego volvió a mirarla de nuevo a los ojos.

—De acuerdo, entonces —razonó él—. Me largué sin avisarte, y tú no estabas cuando yo llegué. Estamos empatados.

Eve alzó las manos.

—Sí, claro. Empatados.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Acaso no te parece que estemos empatados?

—¿Qué me dices del pequeño detalle de dónde has dormido esta noche?

—¿Qué pasa con eso? Me estiré en el sofá de abajo y debí de quedarme dormido.

—¿Y esperas que me lo crea?

—Lo creas o no, es lo que ha ocurrido.

—¿Me vas a decir ahora que tenías plena intención de volver aquí?

—Te digo que me quedé dormido en el sofá y no me desperté hasta la mañana.

Eve deseó agarrarlo y zarandearlo. Pero sabía que no era probable que sirviera para nada. Prosiguió con el siguiente tema:

—He estado recibiendo miradas conmiserativas todo el condenado día. ¿Saben Alma y Dora que has dormido en el sofá?

Él se encogió de hombros.

—Me desperté pasadas las siete y me encontré al tío Niles encima de mí, con expresión azorada y una taza de café en la mano, así que sospecho que sí, que lo saben.

Eve lo miró con indignación.

—Para alguien que ha hecho lo imposible por convencer a su familia de que es un dichoso recién casado, pareces de lo más despreocupado ante el hecho de que todo el mundo se haya enterado de que has pasado la noche en el sofá.

Jordán se pensó aquello un instante y luego dijo, racionalizando:

—Los recién casados a veces discuten. No creo que sea para tanto.

—¿No, verdad?

—Tranquilízate, cariño.

El uso de aquel apelativo le dio ganas de ponerse a chillar.

—Mira. Estamos solos. Así que no me vengas con lo de «cariño». No quiero que uses el término en privado hasta que no hayamos aclarado todo este embrollo.

Una sonrisa irritante curvó las comisuras de los labios de Jordán.

—De acuerdo, cariño.

Ella intentó seguir mirándolo furiosamente, pero se sintió incapaz de producirle la menor impresión. Mientras lo miraba, se dio cuenta de que llevaba ropa diferente de la que había llevado el día anterior. Y aquello, curiosamente, la puso aún más fuera de sí.

Señaló sus pantalones y su suéter.

—Te has cambiado de ropa —lo acusó.

—¿Hay alguna ley en contra?

—Claro que no. Pero me gustaría saber si entraste subrepticiamente en la habitación mientras yo dormía para ducharte y cambiarte de ropa. ¿Lo hiciste?

—No, lo hice al llegar de casa de Reggie. ¿Por qué? ¿Acaso importa?

Ella no dijo nada durante un momento. Luego se sentó en la cama, dándose cuenta de que su hostilidad no la estaba llevando a ninguna parte y descubriendo que ahora se sentía estúpida y desinflada.

—No. Supongo que no. Supongo que no importa lo más mínimo. —Eve se miró las manos y luego alzó la vista otra vez hacia él—. ¿Podríamos poner fin a este… picoteo, por favor?

Su expresión de derrota pareció afectarlo hasta donde su beligerancia anterior no lo había hecho. Su mirada era firme,

aunque reflejaba un cierto recelo.

—Muy bien.

—¿Podemos hablar sinceramente?

—Me parece bien.

—¿Podrías decirme por qué no viniste a dormir anoche?

Él habló en tono tranquilo.

—Porque necesitaba tiempo para pensar. A solas.

—¿Sobre qué?

—Sobre si debíamos o no poner fin a todo este lío demencial y decirle a todo el mundo la verdad de una vez por todas.

—¿Y?

Jordán se frotó los ojos, con gesto súbitamente cansado.

—Y luego me puse a pensar en mi abuela ayer, sosteniendo a Lisa en brazos y cantándole esa canción que me cantaba a mí de pequeño. Y me di cuenta de que iba a seguir con esto hasta el final, como fuera. Hemos hecho feliz a esta mujer, Eve. Sólo quiero dejarla disfrutar de eso, ¿de acuerdo?

Ella tragó saliva.

—Pero si vamos a casarnos en cualquier caso…

Él apartó la mirada.

—Mira. Vamos a dejar eso, ¿vale? Hicimos un trato. Nada de conversaciones profundas y significativas hasta que esta… farsa no haya terminado.

—Pero…

—Déjalo —su voz era inexpresiva.

Eve deseó estrangularlo… por rechazarla, por cerrarle su corazón y su mente. Se había marchado tranquilamente y se había armado emocionalmente contra ella.

—Venga —dijo él—. Vamos a bajar. El tío abuelo Niles está tratando de organizar una partida de canasta —le tendió la mano a Eve.

Ella se la tomó, sintiendo sus dedos cerrarse en torno a los suyos y recordándose a sí misma que, a fin de cuentas, habían recorrido un largo camino.

Capítulo 9

Estuvieron jugando a la canasta hasta la media noche. Y luego subieron juntos a compartir la cama doble como habían hecho la primera noche: el uno junto al otro, pero a miles de kilómetros de distancia. Para Eve, fue una noche insomne.

Por la mañana, se mostraron deliberadamente corteses y precavidos el uno con el otro a la hora de hacer turnos para entrar en el cuarto de baño. Luego, a lo largo de todo el día, Jordán actuó de forma escrupulosamente tierna y afectuosa con ella delante de su familia.

También se mostró amable y razonable cuando se quedaron a solas. Pero Eve podía sentir su distanciamiento emocional de ella, como una corriente de aire frío en una habitación bañada por el sol. Eve hizo lo posible por pasar las horas, poniendo la mejor cara y tratando de ocultar las emociones que la desgarraban interiormente.

Louise se pasó a eso de la una, como el día anterior, y estuvo una hora seguida hablando sin parar. Eve escuchó y trató de parecer relajada y feliz. Estuvo todo el tiempo preocupada de que Louise le preguntara qué le pasaba. Pero Jordán estaba allí, así que todo funcionó bastante bien. Él sabía muy bien la amenaza que suponía su entrometida prima para su farsa. Se mantuvo todo el rato junto a Eve durante la visita de Louise, tan atento y cariñoso que Louise estaba verde de envidia cuando se marchó.

Era casi la hora de la cena cuando Nancy reveló la gran sorpresa.

—Vosotros dos, subid a arreglaros. Matt y yo os vamos a llevar a

los casinos del Stateline esta noche. Es nuestro regalo de bodas. Una noche en la ciudad.

Eve, sintiéndose culpable por aceptar otro inmerecido regalo de boda más, trató de rechazarlo.

—Oh, Nancy. Es una idea maravillosa por vuestra parte. Pero Wesley y Lisa…

Carla intervino inmediatamente.

—Yo soy la niñera, y mamá me ayudará.

Dora asintió:

—Eso es.

—Y yo también echaré una mano —dijo Alma—. Y Niles. Estoy segura de que, entre todos, podremos arreglárnoslas con cuatro chiquillos hasta la hora de acostarlos.

Eve experimentó una extraña tensión en la garganta al darse cuenta de lo fácil que le había resultado cogerles cariño a todos, y en lo duro que sería para ella no volver a verlos nunca. De alguna forma, tras unos pocos días de fingir que eran su familia, se habían convertido realmente en sus parientes. Ahora, si las cosas no funcionaban entre Jordán y ella, la pérdida sería doble. Lo perdería a él y perdería a aquella familia que la había tratado con estima y afecto desde el primer momento.

Eve se dio cuenta de que la estaban mirando todos, esperando a que aceptara. Eve deshizo el nudo que sentía en la garganta y miró a Jordán.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no hay mucho que podamos hacer, cariño. Nos van a obligar a pasárnoslo bien —su voz vibraba de calidez y humor; ¿era ella la única que percibía lo distante de su mirada?

* * *

A pesar de todo, Eve sentía crecer la anticipación mientras sacaba el vestido que no había pensado que llegaría a ponerse en ningún momento: el vestido de noche negro sin hombros que Jordán había admirado pródigamente la última vez que se lo había puesto.

* * *

Cuanto más pensaba en salir, más le apetecía la idea. Una noche en la ciudad no resolvería nada, por supuesto. Pero al menos sería una distracción. Sin duda, regresarían muy tarde, lo cual significaría menos tiempo para estar tumbados el uno junto al otro.

Canturreando entre dientes, Eve se duchó y se puso la ropa interior de satén y encaje que hacía juego con el vestido de noche. Luego se puso la bata y se sentó ante el espejo de la cómoda del dormitorio para maquillarse.

—¿Eve? —Jordán la llamó desde el otro lado de la puerta.

—Está abierta.

Él entró y se quedó detrás, consiguiendo de alguna forma hacer contacto ocular con ella a través del espejo sin mirarla realmente.

—¿Has terminado en el baño?

—Sí. Puedes entrar.

Jordán se acercó al armario y sacó una bolsa para trajes y unos zapatos. Tras coger también ropa interior y calcetines del cajón, desapareció en el cuarto de baño. Eve terminó de maquillarse, se cepilló el pelo y se puso los pendientes de diamantes que habían sido de su abuela. Estaba tratando de subirse la cremallera del vestido cuando Jordán salió otra vez del baño.

Se quedó inmóvil un momento, mirándola. Y ella lo miró a su vez, pensando que iba a partírsele el corazón. Estaba guapísimo.

Jordán, por su parte, era incapaz de apartar la mirada de Eve. El vestido negro se aferraba a sus curvas, enfatizando la esbeltez de su cintura y la tentadora plenitud de sus pechos. Sus labios eran suaves, y sus ojos aguamarina chispeaban de excitación. Poseía un hechizo especial, el hechizo de una mujer dispuesta a pasárselo bien.

—¿Jordán? —inquirió ella desde el otro lado de la habitación.

Él se aclaró la garganta, pero su voz sonó ronca.

—Sabía que traerías ese vestido. Se suponía que tenías que llevarlo la noche de mi cena con Mort y Melba Blecker. ¿Recuerdas?

—¿Cómo te fue con los Blecker, por cierto? —dijo ella, procurando usar un tono desenfadado, porque sabía que era lo que Jordán deseaba.

—Muy bien. Fue muy bien. Era justo lo que estaban buscando.

—Bueno, me alegro de oírlo.

Sonó como lo que era: una banalidad. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Banalidades era lo único que le estaba permitido compartir con él… hasta el día siguiente.

* * *

La noche resplandecía.

Las estrellas brillaban sobre el Tahoe Rim, y la nieve que cubría el escarpado monte Tallac relucía bajo la luz de la luna. Desde su sitio en el asiento trasero, Eve miraba por la ventana e imaginaba que todo el valle del Tahoe les daba la bienvenida al corazón de la oscuridad.

Cuando llegaron a South Shore, descubrieron que las tiendas estaban todas iluminadas con diminutas luces blancas a lo largo del Lake Tahoe Boulevard.

—Las ponemos por las fiestas de Acción de Gracias —les dijeron Matt y Nancy cuando les preguntaron si siempre estaba todo así de iluminado.

Tomaron una magnífica cena italiana en un restaurante de la Emerald Bay Road. Matt pidió dos botellas de vino y no dejó de brindar.

Naturalmente, tuvieron que beber con cada uno de los brindis. Cuando llegaron al segundo plato, la noche brillaba ya más aún que antes.

Jordán, sentado a la izquierda de Eve en la mesa cuadrada, parecía ir soltándose cada vez más a medida que la cena progresaba. Se diera cuenta o no, estaba bajando la guardia, disfrutando una vez más de su papel de recién casado encandilado y superando los límites del afecto y la amabilidad… para regocijo de Eve.

Le cogió la mano y se la besó una vez, por ninguna razón que a ella se le ocurriera. Ni ganas. Por ella, podía besarla todo lo que quisiera. Le encantaba; siempre le había encantado. Los ojos de Jordán brillaban por encima del reborde de la copa cada vez que Matt hacía un brindis. En más de una ocasión, sus piernas se

rozaron.

Nancy mencionó que nunca había visto a dos personas más enamoradas que Jordán y su esposa, y luego ella y Matt se cogieron de la mano y se lanzaron una mirada profunda y sentimental.

El vino le soltó un poco la lengua a Nancy.

—Ya no hay problema en que os diga, ahora que se os ve tan bien, que nos habéis tenido a todos un poco preocupados desde ayer.

Jordán enarcó una ceja, mirando a la esposa de su primo.

—Desde que el tío Niles me descubrió durmiendo en el sofá, ¿no es eso?

Nancy miró apresivamente de Eve a Jordán.

—Err, sí. Eso es.

Eve, sintiendo que la ansiedad que la noche había borrado hacía de nuevo acto de presencia, miró a Jordán. En respuesta, él se limitó a cogerle la mano, darle la vuelta y besarle la palma. Sus labios eran maravillosamente tiernos y su aliento, cálido y suave.

Eve suspiró, sin importarle que Nancy y Matt la oyeran. Recordó que Matt le había besado así la palma aquella noche en la playa, cuando le había propuesto matrimonio… y ella se la había besado a él la noche en que lo había forzado a aceptar el anillo que le había comprado.

Jordán la miró a los ojos.

—No era nada importante, ¿verdad, cariño? Una discusión nimia que se nos fue de las manos.

Por un instante, ella sintió una presión en el pecho. ¿Cómo podía decir aquello, llamar nimia a su declaración de amor y compromiso? Pero luego se relajó. ¿Qué otra cosa podía decir sin contar más mentiras o despertar más sospechas?

Ella le ofreció una sonrisa trémula.

—Lo resolvimos. Eso es lo que importa.

Jordán se inclinó hacia ella. Sus labios rozaron suavemente sus manos entrelazadas.

Matt y Nancy se los quedaron mirando un momento con indulgencia; luego Nancy propuso un brindis:

—Por Eve y Jordán. Que nunca perdáis la magia que habéis hallado. Y que resolváis siempre vuestros problemas juntos.

Alzaron sus copas. Eve grabó el momento en su memoria: el

suave resplandor de las velas, el oscuro temblor del vino en las copas, la aterciopelada rosa roja que se erguía en el centro de la mesa. Y lo mejor de todo: Jordán, sonriendo de aquella forma que ella adoraba, mirándola con deseo y ternura en los ojos.

Después de cenar, fueron al Stateline. Estuvieron jugando en el
Harvey's
y en el
Caesar's
y llegaron a tiempo del espectáculo en el
Harrah's
South Shore Room. Eve se entregó al brillo y el esplendor de la noche y Jordán pareció hacer exactamente lo mismo.

El vino que habían tomado en la cena los tenía sumidos en un resplandor rosado. El champán que bebieron en los casinos y antes del espectáculo, impidió que aquel resplandor se apagara. Nancy y Matt no dejaban de animar a los recién casados a que se dejaran llevar; era su noche especial, ninguno de los dos iba a conducir, podían relajarse por completo.

Fuera, la noche era fría y silenciosa, como si los esperara. Una vez, cuando salieron de un casino para ir al siguiente andando, Eve se detuvo en la acera, arropándose con el cálido abrigo, y alzó la mirada a lo alto. Allí, entre las luces artificiales, las estrellas no brillaban como arriba en la montaña.

—Deprisa, cariño. Vamos dentro, al calor. —Jordán tiró de ella hacia el siguiente casino, donde todo era calor y luz, excitación y júbilo.

Cuanto más giraba el torbellino mágico, menos deseaba Eve que se detuviera. Pero incluso ella comenzó a flaquear un poco a partir de la medianoche. A las dos, cuando Jordán y ella se subieron finalmente al asiento trasero del coche, Eve se dio cuenta de que ya estaba dispuesta a dar por finalizada la velada.

Los efectos del champán perduraban aún, haciendo que se sintiera relajada y placenteramente mareada. Y cuando Jordán la hizo acomodar la cabeza en su hombro, ella sonrió mientras sentía la textura áspera de su abrigo.

—¿Cómoda?

—Hmmm —sintió sus labios, fríos del aire nocturno, en la frente, y su mano enguantada acariciándole el pelo.

Lo siguiente que notó fue aire frío en las piernas y en el rostro. Levantó los pesados párpados y vio la fachada amarilla y amistosa de la casa de Dora.

—¿Hemos llegado? —Su propia voz le sonaba somnolienta, apacible y satisfecha; y luego, soltó una risita:

—¡Jordán!

—Rodéame el cuello con los brazos.

Ella no discutió. Jordán la tomó en brazos, cerró la portezuela con el pie y la llevó hasta las escaleras. Matt y Nancy, riendo entre ellos, los seguían a pocos pasos.

En la puerta se produjo un breve momento de confusión; Jordán se apartó para que Nancy pudiera abrir con su llave. Eve le dijo a Jordán que ya podía dejarla en el suelo.

—¿Por qué no te limitas a disfrutar del viaje?

Eve dejó escapar otra risita, sintiéndose tonta y mareada, y gozando enormemente de la situación. Los brazos que la sostenían la apretaron con más fuerza. Ella alzó la mirada y contuvo el aliento al ver el inconfundible fuego en su mirada. La boca de Jordán se torció en una lenta sonrisa.

Y Eve supo lo que iba a suceder en cuanto se quedaran solos.

—Ya está —dijo Nancy en aquel momento, y abrió la puerta.

Jordán atravesó el umbral con Eve en brazos. Hubo un revuelo de «buenas noches» y «gracias». Y un instante después Jordán la llevaba escaleras arriba, hacia la habitación que compartían.

Jordán entró en la habitación y cerró la puerta con el pie, como había hecho antes con la del coche. La llevó hasta la cama y la dejó en el suelo. Eve sintió las piernas como de goma.

Jordán se rió y la sujetó desde atrás, de modo que sus manos se posaron sobre sus hombros, y ella apoyó la espalda contra su cuerpo.

—¿Demasiado champán? —murmuró él contra su oído.

Ella sacudió la cabeza. Antes, durante aquel momento mágico en el umbral, cualquier resto de mareo se había desvanecido.

—Bien —dijo él, posando los labios en su garganta.

Eve gimió un poco y echó hacia atrás la cabeza, arqueando el cuello para él, ofreciéndoselo abiertamente para que se lo besara y acariciara como desease. Él trazó un sendero de dulces besos desde su cuello a su oído mientras la acariciaba con la mano enguantada

por donde la iba besando. Se estremeció un poco y se frotó contra él, deseosa de más.

Pero Jordán no estaba dispuesto a apresurarse. Le abrió el abrigo, y lo hizo resbalar por sus hombros y sus brazos abajo. Eve esperó, sintiendo cada latido del corazón, el profundo palpitar del deseo, la avidez por lo que iba a suceder.

Jordán se acercó al costado de la cama y encendió la luz de la mesilla. La luz bañó el dormitorio en un débil resplandor. Los ojos de Jordán parecían aún más profundos y oscuros cuando los dirigió hacia ella, que esperaba algún signo por su parte al otro lado de la cama, sin decir palabra.

—¿Sigues tomando la píldora?

—Sí —dejó que su boca se curvara en una sonrisilla—. Soy una optimista. También he traído el camisón negro, por si acaso.

Vio la leve sonrisa que apareció en los labios de Jordán al responder.

—Recuerdo ese camisón. Pero dudo que vayamos a necesitarlo esta noche.

—¿Ah, no?

—No, no vamos a necesitarlo.

Se produjo un silencio suave y contenido. Jordán la contempló al resplandor suave de la lámpara. Luego, lentamente, como si se moviera en sueños, Eve se apartó el pelo de los oídos y se quitó los pendientes de diamantes.

Se dio la vuelta, sintiendo los ojos de Jordán clavados en ella, y se acercó a la cómoda. Había un platito de porcelana, donde dejó los pendientes. Hicieron un ruido alegre que resonó en el silencio de la habitación.

No se movió de allí; esperó. Y oyó aproximarse a Jordán. Un instante después, estaba de nuevo tras ella.

Jordán deslizó las manos por sus brazos en un susurro de caricia. Ella sintió que le ardía la piel allá por donde la había tocado. Sus manos se unieron sobre sus hombros, extendiéndose en el punto de encuentro de sus clavículas. Eve sintió sus pulgares en los omoplatos, justo encima de la cremallera del vestido.

Jordán le bajó el vestido y la combinación por delante hasta la cintura. Ella contuvo el aliento.

Súbitamente, experimentó aprensión ante la inminente

intimidad. Susurró su nombre:

—¿Jordán?

—Chisst, cariño. No te preocupes. Estamos solos tú y yo, juntos los dos…

—Oh, Jordán…

—Esto es lo que he estado deseando hacer —susurró él ardientemente en su oído—, todas estas condenadas noches, desde que pusiste fin a lo nuestro. Acariciarte de nuevo, amarte otra vez…

Ella gimió, mientras su mente murmuraba Sí, Jordán. Oh, sí, pero estaba demasiado abrumada por las sensaciones para convertir en palabras sus pensamientos.

Entonces la alzó en vilo, como había hecho al traerla desde el coche y, en dos zancadas, la llevó hasta la cama.

Suspirando, ella se acabó de desnudar y alzó los brazos por encima de su cabeza y se estiró, tumbada sobre la cama. Jordán la miró con ojos turbios de deseo.

Un momento después comenzó a desvestirse con una fría eficiencia desmentida por el ardor de su mirada.

Y se irguió ante ella, desnudo también. Su gran cuerpo, iluminado por el resplandor de la lamparilla, era duro y musculoso. Era magnífico: el hombre que ella amaba, el hombre que ella deseaba.

Jordán sonrió. Le devolvió la sonrisa, alzando los brazos. Se tumbó a su lado y comenzó a acariciarla y excitarla de nuevo. Pero esta vez ella respondió a caricia con caricia, a beso con beso, ávidamente, ansiosamente.

Capítulo 10

Jordán cambió de postura en la cama, poniéndose un poco más cómodo.

Eve yacía, dulce y saciada, junto a él. Su cabeza descansaba sobre su brazo, y su pelo se esparcía sobre su hombro, suave como la seda.

Segundos antes, había alargado la mano para apagar la luz. Ahora la habitación estaba sumida en las sombras. La luna había dejado de verse por la ventana mucho antes de que ellos regresaran de South Shore.

Sentía el cuerpo profundamente en paz. Su necesidad física de ella había quedado satisfecha, después de mucho tiempo. Por el momento.

Alzó la vista en la oscuridad, reconociéndose a sí mismo que lo inevitable había ocurrido. Habían hecho el amor. Ahora tendría que hacer frente a lo que ya había sabido que iba a ocurrir en cuanto la hubiera estrechado contra su cuerpo otra vez: no iba a ser capaz de separarse de ella, al menos de una forma permanente. De alguna forma, había pasado a formar parte de él. Y abandonarla sería como cortarse por la mitad.

—¿Jordán? —Su voz sonaba bajito, titubeante.

—¿Hmmm?

—¿Estás… bien?

Él giró la cabeza, para mirar hacia la pared. Maldita fuera. Siempre se daba cuenta, no se le escapaba nada…

—¿Jordán?

—Sí, estoy perfectamente.

Eve se quedó callada un momento, suspirando un poco y pegando más su cuerpo suave y sensual contra el suyo. Pero Jordán sabía que no iba a quedarse en silencio mucho rato. Podía sentir su lucha interior, sus esfuerzos por buscar la forma de elaborar sus preguntas para que él pudiera responderlas sin eludirlas otra vez.

Decidió que más valía que la ayudara. De todas maneras, todo era ya bastante inevitable. No tenía sentido seguir manteniéndola en vilo.

Le alisó el pelo y posó un leve beso en su sien.

—De acuerdo, cariño. ¿Qué te preocupa?

Ella dejó escapar un leve sonido gutural.

—Oh, Jordán —se recostó en un codo y se incorporó para poder verlo lo mejor posible en la oscuridad—. Sé que acordamos no hablar hasta mañana por la noche, pero…

—¿Pero qué?

—Yo, bueno… ahora que ha ocurrido esto, me preguntaba si…

Lo estaba pasando tan mal, que Jordán no pudo soportarlo más. Quiso ponerle fin. Se movió, cambiando de postura lo suficiente como para rozarle los labios en un beso. Luego se estiró de nuevo y entrelazó los dedos en la nuca.

—No te preocupes. Nos casaremos.

La oyó soltar un respingo.

—¿Sí? —Se inclinó sobre él, mirándolo a los ojos, con la nariz prácticamente pegada a la suya como si creyera no haber oído bien.

Él se rió entre dientes.

—Tú dijiste que estabas dispuesta.

—Bueno, lo estoy. Desde luego que lo estoy. Pero tú…

—¿Yo qué?

—Dijiste que querías esperar. No querías hablar de ello hasta el domingo.

—Esto cambia las cosas. Tú misma lo has dicho. Nos casaremos en cuanto podamos. ¿De acuerdo?

—Sí.

Ella le besó la nariz, luego volvió a tumbarse a su lado. Jordán sabía lo que pasaba por su mente: deseaba más. Deseaba tiernas expresiones de amor imperecedero. Anhelaba todas las amorosas promesas que le había él ofrecido aquella noche en la playa.

Pero las cosas habían sido diferentes aquella noche. Eve no le había negado nunca nada aún, y la idea de que pudiera perderla ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Muchas cosas habían sucedido desde entonces. Él se había visto obligado a afrontar el hecho de que podía perderla. De hecho, la había perdido. Por un tiempo. Y su rechazo le había hecho entender la verdad con la que siempre había vivido: cuando amas demasiado, te arriesgas a sufrir.

Pero, a pesar de aquella verdad que residía en lo más profundo de su ser, se había sentido incapaz de abandonarla. Y ahora iban a casarse, después de todo. Y Jordán se sentía… conquistado, de algún modo. Como si lo hubieran vapuleado de una forma profunda, inexplicable. Hacer una declaración de amor eterno en estas circunstancias le parecía algo así como ensañarse consigo mismo.

—¿Jordán?

—¿Qué?

—¿Estás… bien?

—Igual de bien que cuando me lo has preguntado hace tres minutos.

—Jordán, hay algo que te reconcome.

—Mira. No me digas cómo me siento. He dicho que nos casaremos y nos casaremos.

Se produjo un silencio, un silencio dolorido. Luego ella preguntó:

—¿Y tu familia?

—¿Qué les pasa?

—¿Te importaría que se lo dijéramos?

—¿Decirles qué?

—Que no estamos casados realmente. Pero que lo estaremos muy pronto.

—¿Para qué?

—Porque he empezado cogerles cariño. Me caen muy bien. Y no me gusta mentir, y mucho menos a las personas a las que quiero.

—Maldita sea, Eve —masculló él, conmovido a su pesar.

En cuatro cortos días había construido un vínculo con su familia que, en algunos sentidos, era más fuerte que el que tenía él.

—Por favor, Jordán. Contémosles todo.

Jordán se lo pensó. Pero tuvo que rechazar la propuesta. Habría demasiadas preguntas, demasiadas miradas de preocupación, si contaban la verdad en aquel momento. A sus parientes más entrometidos, como su prima Louise, les daría un ataque de chismorreo salvaje al enterarse de la noticia.

—No —dijo al fin—. Creo que lo mejor es que sigamos como hasta ahora. Se lo diremos después de casarnos y así daremos menos lugar a las dudas respecto a nuestras intenciones.

Eve no dijo nada por un instante.

—De acuerdo —dijo luego.

—Bien.

Pero ella no había terminado.

—Hay otra cosa.

—¿Cuál?

—Wesley. Vas a tener que hablar con él sobre su comportamiento cuando está contigo. Intenté hacerle hablar ayer y no llegamos a ninguna parte. Hizo oídos completamente sordos conmigo. Pero estoy convencida de que necesita estar seguro de que no vas a… abandonarlo como hizo su padre.

Jordán sintió que se le atenazaba el estómago. No se creía muy capaz de conseguir que un crío de cuatro años atribulado se abriera a él. Lo más probable era que metiese la pata en cuanto lo intentara. Pero estaba claro que no le quedaba más remedio que hacerlo.

—De acuerdo. Hablaré con él.

—Gracias.

Jordán percibió el alivio en su voz. Luego, Eve se irguió. Él la miró y contuvo el aliento. La melena leonada le tapaba la mejilla. Sus pechos parecían relucir en la oscuridad, blancos y generosos, invitándolo. La deseó de nuevo.

No le sorprendió. Siempre la deseaba. Era tan abierta, estaba tan llena de vida y de entusiasmo… no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido nunca. Jordán sabía muy bien lo mal que lo había pasado cuando aquel canalla la había abandonado. Pero, de un modo u otro, había conseguido hacerse cargo de sus dos hijos, sacar adelante un negocio y lo más milagroso de todo, no convertirse en una mujer amargada o insensible. No era ninguna ingenua; era una mujer adulta. Sin embargo, era capaz de seguir viendo la vida a

través de los ojos encantados y maravillados de una niña.

Su familia la adoraba. Qué diantres, él también.

Eve se dispuso a bajarse de la cama.

—¿Adonde vas? —Su voz sonó más hosca de lo que había pretendido.

—A ponerme la bata.

—Olvídalo —la cogió del brazo y la atrajo hacia su cuerpo para sentir lo que deseaba sentir: sus pechos suaves aplastados contra su torso.

Eve se resistió, pero no demasiado.

—¿Y esto qué es?

Jordán hundió las manos en su pelo, le sujetó la cabeza y atrajo sus labios hacia los suyos.

—Yo, cariño. Deseándote.

—¿Otra vez? —Su tono era de vibrante júbilo.

—Siempre.

Ella suspiró, lanzando contra él su aliento dulce y suave.

—Tienes razón.

—¿En qué?

—En que no voy a necesitar la bata —dijo ella, soltando una risita picara.

Jordán alzó la cabeza lo suficiente para capturar sus labios. La risita se interrumpió mientras él sentía cómo el cuerpo de Eve se hacía líquido y laxo sobre el suyo.

La besó. Ella le devolvió el beso. Jordán sintió que su deseo crecía por momentos, notaba su hombría palpitante y endurecida.

Hizo descender las manos para que Eve se sentara a horcajadas sobre sus caderas. Su dureza quedó directamente frente a la entrada a su feminidad. Primero lentamente y luego con un embate rápido, penetró profundamente en ella.

Eve dejó escapar un largo suspiro cuando lo sintió entrar.

—Oh, Jordán…

—¿Sí, cariño?

—Te amo, Jordán —lo besó de nuevo.

Comenzaron a moverse juntos, con un ritmo que era lento y profundo, como las corrientes que fluyen bajo la superficie de un mar en calma, invisibles, pero no por ello menos fuertes. Siguieron y siguieron, sin que llegara el final. Jordán se dejó llevar por la

sensación de sentirla rodeándolo.

Le acarició la espalda tersa y suave y, cuando ella se irguió sobre él, le cubrió los pechos con las manos, acariciándoselos. Eve echó hacia atrás la cabeza lánguidamente.

Sus caderas comenzaron a moverse más rápidamente. Jordán supo lo que estaba ocurriendo: estaba alcanzando el clímax. Sonrió al sentirlo. Se movía cada vez con mayor rapidez y dureza, perdida como estaba en un mundo propio de pura sensación, totalmente arrebatada.

La contempló y le encantó lo que veía. Estaba gimiendo y sacudiendo la cabeza, con las caderas alzándose y girando en su sensual búsqueda de la satisfacción final. Finalmente, boqueó y gritó, mientras encontraba lo que había buscado tan denodadamente. Tras lanzar un largo gemido de placer, cayó sobre su pecho con una sonrisa beatífica en los labios.

La abrazó con fuerza. Suavemente al principio, Jordán comenzó a moverse con su propio ritmo. Cuando notó que seguía dispuesta, ofreciéndose a él con dulce abandono, no pudo dominarse por más tiempo. Se movió más rápido hasta perder por completo el control. Ella se dejó llevar con él, urgiéndole, provocándolo aún más, hasta que Jordán arrojó la cabeza sobre los almohadones mientras el clímax lo sacudía salvajemente.

Después de aquello, la mantuvo apretada contra su cuerpo, hasta que notó que los latidos de su corazón descendían un poco, hasta que pudo soportar la idea de aflojar el abrazo.

Finalmente, ella se separó de él suavemente y desapareció un momento en el cuarto de baño.

—¿Eve?

—¿Sí?

Había regresado, como si su mero deseo la hubiera atraído de nuevo a su lado.

—Es tarde —saltó de la cama, tiró de las mantas y volvió a meterse, sosteniéndolas para que ella se metiera también. Eve dejó escapar un risa suave y miró el reloj.

—Vaya si lo es. Las cuatro —se metió junto a él—. Nos arrepentiremos cuando amanezca y los niños vengan a aporrear la puerta.

—Habrá valido la pena.

—Sí —dijo ella suavemente—. Tengo que reconocer que sí.

Jordán la atrajo contra su cuerpo.

Eve se acurrucó contra su cuerpo, suspirando. Jordán le alisó el pelo y le besó el hombro.

El sueño acudió rápido, dulce y profundo.

* * *

Fue una ráfaga de viento que hizo rozar una de las ramas del nogal contra la ventana lo que despertó a Eve. Sus ojos se abrieron. Por un instante, se quedó muy quieta, absorbiéndolo todo, enfocando el mundo.

La luz del exterior, aunque claramente diurna, parecía gris. Aquello significaba que probablemente el cielo estaba cubierto.

Suspiró de satisfacción, pero procuró no hacerlo muy alto. Podía sentir la respiración regular de Jordán contra su pelo.

Siguió tumbada de costado, mirando la mesilla. El reloj anunciaba las nueve pasadas. Era más tarde de lo que ella había pensado. Algún alma bondadosa, Dora o Carla, probablemente, debían haberse hecho cargo de los niños para que ellos pudieran alargar un poco el sueño.

Cuidadosamente, para no despertar al hombre que yacía tan confortablemente abrazado a ella, consiguió zafarse y levantarse de la cama. Jordán dejó escapar un sonido inarticulado y siguió durmiendo. Eve lo tapó suavemente con las sábanas.

Tras sacar ropa limpia, se dirigió de puntillas al cuarto de baño y se duchó y vistió rápidamente. Cuando salió, recorrió silenciosamente la habitación recogiendo del suelo la ropa de la noche anterior. Estaba colgando el vestido en el armario cuando Jordán se despertó.

—Buenos días —dijo con voz somnolienta.

Eve se volvió hacia él, sonriente.

—Buenos días.

Dios, qué guapo estaba, sin afeitar y con aquella cara de dormido. Tuvo ganas de volver a meterse en la cama con él.

Jordán debió leerle la mente.

—¿Por qué no vuelves aquí conmigo? Se está realmente…

calentito.

Ella dejó escapar un risa entre dientes.

—Si hago eso, no saldré nunca de la habitación.

—Hummm. Interesante sugerencia.

—Pero no viable.

—¿Y por qué no?

—Porque tu familia se ha portado como los ángeles. Estuvieron ayer noche cuidando a Wesley y a Lisa y esta mañana también, a juzgar por la hora que es. Son unos santos, te lo juro. Pero hasta la santidad tiene un límite. Y es peligrosamente fácil traspasarlo cuando se trata de dos niños de menos de cinco años.

Jordán puso expresión de pesar, mientras se sentaba en la cama y se rascaba la cabeza.

—Diablos. De acuerdo. Pero ven aquí.

Ella se mostró deliciosamente remisa.

—¿Para?

—Te he dicho que vengas.

Cautelosamente, se acercó. Cuando llegó junto a la cama, Jordán le dijo:

—Agáchate.

El calor agradable de su vientre se convirtió en ardor. No pudo evitar pensar en la noche anterior, en cómo la había acariciado, en cómo lo había tocado ella a él…

Suspirando, ella hizo lo que le decía. Jordán alzó la mano y la cogió dulcemente por la nuca. La besó con indescriptible ternura. Eve sintió que se le derretían los huesos.

Y en aquel momento, justo cuando creía que iba a tener que dejarse caer a su lado y hacer lo que estaba deseando hacer con él, por desconsiderado que fuera para con su familia, él la soltó.

Eve, cuyos ojos se habían entrecerrado sensual y lánguidamente, los abrió de nuevo con brusquedad.

—Eres cruel, Jordán McSwain.

—Sólo quería que supieras lo que estabas perdiéndote.

—Esta noche… —le prometió ella.

—Buenos días —dijo Dora cuando Eve entró en el jardín de invierno.

Un coro de saludos similares se levantó en toda la habitación. Eve sonrió y dio los buenos días a todo el mundo.

—¡Mamá, mamá! —gritó Lisa desde el regazo de Alma.

Eve fue a besarla y se ofreció para cogerla de brazos de la abuela de Jordán.

—No, no hay problema, querida. En serio.

—¿Estás segura?

—Buelita —murmuró Lisa con adoración y le cogió el pulgar a Alma.

Alma sonrió a la niña.

—Completamente segura. Me encanta tenerla así.

—Mamá, ¿estás mala o algo? —le preguntó Wesley.

Ella se agachó para besarlo.

—No, cariño. No estoy mala. Estoy muy bien.

—Te quedas mucho tiempo en la cama últimamente.

Nancy y Matt, quienes estaban desayunando en la mesa, rieron entre dientes al unísono. Nancy dijo:

—Tu mamá estuvo levantada hasta muy tarde ayer noche. Así que ha tenido que quedarse un rato más en la cama para compensar.

Eve miró a Nancy, quien le devolvió una sonrisa irónica. Eve recordó que la noche anterior, Jordán la había subido en brazos delante de Matt y Nancy y se sonrojó.

Pero, incluso en su azoramiento, vio cómo Nancy miraba a Matt y cómo Dora miraba a Niles. Tampoco se le escapó la sonrisa de Carla. A Eve le pareció que estaban todos muy satisfechos de ellos mismos, como si hubieran conseguido un éxito muy gratificante.

Kendrick, que estaba jugando con las fichas de dominó, dijo:

—Vamos, Wesley. Tenemos que construir un hangar para mi avión.

—Oh, genial. —Wesley fue corriendo con Kendrick.

Eve se dirigió a la cafetera de la cocina y se sirvió una taza.

—¿Desayuno? —le preguntó Niles.

—Voy a esperar a Jordán, que bajará enseguida.

—Muy bien.

Eve se llevó la taza a la mesa y se sentó. Miró por la ventana hacia el cielo cubierto.

—Parece que va a nevar.

—Eso ha dicho el hombre del tiempo —afirmó Matt.

—¿Eve, cariño?

Eve miró a Alma.

—¿Hmmm?

—¿Quieres coger a Lisa un momento? Tengo que ir un momentito al baño.

—Naturalmente.

Eve cogió a su hija y volvió a sentarse con ella en brazos. Lentamente, Alma se levantó, ayudándose de su
taca-taca.
Dora se ofreció a ayudarla.

Alma la apartó.

—Ya puedo arreglármelas. No me aturulles, Dory.

—Sólo quería ayudarte.

—Lo sé. Pero estoy bien.

Un poco jadeante, y sin tener aspecto de encontrarse tan bien como decía, Alma se dirigió trabajosamente al baño que estaba al otro lado del vestíbulo que llevaba a las escaleras traseras.

Eve se encontraba a gusto, satisfecha. El fin de semana se acercaba a su final, y el desenlace había sido tal como lo había soñado. Distraídamente, le besó la coronilla a su hijita, y Lisa se rió y se retorció entre sus brazos.

A pesar del cielo gris del exterior, Eve se sentía cálidamente bañada por el sol en el seno de aquella familia que pronto sería su verdadera familia también. Sí, todo había salido a pedir de boca.

Y entonces oyó gritar a Dora.

—¡Jordán! ¿Jordán, qué ocurre?

Jordán estaba de pie en el umbral del vestíbulo que conducía a las escaleras traseras. Su rostro estaba absolutamente blanco, con la excepción del tono azulado que bordeaba su boca.

—Carla —su voz era un gemido—. Carla, tienes que ayudar…

Carla se puso en pie.

—¿Qué ocurre, Jordán? ¿Qué hay?

—Es Alma. Oh, Dios, por favor. No le noto el pulso…

Capítulo 11

Alma estaba tumbada de espaldas ante la puerta del cuarto de baño, sobre el
taca-taca
medio caído.

—Quitad eso de en medio —la voz de Carla sonaba calmada y tranquila. Estaba señalando el
taca-taca.

Jordán se lo separó del cuerpo cuidadosamente a Alma y lo dejó a un lado. Cuando se dio la vuelta, Carla ya se había arrodillado y estaba diciendo por encima del hombro:

—¡Madre, llama a una ambulancia!

Jordán, sintiéndose aturdido y torpe, se apartó para dejar actuar a Carla. Se la quedó mirando mientras ella plantaba ambos puños sobre el pecho de Alma y empujaba con todas sus fuerzas.

Jordán tuvo que apartar la vista. Sabía que Carla estaba haciendo lo correcto, pero habría jurado que acababa de oír el crujido de costillas al quebrarse. Entonces vio a Eve en el umbral del jardín de invierno, con Lisa en brazos y Wesley cogido de la mano.

—¡Llévate a los niños a la parte delantera de la casa! —gritó con más fuerza y aspereza de la necesaria.

—¡No le grites a mi mamá! —El rostro de Wesley estaba desfigurado por la rabia.

—Chisst, vamos, Wesley… —Eve tiró del niño—… la abuela Alma está muy malita.

—¿Buelita? ¿Buelita? —Estaba preguntando Lisa.

Cuánto tiempo estuvo Carla inmersa en su infausta tarea era algo que Jordán no habría sabido decir. Pero finalmente la oyó murmurar:

—Bien. Vamos, Alma. Buena chica.

Jordán se dio la vuelta y miró de nuevo. Carla dijo:

—Le noto el pulso otra vez.

Minutos más tarde, oyeron la sirena acercándose hasta llegar frente a la casa. Los enfermeros entraron a través del garaje, y apartaron a Jordán de en medio.

Se retiró hasta la puerta del jardín de invierno y se quedó allí, cociéndose en su sensación de inutilidad e impotencia. Los enfermeros se pusieron manos a la obra inmediatamente, comprobando los signos vitales de Alma y haciéndole a Carla un millar de preguntas, que ella fue contestando con voz clara y tranquila.

Luego acomodaron a Alma en una camilla y se la llevaron. Jordán les pidió que lo dejaran subir en la ambulancia con ella, pero era mucho más lógico que la acompañara Carla. Al fin y al cabo, no era sólo pariente, sino también auxiliar médico.

Jordán vio las puertas de la ambulancia cerrarse detrás de la camilla. Luego giró sobre sí mismo y se lanzó por las escaleras traseras arriba. Agarró su cartera y las llaves del coche y luego volvió a bajar corriendo, poniéndose el abrigo sin detenerse.

Estaba abriendo la puerta cuando Eve lo llamó desde el arco de la sala de estar.

—¿Jordán, quieres que…?

No la dejó terminar. Se dio la vuelta, le dirigió una mirada dura y severa y dijo:

—Quédate aquí.

—De acuerdo —su voz sonó tranquila y lo miró con firmeza; detrás de ella, Jordán pudo ver a Wesley mirándolo con furia; Eve añadió—: Por favor, conduce con cuidado. La carretera está helada.

—Lo haré —giró sobre sí mismo, subiéndose el cuello del abrigo y salió rápidamente de la casa mientras los primeros copos de nieve caían silenciosamente.

* * *

Jordán se negó a abandonar el hospital en todo aquel día. Carla, que tenía que presentarse en su clínica, tuvo que marcharse a casa. Pero Nancy y Matt se quedaron, al igual que otros miembros de la familia. Aquellos que pudieron, retrasar su salida. Todos querían quedarse allí por si se les necesitaba para algo.

Eve llamó a Rosie.

Su amiga se dio cuenta inmediatamente de que algo no marchaba.

—¿Qué ocurre?

—La abuela de Jordán ha tenido un paro cardíaco.

—¿Está…?

—Aún viva, por el momento.

—Gracias a Dios. ¿Cómo lo lleva Jordán?

—Tan bien como era de esperar, supongo. A decir verdad, apenas he podido hablar con él desde que ha ocurrido. Dentro de un momento me marcho hacia el hospital, así que tendré noticias de primera mano.

—Bueno, olvídate completamente de aquí. Me las estoy arreglando perfectamente. Me encargo de todas las citas… y me lo paso en grande.

Era alentador oír la voz de su amiga, tan normal y cotidiana.

—Vamos. Confiesa que nos echas de menos.

—Bueno, tal vez un poquito…

Eve miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la oía. Luego murmuró, pegando la boca al teléfono:

—Vamos a casarnos, casarnos de verdad, inmediatamente.

—Fantástico —dijo Rosie de todo corazón—. O sea que las cosas han funcionado, después de todo.

Eve respondió:

—Sí, han funcionado.

Pero, de algún modo, sentía aprensión respecto a todo en aquel momento. No estaba segura de por qué. Era algo que había percibido en los ojos de Jordán, en su extraña inexpresividad, cuando la había mirado antes de salir volando hacia la ambulancia. Le había parecido muy distante.

Eve sacudió la cabeza. ¿Cómo iba a estar Jordán, al fin y al cabo? Estaba aterrado respecto a su abuela. Por supuesto que tenía

motivos para estar distanciado de todo lo demás.

—¿Eve? ¿Sigues ahí?

—¿Qué? Ah, sí. Estoy aquí… y tengo que dejarte. Gracias por todo, amiga.

—Sin problema. Mantenme al tanto.

—Lo haré.

Eve colgó en el momento en que Nancy entraba desde el garaje después de su turno en el hospital.

—¿Cómo está? —le preguntó Eve.

—Estable. Consciente y lúcida, pero muy cansada.

—¿Así que realmente va a ponerse bien?

Nancy asintió.

—Sí, eso dicen los médicos.

Eve se dejó caer en el sillón junto al teléfono.

—Gracias a Dios —hizo la otra pregunta que le rondaba por la mente—: ¿Y cómo está Jordán?

Nancy apartó la mirada.

—Ha estado con ella prácticamente todo el rato desde que se fue Carla.

—¿Pero está bien?

—Bueno, claro. Está bien. Sólo que bajo una gran tensión.

Eve dirigió a Nancy una mirada escrutadora.

—Nancy, ¿qué es lo que no me estás diciendo?

Nancy suspiró.

—Oh, no sé. Ya sabes cómo es Jordán. De un modo u otro, nunca deja que la gente se le acerque demasiado.

—Nancy, por favor. Dime lo que estás pensando.

—Bien, cuando he llegado al hospital le he preguntado cómo iban las cosas. Me ha gruñido que se lo preguntase al condenado médico. Y luego, cuando le han dicho que iba a salir adelante, ha dejado escapar un sonido de incredulidad y se ha dado la vuelta. Como si no quisiera pensar siquiera en la posibilidad de que no fuera a perderla. —Nancy cruzó la habitación hasta llegar junto a Eve y le puso una mano en el brazo—. Tal vez si fueras tú…

Eve cogió el coche de Nancy. Debido a la nieve, le costó casi media hora recorrer el trayecto de diez minutos hasta el hospital.

La recepcionista le indicó la sala de espera. Jordán estaba allí sentado, una figura solitaria en una silla de plástico azul. A Eve le

pareció que nunca había visto una imagen más expresiva de la soledad. Jordán la vio nada más entrar. Y frunció el ceño.

A pesar de su expresión hostil, ella tomó asiento a su lado.

—¿Jordán? ¿Qué tal está?

Él la miro con distanciamiento.

—Eve, no hay motivo para que estés aquí. Deberías haberte quedado con los niños.

—Nancy los está cuidando. Estamos turnándonos. Me ha dicho que Alma va a ponerse bien. ¿Es cierto?

—Eso dicen. Me han mandado fuera.

—¿Por qué?

—Querían hacerle unas pruebas, me han dicho. Y la van a llevar a la UVI.

Ella se lo quedó mirando, tratando de entenderle. De entender su extraña forma de hablar, fría y distanciada.

—Jordán, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, Eve —sonaba como un robot.

—Jordán, yo…

—Mira, Eve, te he dicho que estoy bien, y lo estoy. Es mi abuela la que está enferma.

—Pero es que pareces muy…

—Estoy perfectamente —¿podían parecer gélidos unos ojos oscuros?; los de Jordán lo parecían y su tono era glacial—. Y no me apetece hablar ahora, Eve. ¿Entendido? Sólo quiero estar aquí sentado en silencio, esperando a que me dejen entrar otra vez con ella. ¿Puedes aceptarlo, sí o no?

Eve se lo quedó mirando un momento, confusa y dolida. Y entonces se recordó una vez más la gran tensión a la que estaba sometido Jordán.

—De acuerdo. Me quedaré aquí sentada contigo, entonces. En silencio.

—No hace falta.

—Da igual, lo haré.

Y lo hizo, durante más de una hora. Fue una hora de silencio entre Jordán y ella. Finalmente, entró una enfermera y les dijo que Alma estaba durmiendo apaciblemente. Sugirió suavemente que no había nada más que hacer. Pronto oscurecería y, con la tormenta, tal vez sería mejor que se marcharan a casa.

Jordán dijo:

—¿Puedo verla? No la despertaré. Sólo quiero verla, ver que está bien.

La enfermera aceptó de mala gana.

—Sígame, pero le advierto que no se va a dar cuenta de que está usted allí.

—Muy bien —se levantó y siguió a la enfermera.

Eve los siguió silenciosamente. Deseaba estar con Jordán y tranquilizarlo respecto a Alma, pero tenía la impresión de que, si le decía algo, él se daría la vuelta y le contestaría que se quedara allí.

La unidad de cuidados intensivos era un recinto cerrado. La enfermera llamó a un timbre para que les abrieran. Luego los condujo a la habitación donde estaba Alma rodeada de tubos, con la cabeza cubierta con un gorro verde de hospital, más frágil que nunca. Junto a la cabecera, un monitor mostraba los movimientos de su viejo corazón. Eve miró a Jordán, quien contemplaba a la frágil figura como si quisiera ordenarle a aquel corazón que se había detenido que no volviera a hacer algo así nunca más.

Eve comprendió lo que estaba contemplando: pura frustración. Jordán odiaba tener que permanecer sentado ante aquello que escapaba por completo a su control. Le puso la mano en el brazo en un gesto de consuelo y apoyo.

Jordán la miró como si nunca la hubiera visto. Luego apartó el brazo y cogió una de las dos sillas de la habitación. Le susurró a la enfermera:

—Me quedaré aquí. No haré ningún ruido.

La enfermera se lo quedó mirando. Luego susurró a su vez:

—Vamos, señor McSwain. Lo más probable es que permanezca dormida toda la noche.

—Da igual. Quiero quedarme.

La enfermera pareció resignarse.

—Muy bien. Haremos que traigan una cama más por si desea echarse un rato.

—Gracias —miró a Eve—. Vuelve a casa de Dora. Diles que voy a quedarme toda la noche y que llamaré si hay noticias.

Eve no quería dejarlo. Pero tenía que pensar en sus hijos. Después de los aterradores acontecimientos del día, sabía que debía ser ella quien los acostara.

—De acuerdo. Pero regresaré en cuanto haya acostado a Wesley y Lisa.

—No hace falta.

—Pero yo…

—Quédate allí, Eve —seguía hablando en voz baja, como ella, pero los susurros estaban aumentando de volumen.

—Jordán, yo…

La enfermera los interrumpió con un susurro firme:

—Esto es la UVI. Si tienen algo que resolver, por favor, háganlo en la sala de espera.

Jordán sacudió la cabeza.

—No hay nada que resolver. Vete, Eve.

Eve se lo quedó mirando, sintiendo ganas de zarandearlo hasta que aquella frialdad distante abandonara sus ojos. Pero se obligó a sonreír.

—De acuerdo, cariño —se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Me marcharé.

La tensa expresión de la enfermera se relajó. Jordán se acomodó en la silla para pasar la larga noche. Eve se dio la vuelta y se marchó.

* * *

Wesley y Lisa estaban quejumbrosos cuando regresó a su lado. Notaban la tensión y la preocupación en torno a ellos y no tenían ni idea de cómo afrontarlo. Eve les prodigó todo tipo de atenciones, acariciándolos con profusión, diciéndoles lo mucho que los quería, mientras les daba de cenar y los preparaba para acostarlos.

Mientras lo arropaba, Wesley le preguntó con una vocecilla débil si la abuela Alma iba a morirse.

—No —respondió Eve.

Le explicó que Alma estaba muy enferma, que se le había parado el corazón un momentito. Pero la prima Carla había hecho que le funcionara otra vez. Y ahora, los médicos estaban seguros de que Alma iba a ponerse bien.

Wesley susurró:

—No es mi abuela de verdad, de todas formas, ¿no?

Eve, sentada en le borde de la cama, miró la carita de su hijo en la oscuridad. En ocasiones, pensó sombríamente, ser madre era el oficio más duro del mundo… sobre todo últimamente, cuando había complicado las cosas fingiendo ser lo que no era: esposa de Jordán.

—Es tu bisabuela adoptiva —dijo al fin, sabiendo que no era una respuesta muy adecuada; ni siquiera era cierto… aún.

—¿Y eso qué quiere decir? —Wesley no estaba satisfecho.

—Bueno, yo soy tu madre, ¿no?

—Sí.

—Tú y yo somos de la misma familia.

—Ajá.

—Y Alma es la abuela de Jordán. Jordán y ella son de la misma familia, ¿vale?

—Bien.

—Así que cuando Jordán y yo… estemos juntos, nuestras familias… se juntarán también. Y como Alma es la abuela de Jordán, entonces será tu bisabuela adoptiva. ¿Entendido? —Era una explicación endeble y fragmentaria.

Y Wesley lo sabía. Con el extraño radar emocional que a veces poseen los niños pequeños, acertó de llenó en el meollo del asunto:

—¿Tú y Jordán… juntos? ¿Eso cómo lo vais a hacer?

—Nos… err… vamos a casar.

—Casar. ¿Como un papá y una mamá?

—Sí. Eso es. Como un padre y una madre.

Wesley se quedó callado un momento. Luego dijo con una voz baja e intensa:

—Él no es mi papá.

A Eve se le cayó el alma a los pies. Aquello no marchaba bien. Pero no podía dar marcha atrás ya.

—No, cariño, no es tu papá. Es… va a ser tu padre adoptivo.

—No. No es mi papá. No lo es. Es malo. Y se marcha.

—Wesley, Jordán no se ha marchado. Está en el hospital. Mañana volverá con nosotros. No se ha marchado a ninguna parte.

—Me da igual. Te habla mal.

—¿Te refieres a hoy, cuando la abuela Alma se ha puesto tan enferma?

Wesley asintió.

—Estaba preocupado. Preocupado por Alma. No estaba siendo

malo a propósito. Te lo prometo.

Wesley volvió la cara hacia la pared.

—Cariño…

—No es mi papá.

—Wesley…

—No lo es —ella vio las sombras de sus pestañas sobre sus mejillas mientras cerraba los ojos con fuerza.

Eve se mordió el labio y miró a la expresión obcecada de su hijo. Aquello no estaba funcionando mejor que la última vez que había intentado hacerle hablar sobre Jordán.

¿Y qué podría decirle? Pensó en la expresión distante y tensa de Jordán antes de marcharse al hospital. Le había prometido hablar con Wesley de aquello pero, en su actual estado mental, ¿cómo iba a convencer de nada al crío?

Jordán podía casarse con ella y aceptar la responsabilidad de ayudarla a educar a Wesley y Lisa… y aun así no dejar que ella ni sus hijos se acercaran demasiado a él. En el sentido de una auténtica comunión de corazones, podía seguir manteniendo la distancia.

Eve lo amaba tanto que sabía que podría soportar incluso aquello. Podía conformarse con lo que él estuviera dispuesto a darle de sí mismo… y confiar en que algún día quisiera darle más. Era una adulta, al fin y al cabo. Podía respetar los límites emocionales de los demás y aprender a construir su vida en torno a ellos.

¿Pero podía pedirles aquello a sus hijos? Ah, era la vieja pregunta de siempre. Después de que los hubiera abandonado un padre, ¿tenía Eve derecho a darles un padre adoptivo que no los dejara acercarse demasiado?

Se inclinó sobre su hijo.

—¿Wes?

—Estoy cansado, mamá. Tengo sueño. Vete.

Eve suspiró y dejó el tema. Le rozó la mejilla con los labios.

—Te quiero.

Wesley mantuvo el rostro apartado y los ojos apretados. Pero dijo en voz muy baja y con el tono rutinario de los niños bien educados:

—Yo también, mamá.

Ella lo arropó cuidadosamente y luego se levantó. Se inclinó

brevemente para darle un beso a Lisa, quien ya estaba profundamente dormida y se marchó a su habitación.

Jordán le había dicho que regresara a casa. Que se quedara allí. Que esperara.

Eve se puso en marcha. No iba a esperar. Había demasiado en juego para que ella hiciera lo que le había pedido Jordán.

Capítulo 12

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Eve alzó la vista de la revista que había estado hojeando mientras esperaba a que el personal del hospital informara a su «marido» de que quería hablar con él.

—¿Cómo está?

—Durmiendo tranquilamente. Sin cambios. Te he hecho una pregunta.

—He venido a quedarme contigo.

—No te necesito. En serio. Todo está bien.

Eve escrutó su rostro. Tenía sombras debajo de los ojos. Sintió dolor por él, por su soledad y por su incapacidad de salir de sí mismo. Pensó en su hijo, volviendo su carita hacia la pared y diciendo: «Vete, mamá…».

—Si no me necesitas, de acuerdo. Pero tal vez yo sí que te necesite a ti.

Él arrugó sus doradas cejas. No tenía respuesta para aquello.

Ella prosiguió:

—¿Puedo entrar en la habitación contigo? Sólo quiero sentarme a tu lado. Quiero esperar contigo a que se despierte.

Jordán se la quedó mirando un momento.

—¿Y Wes y Lisa?

—Están en la cama. Dora, Niles, Nancy y Matt están allí, todos pendientes de ellos. Estoy segura de que no les ocurrirá nada.

Él se pasó una mano por el pelo.

—No. Vuelve con ellos.

—¿Por qué?

—¡Ya te he dicho por qué!

Se debió dar cuenta de que estaba casi chillando, porque se quedó en silencio un instante y lanzó una mirada culpable a su alrededor. Luego habló de nuevo y lo que dijo le atravesó a Eve el corazón:

—No te quiero aquí.

Ella se obligó a no arredrarse.

—¿Por qué no?

Jordán se dio la vuelta… para recomponerse, Eve estaba convencida. Luego la miró de nuevo.

—No quiero discutir contigo. Déjalo, ¿quieres? Quiero volver junto a mi abuela y quiero que vuelvas a casa de Dora como te he pedido que hagas.

—No.

Él parpadeó.

—¿Qué?

—He dicho que no —se levantó y le cogió una mano—. Vamos.

Jordán estaba demasiado anonadado con su repentina acción como para reaccionar.

—¿Qué demonios pretendes?

—Busquemos un sitio donde hablar.

En aquel momento, él opuso resistencia.

—No. Esto es ridículo. Tengo que regresar.

—Enseguida. Pero ahora tienes que hablar conmigo, íntimamente, y en profundidad.

Jordán le lanzó una mirada fulminante.

—Maldita sea, Eve. Éste no es el momento ni el lugar.

—Contigo, nunca es el momento ni el lugar —le agarró otra vez de la mano—. Ven conmigo. O montaré tal número que nos van a echar de aquí.

Jordán se la quedó mirando, inmóvil por un instante. Y luego debió darse cuenta, por la expresión de Eve, de que no estaba bromeando.

—De acuerdo, Eve —se encogió de hombros con un gesto decididamente cansado—. Si crees necesario hacer esto…

Antes de que él tuviera tiempo de reconsiderarlo, Eve emprendió la marcha por el pasillo hasta más allá de la recepción. Tirando de

él, asomó la cabeza por las puertas abiertas y miró de uno a otro lado. Pero no vio ningún sitio donde pudieran estar tranquilos los dos. Pensó en preguntarle a la recepcionista, pero temió darle un momento de pausa a Jordán durante el cual pudiera cambiar de idea. Viendo la salida al aparcamiento, se dirigió hacia allí.

—¿Qué demonios…? —inquirió él a sus espaldas.

—Al coche de Nancy —se lo había dejado para venir al hospital —. Ahí podemos hablar.

Una ráfaga de viento helado le golpeó la cara al atravesar el umbral.

—Esto es ridículo. Vamos a acabar los dos con pulmonía.

Ella no hizo caso de sus rezongadas protestas y lo llevó casi a rastras hasta el aparcamiento. Cuando llegaron al coche, sacó las llaves y abrió con brusquedad la puerta del pasajero.

—Entra.

—¿Qué sentido tiene esto? —dijo él, mirándola, ceñudo.

La nieve remolineaba en torno a él, salpicando sus hombros y su pelo de blanco.

Ella lo miraba, inconmovible.

—Te he dicho que entres.

Los ojos de Jordán eran tan fríos como el aire que los rodeaba, pero acabó haciendo lo que le decía. Ella cerró la puerta con llave para que no pudiera salir fácilmente y se dirigió rápidamente a la puerta del conductor y se sentó al volante. Sin mirarle, puso la llave en el contacto y encendió la calefacción.

Afortunadamente el calor comenzó a invadir pronto el interior del coche, acariciándoles los pies, fundiendo el hielo de sus botas. Eve acercó las manos a las salidas de aire para calentárselas… y para ganar un poco de tiempo mientras pensaba qué podía decirle ahora que lo tenía por fin cautivo.

Jordán no esperó a que encontrara palabras.

—Di lo que tengas que decir. Quiero regresar dentro.

Eve, sabiendo que no podía ganar más tiempo, se lanzó:

—Alma va a salir adelante, Jordán… y tú y yo también, si realmente lo deseas.

Jordán ni siquiera la miró; dirigió los ojos hacia la nieve que seguía apilándose en el parabrisas.

—Naturalmente que va a salir adelante —dijo con su tono de

robot—. Y sí, he oído a los médicos, también. Sé que han dicho que se va a poner bien.

—Pero no los crees.

Jordán se volvió hacia ella, y su expresión era tan sombría como la noche exterior.

—Da igual. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. ¿Has dicho ya lo que tenías que decir?

—No, Jordán. Tenemos que llegar al fondo de esto.

Él miró de nuevo hacia el parabrisas.

—No hay ningún sitio adonde llegar. Ningún fondo que alcanzar. Ya hemos arreglado las cosas entre nosotros. Vamos a casarnos. Todo saldrá bien.

—No, todo no va a salir bien, al menos mientras tú sigas sufriendo de esa manera, Jordán. No mientras sigas insistiendo en que todo está bien cuando no lo está en absoluto. No mientras sigas manteniendo encerrado el corazón donde nadie pueda llegar a él.

* * *

La expresión de Jordán era tensa y dura. Seguía mirando hacia adelante. Ella inhaló y dijo en voz baja:

—Te amo, Jordán. Con todo mi ser. Te quiero mucho.

—Muy bien —dijo él tensamente—. Muy bien.

Alzó el codo y lo apoyó en el reborde de la ventanilla, con el puño apretado contra la barbilla y la mirada más fija que nunca al frente.

Eve podía sentir su dolor. Se obligó a sí misma a seguir, a batir sus resquebrajadas defensas, aunque sabía que lo único que él deseaba era que lo dejara en paz.

—Me… me equivoqué al cancelar la boda, y lamento mucho haberlo hecho. Pero, como te dije entonces, no te conocía bien aún. No entendía que lo peor que podía hacerte era retirar mi promesa. Tenía mis propios miedos. Después de lo que había ocurrido con mi primer matrimonio, tenía miedo de precipitarme de nuevo. No confiaba en mi propio corazón. Pero descubrí lo equivocada que estaba al dudar de ti en cuanto te vi con Alma. Entendí entonces que no eras un hombre que pudiera faltar a sus compromisos.

—Ya te lo había dicho yo.

—Lo sé. Pero tenía demasiado miedo. Tenía que comprobarlo por mí misma. Y tenía miedo de otras cosas también. Estaba convencida de que realmente no había nada que pudieras necesitar de mí. Pensaba que no podría ser tu igual. Pero estaba equivocada, Jordán. Lo único que tengo que hacer es mantenerme firme y habrá momentos en que sea yo la fuerte y tú quien te apoyes en mí. Momentos como éste… —Los nudillos de Jordán estaban blancos bajo su mandíbula apretada; ella alargó la mano para acariciarle el puño tenso—. Oh, Jordán, por favor. Me necesitas ahora. Y no hay problema en ello. Para eso nos tenemos el uno al otro. En eso consiste amarse.

—Calla… —Fue un sonido gutural, feo en su rudeza; apartó con brusquedad la mano.

—No —ella le aferró el brazo, desesperada ya por llegar a él—. No voy a callar. Nunca. Alma va a vivir esta vez, pero llegará el momento en que no sea así. Y si no dejas que alguien más te ame, si no hay nadie en quien puedas confiar cuando la pierdas realmente… Oh, Jordán. ¿Cómo lo soportarás cuando llegue ese momento?

—Calla. No hables más —le ordenó él, alargando la mano hacia el pestillo, tratando de zafarse de ella.

Eve se mantuvo firme.

—Te amo, Jordán. No te dejaré otra vez. Por favor, confía en mí.

Jordán se volvió bruscamente hacia ella entonces. Su rostro mostraba una expresión desagradable, distorsionada por la rabia a la que había recurrido como última defensa para cubrir su dolor y su miedo.

—¡Déjame en paz, maldita sea!

Y a continuación abrió con brusquedad la puerta, sacando sus largas piernas hacia el asfalto recubierto de nieve. Eve se negó a rendirse. Se deslizó a través de asiento y fue tras él. Saliendo del coche, se lanzó sobre Jordán. Casi milagrosamente, consiguió cogerle de la manga.

—Maldita sea, Eve. ¡Suéltame!

Pero ella lo tenía bien agarrado y no tenía la menor intención de soltarlo. Se arrojó contra su pecho y lo miró a la cara.

—Por favor, Jordán. Por favor, déjame amarte. Déjate amarme…

La nieve le azotaba el rostro a Eve y se le enredaba en las largas pestañas, así que no podía estar segura de ver lo que creía estar viendo: las lágrimas en los ojos de Jordán, el leve temblor de sus labios. Pero un instante después, dejando escapar un sonido gutural, Jordán la apretó con fuerza contra su pecho, enterrando la cabeza en su pelo, estrechándola con tal fuerza que ella creyó por un momento oír crujir sus propios huesos.

—Maldita seas —masculló—, ¿por qué no podías dejarlo correr? —Sollozó, un sonido desgarrado y profundo—. Maldita seas, Eve…

—Sí —murmuró Eve, apretándose más contra él—. Sí, abrázame, lo sé…

—No quería que vieras esto… que me vieras así… un hombre debe ser fuerte.

—Tú eres fuerte —canturreó ella—. No pasa nada. Lo sé…

—Dios. Me siento como si tuviera siete años otra vez —su voz sonaba áspera—. No quiero que muera…

—Lo sé, cariño —dijo ella dulcemente—. Y no morirá, ahora no. Han dicho que esta vez saldrá adelante.

Él se apartó lo suficiente para limpiarse la nariz con la manga.

—Señor, esto es una locura —alzó el rostro hacia el cielo tormentoso—. No podemos quedarnos aquí. Venga. Volvamos al coche —la cogió de la mano y la guió hasta la portezuela abierta.

Una vez dentro, se quedaron mirando un instante, sin saber qué decir o hacer. Pero ella alargó una mano y le acarició la mejilla fría y húmeda.

Y aquella caricia fue suficiente. Jordán la abrazó de nuevo, y le besó el pelo húmedo, la barbilla, todo. Ella le devolvió los besos y se apretó más contra él, susurrándole una y otra vez que lo amaba y que, por encima de todo, permanecería siempre a su lado.

Luego, apartándola lo suficiente para mirarla a los ojos, Jordán comenzó a hablar. Le dijo cosas que ella ya sabía, pero esta vez se las contó con el corazón. Le confesó que el distanciamiento de su madre lo había dejado desconcertado y aturdido. Reconoció haber pensado, siendo un chiquillo, que algo malo le ocurría, que algo no funcionaba bien en él, y por eso su madre no lo amaba y su padre estaba siempre lejos.

—Y luego mi madre murió y me fui a vivir con Alma —prosiguió —. Y ella hizo todo lo que pudo por compensarme. Era como si, con

siete años, hubiera descubierto por fin lo que significaba tener una madre. Ella lo era… todo, ¿puedes entenderlo?

—Sí —dijo Eve—, sí puedo.

—Y tengo la sensación de que, si la pierdo… —no supo cómo seguir.

Eve sonrió con ternura.

—Ella es la única que no te ha abandonado nunca, ¿verdad? Tu madre te dejó. Y tu padre también.

Jordán asintió.

—Cuando murió hace cinco años, fue como si hubiera muerto un desconocido. Casi no lo conocía.

—Te abandonó —dijo Eve—. Y… yo también, ¿no es cierto?

Jordán no dijo nada; no hacía falta. La luz triste y tierna de sus ojos lo decía todo. Le apartó un mechón de pelo húmedo del rostro.

Ella alzó la barbilla.

—No te abandonaré nunca más, Jordán. Te lo juro. Espero que puedas creerme.

Jordán sonrió entonces, una sonrisa que ella no supo muy bien cómo interpretar, y le rozó los labios con los suyos.

* * *

Eve regresó con él a la habitación de Alma. Se sentaron el uno junto al otro, con las manos entrelazadas, vagando entre el sueño y la vigilia, hasta el amanecer. Entonces Eve lo besó y se marchó, prometiendo volver tan pronto como hubiera dado de desayunar a sus hijos. Jordán trató de permanecer despierto una vez ella se hubo ido, pero casi no había dormido en los últimos días y el sueño lo venció.

Y cuando se despertó, se encontró a su abuela mirándolo.

Alma sonrió. Jordán creyó ver el sol con aquella sonrisa. Llamó a la enfermera, quien vino inmediatamente, comprobó las constantes vitales de Alma y garabateó algo en la tablilla al pie de la cama.

En cuanto la enfermera se hubo marchado, Jordán acercó la silla y le cogió la mano delgada y llena de manchitas.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada —su voz sonaba muy débil; parecía que le dolía cada bocanada de aire, debido, sin duda a las costillas que se le habían roto cuando Carla le había aplicado los primeros auxilios.

—Pero estoy mucho mejor que ayer —consiguió reír entre dientes—. Esta vez sí que he estado cerca.

—Lo sé. Pero has salido adelante… te quiero, abuela.

—Y yo a ti.

Permanecieron unos minutos en agradable silencio.

Luego, Alma lo sorprendió:

—¿Está Eve aquí?

Jordán miró el reloj.

—Debería estar. Dijo que volvería a eso de las ocho. Son casi las ocho y media.

—Me gustaría verla. A solas.

Jordán deseó preguntar por qué, pero no le pareció una pregunta apropiada para una persona que acababa de escapar de la muerte por un pelo; era momento de concederle todo lo que pidiera. Y estaba pidiendo a Eve.

Se agachó y le besó la arrugada mejilla.

—Iré a ver a recepción.

—Gracias, querido.

Salió al pasillo y se dirigió a la puerta que separaba el recinto del resto del hospital. Eve alzó la vista al entrar Jordán en la sala de espera.

—Hola. Precisamente iba a pedirle a la enfermera que te avisara de que estaba aquí.

Sonrió, pero pareció una sonrisa forzada. A su lado, estaba sentado Wesley con las manos entrelazadas en el regazo y el rostro ceñudo. Eve lanzó una mirada al crío y luego de nuevo a Jordán. Aquella mirada y la pose de obcecación de Wesley, le dijeron todo a Jordán.

Eve prosiguió:

—Wesley ha querido venir, pero no se está portando muy bien —sopesó cuidadosamente las palabras.

Jordán volvió los ojos hacia el pequeño.

—¿Qué te ocurre, Wes?

Wesley ni se movió. Siguió con la mirada al frente.

—¿Wes?

Siguió sin responder. Wesley lo estaba ignorando descaradamente.

Eve inhaló, consternada.

—Wesley, Jordán te ha hecho una pregunta. —Wesley siguió mirando, ceñudo, a la pared—. Wesley.

Jordán decidió olvidarse del chico por un momento. Le dio a Eve el mensaje de Alma.

—Está despierta. Ha preguntado por ti. Quiere verte a solas.

—¿Para qué?

Jordán se encogió de hombros.

—No tengo ni la menor idea. Pero ve con ella —dejó que su mirada se dirigiera fugazmente a Wesley—. Yo me ocuparé de Wes.

—Pero…

—Ve.

Ella lo miró, mordiéndose el labio. Luego dijo:

—De acuerdo. Enseguida estoy de vuelta.

Jordán se sentó junto a Wesley, quien seguía mirando al frente con expresión sombría.

—No hay prisa. Wes y yo estaremos estupendamente.

No hubo respuesta.

Jordán mantuvo la calma y lo intentó de nuevo.

—No estoy seguro de que te dejen entrar en la UVI, pero puedo intentarlo en cuanto tu madre vuelva. ¿Qué me dices? —Le dio una palmadita en la pierna.

Wesley se apartó con brusquedad.

—No me toques.

—Wes, yo…

—No me hables. Cállate.

Jordán respiró hondo.

—Wes…

—Te odio.

Jordán se quedó mirando al chico, boquiabierto, sin acabar de creer que acababa de oír aquellas crueles palabras. Pero las había oído. No podía ignorarlas.

Ni podía seguir fingiendo que aquel problema con Wesley acabaría solucionándose por sí mismo. Había que hacer algo, si quería tener la menor esperanza de encontrar un terreno común con el chico.

Había llegado el momento en que ya no bastaba con un abrazo y un regalo por parte de Jordán. Y él no estaba seguro de estar a la altura de las circunstancias.

Pero entonces recordó a Eve la noche anterior, exigiéndole que se abriera, jurando que les haría expulsar del hospital si no la dejaba hablar con él.

Jordán sonrió. Y Wesley vio aquella sonrisa. Aunque no cejó en su pose desafiante, sus cejas se juntaron en una expresión de temor.

Jordán se levantó.

—Ven conmigo, Wes.

El chico cruzó los brazos y sacó el labio inferior.

—No.

—¿Qué has dicho?

—¡No!

La expresión del niño era auténticamente tormentosa, pero sus ojos se movían nerviosamente.

Jordán decidió que no tenía muchas alternativas. Se agachó y cogió al crío en brazos.

El niño dejó escapar una exclamación de ira y conmoción, y a continuación se puso a gritar y patalear.

Fingiendo no ver las miradas consternadas que intercambiaban las restantes personas presentes en la sala, Jordán se dirigió con paso firme al mostrador de recepción. Wesley, sobre su hombro, no dejaba de patalear y golpearle, gritando que lo odiaba:

—¡Tú no eres mi papá! ¡Suéltame!

Siguiendo el ejemplo de Eve, Jordán se dirigió al aparcamiento. Se enfrentó a un cielo matutino cargado y gélido. Tuvo que abrirse paso entre la nieve hasta su coche. Se dirigió directamente al asiento del conductor, consiguió abrir la puerta y arrojó al niño sobre el asiento. Luego se metió él.

Wesley alargó la mano hacia el pestillo. Jordán se limitó a decir con voz firme:

—Ni se te ocurra.

Wesley se quedó paralizado, estudió el rostro de Jordán por un momento y pareció llegar a la conclusión de que Jordán estaba hablando muy en serio. Así que se limitó a mantener su actitud hostil cruzando los brazos y mirando ceñudo hacia el parabrisas cubierto de nieve.

Jordán miró al niño, preguntándose qué demonios hacer a continuación y dándose cuenta de la ironía de la situación. La noche anterior, había sido él quien había ocupado el asiento de Wesley. Eve había sido quien había intentado quebrar sus defensas, curar las heridas invisibles de silencio y rechazo.

¿Y cómo se había sentido él? Desgarrado. Como partido en dos. Había querido que lo dejara en paz. Y había querido al mismo tiempo que lo aferrara y lo abrazara y le jurara que nunca lo abandonaría.

Cuidadosamente, dijo:

—Voy a casarme con tu madre, Wesley, Y los cuatro, tú, yo, tu madre y Lisa vamos a vivir juntos. Vamos a ser una familia.

Wesley no dijo nada. Siguió mirando al cielo gris.

—Es lo que va a ocurrir. Quieras o no.

A Wesley le tembló el labio.

—Puedes patalear todo lo que quieras, pero va a ser así. Nosotros cuatro. Una familia.

—¡No! —Wesley se volvió hacia él, con su carita convertida en una máscara de rabia y rechazo—. ¡Tú no eres mi papá! ¡Te odio! ¡Te marchaste! ¡Te fuiste! ¡Eres malo con mi mamá! ¡Le gritas siempre!

—A veces, cuando las personas se sienten mal, gritan, Wes. Como estás haciendo tú ahora.

—¿Y qué? Te marchaste. Te marchaste y oí llorar a mamá. Fui a su habitación y escuché por la puerta y estaba llorando. Estuvo hablando mucho con Rosie y Rosie le dijo que te llamara, pero yo no quería. ¡Yo no quería que volvieras! Dijiste que te gustábamos, pero no era verdad. ¡Te marcharás otra vez enseguida!

—No.

Jordán sintió un nudo en la garganta. Miró a aquel chiquillo y supo exactamente lo que estaba sintiendo. Sabía muy bien lo que era que te abandonaran. A él también lo habían abandonado una vez.

—¡No, no me marcharé! —Él también estaba gritando.

—¡Sí te marcharás!

—¡No es verdad!

—Lo harás.

—No, no me marcharé. Te juro que no lo haré…

—Mentiroso, eres un mentiroso…

Wesley se lanzó contra él en aquel momento, agitando los brazos salvajemente, deseando hacerle daño a Jordán porque él estaba sufriendo mucho.

Jordán respondió sin pensar. Alargó los brazos y tomó entre ellos al sollozante chiquillo. Lo apretó contra su pecho. Lo tuvo así abrazado, mientras Wesley trataba de golpearlo, llorando con todas sus fuerzas, aventando su dolor y su ira.

Jordán se puso a susurrar por encima de sus lloros, con todo su corazón, en una letanía llena de firmeza y convicción:

—Escúchame, Wes. Escucha. Sé que me marché. Pero no lo volveré a hacer nunca. Estaré siempre a tu lado. No voy a marcharme. Hagas lo que hagas, nunca me marcharé…

Y siguió en la misma línea, sin apenas darse cuenta de lo que estaba diciendo, dejando que su corazón se abriera y dejando salir todo lo que fuera necesario decir. Y lentamente, Wesley fue calmándose. Sus puñitos se abrieron, sus brazos se quedaron inertes. El chiquillo se relajó contra el gran cuerpo del hombre.

—¿Pero y si te mueres? —preguntó entre hipidos.

—Si me muero, me habré marchado, eso es cierto. Pero será la única forma en que me marche. Y no pienso morirme en mucho mucho tiempo. Hasta que tú no te hayas hecho un hombre hecho y derecho.

—¿Seguro?

—Hombre, no puedo estar completamente seguro, pero casi.

Wesley se lo pensó un momento, con la cabeza ladeada. Luego, sin decir nada más, se deslizó al asiento del pasajero y se sonó la nariz con la mano.

Jordán abrió la guantera y sacó un pañuelo de papel.

—Toma. —Wesley se sonó la nariz obedientemente; finalmente, Jordán dijo—: Creo que deberíamos volver lo antes posible. Tu mamá se preguntará dónde nos hemos metido.

Wesley se sonó una vez más, asintió y abrió la puerta. Avanzaron trabajosamente por la nieve el uno junto al otro hacia el hospital.

Fue inmediatamente después de que se cerrara tras ellos la puerta cuando Jordán sintió la manita de Wesley cogiendo la suya. Jordán supo entonces que iba a ser un hombre feliz.

* * *

Eve entró en la habitación de Alma sin hacer ruido. Se encontró con aquellos ojos oscuros tan parecidos a los de Jordán y sonrió. Alma le devolvió la sonrisa y le indicó una silla junto a la cama. Eve se sentó en ella, cogiendo al mismo tiempo la mano que le tendía la anciana.

Eve contempló el rostro ajado, enmarcado por el blanco almohadón. Una cara fuerte y bondadosa que radiaba sabiduría y tolerancia. Un rostro que inspiraba amor a primera vista… como le había ocurrido a la hija de Eve.

—Eve, yo…

—¿Sí?

—Me alegro mucho… de que Jordán te haya encontrado.

—Oh, Alma. —Eve suspiró—. Y yo me alegro de que te tuviera a ti.

—He cometido errores.

—¿Y quién no? Tú lo has sido todo para él. Le enseñaste a amar.

Alma sacudió la cabeza.

—Por favor, querida. No me adules.

—No lo hago. Soy completamente sincera.

—Bueno… —Alma cubrió con su otra mano la de Eve, como si estuviera absorbiendo fuerza de la joven—. Está bien que digas eso, pero la verdad es que Jordán siempre ha mantenido a los demás a distancia.

—Sí, lo sé…

—Creí que nunca se acercaría lo suficiente a otro ser humano como para hacer una vida en común. Y ya lo había aceptado, realmente sí. Pero entonces te conoció a… —Alma se llevó la mano de Eve a los labios y se la besó—. Quería hablar contigo a solas, decirte personalmente…

—¿Sí?

—Quería que supieras que mi nieto no podía haber encontrado nadie mejor que tú, Eve. Eres exactamente lo que siempre había deseado para él. Espero que os caséis de verdad algún día. Pero tiene que ser decisión vuestra, y los demás tendremos que aceptarla, sea la que sea.

Eve no consiguió contener un respingo. Tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

—¿Lo has sabido desde el principio?

Alma se rió entre dientes trabajosamente.

—No he estado completamente segura hasta ahora.

—Pero sospechabas…

—Sí.

—Pero ¿cómo…?

—Completamente por accidente. No pude evitar preocuparme cuando Jordán me llamó la noche en que se suponía que os habíais casado. Le volví a llamar al hotel donde me había dicho que ibais a estar en South Shore. Allí me dijeron que el banquete McSwain se había cancelado. Me di cuenta de que estaba pasando algo raro, pero decidí no meterme y ocuparme de mis asuntos. Pero luego, la noche de Acción de Gracias, cuando te oí contar tu luna de miel, supe con seguridad que no habías estado allí. Y además, durante los días siguientes, no pude menos que notar que algo no acababa de funcionar entre vosotros dos. Percibía una cierta tensión, una distancia. Y luego estuvo la mañana en que Niles descubrió a Jordán en el sofá…

—Oh, Alma, esto es terrible. No queríamos disgustarte, y ahora mira lo que te…

Alma interrumpió sus protestas con un gesto de la mano.

—Mi corazón se ha parado por su cuenta, jovencita. Jordán y tú no tenéis nada que ver con ello. Desde luego que me gustaría veros casados, pero no soy tan estúpida como para tener un ataque al corazón si las cosas no salen según mi gusto. ¿Entendido?

—Sí. —Eve supo que tenía razón—. Sí, entendido.

—Bien. Ahora, resolved vuestros problemas vosotros solos, como tenéis que hacer los jóvenes, y no empecéis a echarnos la culpa a los mayores si las cosas no funcionan.

* * *

La prima Louise, las abuelas Camilla y Blanche, así como el segundo hijo de Camilla, Ronald, estaban todos en la sala de espera cuando Jordán y Wesley regresaron.

Louise, impaciente como era, comenzó a exigir nada más ver a Jordán y Wes:

—Jordán, por fin apareces. Ya nos han dicho que Eve está con Alma en este momento. A todos nos gustaría verla un instante. Y no tenemos todo el día.

Jordán le aseguró que podrían pasar en cuanto Eve hubiera salido.

—Muy bien —dijo Louise; miró por encima del hombro de Jordán—. Ay, señor. Pero si son Dora y Nancy. Y con los niños. ¿Pero en qué estarán pensando?

Jordán se dio la vuelta para ver a las dos mujeres. Con ellas venían Kendrick, Phyllis y Lisa.

Nancy avanzó rápidamente.

—No te preocupes. Sólo he venido a traer a Dora. He pensado en pasarme por casa de Denise con los niños… incluido tú, Wesley, si quieres venir.

Jordán sonrió a Wesley.

—¿Qué te parece?

—¿Pero podría ver a la abuela Alma antes?

Louise se apresuró a dar su opinión:

—Estoy segura de que no dejan entrar niños en la UVI. ¿Pero cómo se os ocurre? Además, ¿qué hay de nosotros? Estábamos aquí primero.

Pero Lisa había oído su nombre favorito.

—¿Buelita? ¿Ver buelita?

—Yo también —anunció Kendrick—. Yo también quiero ver a la abuela Alma.

Hasta Phyllis pareció querer emitir una opinión.

Louise estaba escandalizada.

—Desde luego, un hospital no es sito para toda esta chiquillería. Nancy, tenías que haberte quedado en el coche y enviado a Dora con un mensaje. La verdad es que me cuesta entender cómo has podido ser tan…

Y siguió en la misma línea, pero a Jordán no le costó ningún esfuerzo desconectar. Eve había aparecido por la puerta de la UVI y sólo tenía ojos para ella.

Eve se detuvo en seco y parpadeó, asombrada, cuando vio a su hijo y al hombre que amaba el uno junto al otro como si tal cosa.

Miró a Wesley, quien estaba contemplando a Jordán con expresión de total confianza.

Supo entonces que el niño y el hombre habían encontrado un terreno privado de comprensión mutua.

Y Jordán le estaba sonriendo a ella. El brillo de sus ojos le dijo que lo mejor aún estaba por llegar.

—La carretera a South Shore probablemente esté cerrada después de la tormenta —dijo Jordán—. Pero apuesto a que podemos llegar a Reno.

—¿Pero qué diantres está ocurriendo aquí? —quiso saber Louise.

—Louise, no te metas —le advirtió Blanche.

—Pero, madre, yo…

—¡Buelita! ¡Buelita, ver buelita! —gritaba Lisa y los demás niños se le unieron en el coro.

Eve no oyó nada. En aquel momento, sólo oía y veía a aquel hombre grande de ojos oscuros y pelo dorado.

Asintió.

—Sí, apuesto a que llegamos a Reno.

—Te casarás conmigo —dijo él—. Hoy mismo.

—Sí. Desde luego. Me casaré contigo. Hoy.

—¡Pero bueno! —Louise dio un respingo—. ¿Pero esto qué es?

Pero el escándalo de Louise pasó completamente desapercibido a Jordán y Eve, al igual que tampoco oyeron las exclamaciones de asombro de Dora y Nancy. Ni siquiera las súplicas de los niños pidiendo ver a Alma llegaron a su conciencia.

Eve cruzó la sala sin darse cuenta siquiera de que sus pies se habían movido. Los brazos de Jordán la rodearon, fuertes y cálidos. Ella alzó la boca. Los labios de Jordán se cerraron sobre los suyos.

El beso fue dulce, lleno de promesas y de compromiso.

—Te amo, Eve Tanner —dijo él cuando alzó la cabeza.

—Y yo te amo a ti, cariño. Estoy deseando ser tu esposa.

FIN

Christine Rimmer nació en California. Primero deseaba ser actriz, consiguiendo su licenciatura en teatro del Estado de California, Sacramento y luego se fue a Nueva York para estudiar actuación. Más tarde, se mudó al sur de California, donde comenzó su carrera como escritora de relatos cortos, obras de teatro y poemas. Sus poemas y cuentos fueron publicados en una serie de pequeñas revistas literarias. Sus obras fueron producidas por teatros del Grupo en el sur de California y han sido publicadas por dramaturgos de la Costa Oeste. Ha escrito más de setenta y cinco novelas contemporáneas de Silhouette y Harlequin Libros. Las historias de Christine siempre aparecen en las listas de *Best-selle*, incluida la Waldenbooks y las listas de EE. UU.

Vive en Oregon con su familia.